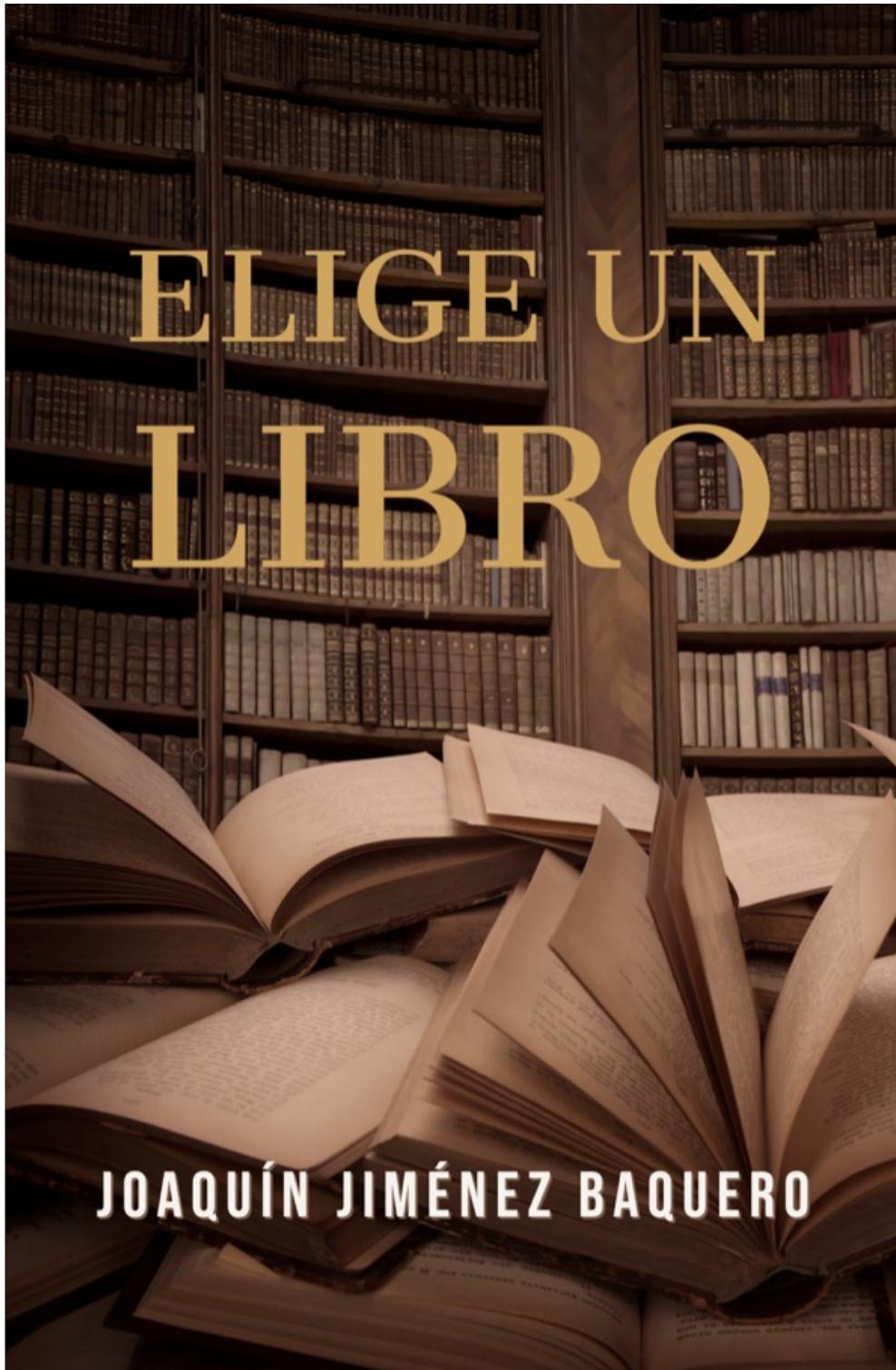


# ELIGE UN LIBRO

Joaquin Jimenez Baquero



# Capítulo 1

Oscuridad.

Silencio.

Todo está oscuro. Mi respiración está agitada, demasiado agitada, por un instante creo que voy a ahogarme.

Siento frío, mucho frío, todo mi cuerpo tiritita, el suelo está helado.

No veo nada, sólo oscuridad. ¿Por qué no puedo ver? Tengo los ojos fuertemente cerrados, tanto que me duelen. Intento abrirlos pero es inútil, me cuesta demasiado, sin embargo, una voz, alguien que está dentro de mí, me obliga.

Los abro.

Apenas puedo ver nada, a mis ojos sólo llegan leves reminiscencias ciertamente oscuras, de una tonalidad un tanto peculiar, como manchas difusas de vino sobre immaculadas cortinas blancas. Intento recordar. Intento extraer de mi memoria recuerdos anteriores que me esclarezcan dónde estoy, pero el único que consigo extraer es el absurdo recuerdo del sabor del vino, sin embargo, no logro recordar haber bebido una sola copa alguna vez.

Nada.

No puedo recordar nada, y eso me angustia acelerando aún más mi ya de por sí vertiginosa respiración. Ahondo en mis recuerdos lo más profundo que puedo alcanzar, remontándome en el tiempo todo lo atrás que me es posible, sin embargo, los primeros recuerdos que poseo son de hace apenas unos minutos, recuerdos del frío suelo sobre el que aún continúo tumbado sin remedio.

Intento moverme, pero mis músculos y huesos están tan entumecidos y contraídos, manteniéndome tumbado en posición fetal, que no responden a mis desesperadas órdenes. Sólo quiero estirarme, sentir el crujir de huesos enderezándose, pero nada de esto ocurre, es como si la conexión entre mi cerebro y el resto del cuerpo se hubiera roto en miles de dolientes trocitos fríos. Entonces, una voz me ordena, está dentro de mí, parece que le habla a mi cabeza desde mi cabeza y, así como un rayo atraviesa electrizante un pararrayos, un escalofrío recorre todo mi espinazo, y es entonces cuando mi cuerpo me obedece. Me duele, pero me giro y logro incorporar mi tronco.

Permanezco por un instante sentado sobre el frío suelo, mirando a mi alrededor.

Lo que antes eran manchas rojizas y difusas llega por fin nítido a mis ojos.... Y aquello que veo me aturde. Me giro una y otra vez, me froto los ojos, pero sí, parece que sí. Me levanto perplejo y torpe, pues mis piernas responden débiles y confusas.

Libros.

Libros de color carmesí me rodean.

Permanezco de pie, en una habitación perfectamente cuadrada cuyas paredes están amuebladas con unas estanterías completamente repletas de libros carmesíes.

Observo con detenimiento la estancia, misteriosa y totalmente desconocida estancia para mí. Está por completo iluminada con una tonalidad clara, suave, blanquecina y ciertamente agradable y acogedora, mas no logro averiguar de dónde proviene su luz. Ninguna iluminaria decora el techo, ni las paredes, ni el suelo, sin embargo, toda la estancia tiene una perfecta iluminación, nítida y potente; *¿de dónde proviene esta luz?* De pronto, con extrema virulencia, una imagen, una idea, un pensamiento golpea mi cerebro. En la meticulosa inspección ocular de la estancia en busca de la fuente de aquella magnífica luz, me he percatado de algo; algo que me inquieta, me asusta y me atemoriza como no logro recordar; *¡no hay puerta o ventana alguna en la estancia!* La busco con la mirada nervioso y agitado, pero no logro ver nada someramente parecido a una puerta. Mi mente actúa ahora nerviosa, movida por una cierta desesperanza que está empezando a acampar en mis pensamientos. No hay puerta, ventana, ni apertura de algún tipo, *¿cómo saldré de aquí?* Mas una pregunta, aún más misteriosa e inquietante, oculta por momentos la angustia. *Si no hay ninguna puerta, ninguna ventana u orificio, ¿cómo he llegado aquí? ¿Dónde diablos estoy?* El nerviosismo me invade, no puedo apaciguarlo y siento cómo se apodera de todo mi ser. Una voz me susurra, me habla dentro de mí, mas no logro adivinar qué me dice, sin embargo, aquello que dice y que no logro entender, logra tranquilizarme brevemente.

La estancia permanece en un desafiante silencio, como si estuviera esperando algo de mí, pero ¿qué? Intento avanzar hacia los libros, pero la pesadez de mis piernas, junto con un extraño cansancio mental, me impiden avanzar. De nuevo los libros se convierten en manchas difusas sobre fondo inmaculado. Intento pensar, *¿dónde estoy?* Me quedo de pie, aturdido, todo rodeado de libros.

Intento pausar mi agitada respiración. Vuelvo a cerrar los ojos, me relajo y acompaso el latir de mi corazón, el ritmo de mis pesados pulmones y el

palpitar frenético de las venas que cubren mi frente. Logro tranquilizarme al fin. Siento cómo el aire penetra de nuevo fresco y apacible en mis pulmones aportándoles la anhelada ligereza. Sin embargo, algo hace que de nuevo respire agitado, demasiado agitado, casi me ahogo. Respiro aire, fresco, puro, mas no logro ver de dónde proviene. Todo me da vueltas en mi cabeza, demasiadas preguntas sin respuesta, demasiadas cosas extrañas, ningún recuerdo... demasiados libros carmesíes...

Entonces, vuelvo a escuchar cómo alguien me habla, pero su voz sale de mi interior, me habla desde mi cabeza, sin embargo, ahora por fin percibo lo que me dice. Susurrante, suave, convincente, me habla.

*Elige un libro...*

## Capítulo 2

Libros. Sólo libros. Libros carmesíes llenan toda la habitación.

Elige un libro...

De nuevo esa voz. Sí, proviene de dentro de mi cabeza.

Su sola escucha me tranquiliza, me ayuda a apartar de mi mente la pesadez que la cubre como fina capa nubosa y que no me deja pensar... pero ¿de dónde procede? Sí, de mi cabeza, pero ¿quién me habla desde mi cabeza? ¿Acaso mi subconsciente está intentado decirme algo? Quizás esto no sea más que un sueño, no puede ser más que un sueño, una pesadilla, como una de esas películas de misterio donde hay una habitación secreta que se abre con algún resorte escondido en un libro de una estantería, pero no recuerdo haber visto ni leído ninguna historia como esa. Sí, seguro que tiene que ser así, no tiene otra explicación, alguno de estos libros debe conectar un mecanismo que abra alguna puerta escondida, y entonces despertaré, pero ¿cuál?

Decidido me acerco y cojo uno de ellos al azar esperando que algo suceda, pero nada ocurre. Simplemente tengo en mi mano un libro, pero ninguna puerta se ha abierto. Me detengo a examinarlo.

Parece antiguo, como si el tiempo hubiera apagado varios tonos el carmesí original. De él emana un aroma un tanto peculiar, algo de humedad mezclado con toques de vainilla. Parece fabricado en piel tratada. La portada está adornada con finos ribetes de un tenue dorado que dibuja un marco de esquinas arabescas y en su centro, bordado en relieve con hilos de oro, se sitúa un número, sólo eso, ni nombre ni más adornos, sólo un gran número dorado de antigua tipología. El lomo, también de la misma tonalidad carmesí, está dividido en cinco zonas por cuatro nervios engalanados cada uno de ellos con finas líneas doradas, sin más adornos ni artificios y en la segunda zona, debajo del nervio superior, el mismo número en relieve bordado en oro, esta vez más pequeño, que gobierna la portada. Su contraportada es aún más simple, sólo carmesí y un desdibujado marco dorado, aunque sus cuatro esquinas parecen más gastadas por el tiempo que el resto del libro.

Abatido por no encontrar nada extraordinario en él, tiro el libro al suelo y vuelvo a tomar otro, esta vez de otra de las paredes, pero de nuevo nada sucede. Son todos iguales. La desesperación se apodera de mí, necesito salir de aquí, arrojo el libro y vuelvo a coger otro, y otro, y otro... pero nada sucede. Grito desesperado mientras recorro toda la habitación cogiendo libros y más libros carmesíes de las estanterías. Cuando ya casi todos los libros de las estanterías que están a mi altura se amontonan desordenados en el suelo, me detengo. Nada ha sucedido, ninguna puerta

se ha abierto, no hay salida, ni entrada. Y ahora puedo observar con detenimiento las paredes vacuas, desnudas de libros, y en ellas no hay el más mínimo rastro de apertura alguna, ni siquiera de unión entre paredes ni suelo, parece como si la habitación hubiera sido construida de una sola pieza de frío mármol blanco. Permanezco un momento en silencio intentando escuchar algo, con la esperanza de que el sonido de algún mecanismo, de alguna cerradura cediendo, de voces, o simplemente de una leve brisa, llegue a mis oídos.

Nada.

La angustia me oprime los pulmones y me ahoga, noto cómo apenas llega aire a mi interior, sin embargo, un aire puro y limpio sigue llenando la habitación, ¿por dónde entra? El montón de libros del suelo se vuelve una gran montaña informe, y las vacías estanterías de la pared se retuercen formando serpenteantes figuras sobre fondo blanco.

Noto como el aire ya no riega mi cerebro y caigo sobre los libros en un profundo desmayo eterno.

## Capítulo 3

*Elige un libro...*

De nuevo esa voz hablándome desde mi cabeza.

Vuelvo a tener las mismas sensaciones que el primer recuerdo que poseo, sensación de oscuridad, de frío, de entumecimiento. Me siento de nuevo tumbado sobre un suelo. Abro los ojos y, efectivamente, es como si volviera a empezar, como si mi primer y último recuerdo se confundieran dentro de mi cabeza en uno sólo. Palpo, algo perdido, el suelo de mi rededor intentando apartar los libros que recuerdo se apilaban sobre él. Pero mi mano sólo palpa frío, nada más.

Entonces me levanto confuso y miro perplejo a mi alrededor, pues lo que veo me sorprende y, en cierto modo, me asusta.

Libros. Sólo libros. Libros carmesíes llenan toda la habitación.

Todos los libros que había cogido y arrojado desesperado al suelo, están de nuevo en las estanterías, en silencio, queriendo decirme algo que no logro percibir. Pero si no he dado con ningún resorte, ¿cómo salgo de aquí? Intento pensar algo.

*Elige un libro...*

De nuevo me hablan, me hablas. La voz que le habla a mi cabeza desde mi cabeza, que me habla a mí desde mí. Proviene de mí, pero no soy yo.

*Elige un libro...*

Quizás, quien me habla, tenga razón, y no haya un libro que accione un mecanismo que abra una puerta secreta, es posible que tenga que elegir un libro, uno determinado, uno cuyo contenido desvele las instrucciones para salir de aquí. ¿Pero cuál?

Intento recapacitar sobre cualquier posibilidad. Los libros sólo tienen números, así que es posible que deba elegir aquél cuyo número signifique algo, aquél cuyo número sea importante y simbolice algo trascendental en mi vida. Sin embargo, no recuerdo nada de mi vida, ni la fecha en que nací, ni cuántos años tengo, ni la fecha de mi boda, si es que estoy casado. Ni siquiera sé si tengo un número preferido.

*Elige un libro...*

De nuevo la voz. Y, de nuevo, me habla desde mi cabeza, me despierta de

mis pensamientos haciendo que reaccione y pase a la acción.

Echo un rápido vistazo a través de todos los libros de las cuatro paredes y finalmente me paro frente a aquél cuyo número siento que me llama.

Me acerco, respiro profundo, como esperando que algo por fin suceda, y lo cojo. Aguanto entonces la respiración durante unos segundos y escucho. Silencio. Nada sucede. Lo examino con detenimiento, es exactamente igual que los demás, y en su dorso y sobre su tapa, puedo ver el número 22 bordado en letras doradas.

Lo abro y echo un vistazo a sus páginas. No parecen instrucciones, ni siquiera parecen conjuros. Tenía la leve esperanza de que incluso contuvieran frases extrañas construidas con palabras extravagantes que invocaran... no sé, algo, letras entremezcladas sin sentido, quizás en lenguas desconocidas, que me hicieran despertar de este sueño, pues esto no puede mas que ser un sueño.

Pero son frases coherentes, con palabras que entiendo y cuyos significados, no sé cómo, pero recuerdo perfectamente. Parecen simplemente historias, relatos, normales y simples libros de relatos. Así que, desesperado, decido comenzar a leerlo.

*Veo sombras por las paredes...*

## Capítulo 4

### 22 - SOMBRAS

Veo sombras por las paredes. Se pasean silenciosas dibujando siluetas abstractas. Me rodean, me acosan, me aterran y me enloquecen.

Intento escapar de ellas. Palpo aturdido la roca que forma las paredes que me rodean, fría, húmeda, resbaladiza y tosca. Permanezco sentado sobre un suelo igualmente frío, cubierto a trozos por lo que al tacto se me asemeja a una mullida capa de musgo. El ambiente está cargado y un nauseabundo hedor domina la estancia penetrando irremediablemente en mis pulmones. Miro a mi alrededor, pero no puedo atisbar nada, es como si la inmensidad de la infinita oscuridad se extendiera en todas direcciones.

Aun así, puedo ver sombras por las paredes.

Mis abiertas pupilas empiezan a adaptarse, vislumbro algo. Me pregunto de dónde proviene la tenue y blanca luz que provoca las extrañas sombras que me atormentan. Tenue, blanca y a su vez pura luz que alumbra débilmente la estancia, casi como una imperceptible neblina que lo copa todo. Entonces, sobre la pared que posa frente a mí, puedo ver más claramente definido lo que parecen pequeños barrotes.

Me intento levantar, mas las piernas no me responden, apenas si tengo fuerzas para seguir respirando. Decido tumbarme boca abajo y, sobre el mugriento y húmedo suelo, arrastrarme hasta aquellos pequeños barrotes que me aguardan delante y pedir auxilio para intentar escapar de aquellas sombras que me asedian. Extiendo mi brazo derecho y empujo con fuerza, sin embargo, no logro mover mi cuerpo, las piernas me pesan demasiado. Me giro y consigo a duras penas incorporarme, tiento mis doloridas piernas y en su extremo final, justo sobre los tobillos, descubro unos pesados grilletes que me mantienen fuertemente aprisionado a una robusta cadena de acero. Tiro de ella varias veces hasta que consigo que ceda unos pocos centímetros, calculo que los suficientes como para llegar hasta la pared de enfrente. Me giro, y de nuevo boca abajo, casi acariciando con mis labios el sucio suelo, vuelvo a intentar arrastrarme. Esta vez lo consigo.

Tras unos interminables y desesperantes minutos, logro alcanzar mi meta. La pared. Tomo aire durante un instante, me apoyo en ella y consigo incorporarme. Sentado, de nuevo, vuelvo a respirar durante unos segundos, pues tras el extenuante esfuerzo que acabo de realizar, las fuerzas me abandonan casi por completo. Finalmente extendiendo mi brazo y

acaricio los pequeños barrotes, pero allí no hay nada, sólo roca fría, húmeda, resbaladiza y tosca.

Miro por última vez a mi alrededor, veo sombras por las paredes.

Caigo rendido e inconsciente.

Oscuridad...

Vuelvo a sentir frío y humedad sobre mi cuerpo y algo de mullido tacto sobre mi cara. No sé cuánto tiempo he permanecido allí, tumbado, inconsciente, mas siento como de nuevo algunas fuerzas regresan a mí.

Miro a mi alrededor, pero no se han ido, siguen ahí acechándome. Veo sombras por las paredes.

De nuevo extendiendo mi brazo, y de nuevo mi mano sólo toca fría roca. Poso mi mirada en aquella estancia y sólo sigo viendo esa extraña y blanca neblina que siempre ha estado copándolo todo. Entonces, alzo la vista al cielo y compruebo que éste también es de tosca piedra, salvo una pequeña abertura en el extremo más alejado de mí, una ventana de pequeños barrotes de hierro viejo y oxidado por la que penetra la débil luz de una luna en cuarto menguante.

Es entonces cuando puedo apreciarlo todo con más nitidez y atisbo, perdida en el extremo más alejado sobre la pared que queda a mi derecha, una puerta de madera con fuertes clavos de hierro y sin cerradura. No podré salir, está cerrada por fuera.

¡Una celda!

Sí, estoy dentro de una sucia y apestosa celda.

Me miro aturdido. Estoy ataviado con un pordiosero y andrajoso ropaje, de un tejido sucio parecido al lino, que apenas cubre parte alguna de mi cuerpo. Descalzo, con una considerablemente frondosa barba en mi rostro y un pelo extremadamente largo, sucio y mugriento.

Intento recordar cómo he llegado aquí, mas nada viene a mi cabeza, sólo breves y cortos flashes, imágenes inconexas. Recuerdo cómo hombres de uniforme con exquisitas pelucas blancas me arrojan allí dentro, cómo un hombre de aspecto más sucio y mundano me sujeta mientras otro me coloca unos fuertes grilletes y me mira con odiosos ojos, cómo de nuevo hombres de blanco pelo entran, me preguntan, mas no puedo articular palabra alguna, me golpean, me propinan patadas, puñetazos, me escupen, recuerdo cómo ratas me roen la ropa y laceran las heridas que

me provocan los grilletes... veo sombras por las paredes.

Entonces, puedo escuchar sonidos de pasos, provienen del exterior, sí, alguien se acerca. Escucho el sonido de cerraduras abriéndose. Mi corazón se acelera aterrado, intento dirigirme al rincón más alejado de la puerta para acurrucarme tiritando sobre él, mas no tengo fuerzas para nada más. Todo mi cuerpo tiembla, tengo náuseas, sin embargo, ahora no es el frío y la humedad las que me hacen temblar, ni es el apestoso hedor que todo lo domina el que me provoca náuseas; es el miedo, el pavor, el más profundo terror que puedo recordar. Finalmente, la puerta se abre, sólo puedo permanecer quieto, con mi cuerpo totalmente petrificado y los ojos asustados abiertos como platos.

Dos hombres aparecen tras ella y entran en mi celda. Cada uno de ellos ataviado con un elegante uniforme rojo con botones plateados perfectamente alineados, unas brillantes botas negras y unas distinguidas pelucas blancas de perfectos rizos. Cada uno porta una enorme espada de dorada empuñadura.

Vienen hacia mí, sueltan mi cadena y me levantan con extrema virulencia, me tratan con desprecio y odio, como si fuera para ellos menos que cualquier perro de la calle. Intentan que ande, pero me es imposible, así que me llevan en volandas entre los dos mientras mis pies descalzos arrastran por el suelo. Y no paran de decirme una y otra vez que ya ha llegado mi hora, mas yo sólo puedo pensar en que por fin dejaré de ver sombras por las paredes.

Recorremos un pasillo igual de sucio y horripilante que la celda que acabo de abandonar, subimos una interminable escalera de caracol hasta que, por fin, salimos al patio de la prisión, ya que esto no puede ser mas que una prisión. Allí, una pequeña construcción de madera sobre la que cuelga una fuerte cuerda, aguarda ansiosa mi llegada. Sobre ella dos hombres me observan, uno de ellos, vestido exactamente igual que los dos que cargan conmigo con la salvedad de que su espada es más grande y curva y la empuñadura más hermosa y brillante con incrustaciones de zafiro y esmeralda, no para de sonreírme con una medio sonrisa de burla y satisfacción, al otro no puedo verle el rostro pues lo tiene tapado con un enorme saco de cerda negra con dos pequeñas aberturas a la altura de los ojos.

La luna se está ocultando en el horizonte y los primeros rayos del alba inundan de tristeza y melancolía aquel patio por el que me arrastran. Mis dos forzados acompañantes me arrojan sin piedad sobre la tarima de madera y es entonces cuando el tercero de los hombres de uniforme, el más elegante, el que se encuentra sobre la construcción de madera, se me acerca, se agacha y con voz tosca y una entonación de satisfacción,

me vuelve a repetir que ya ha llegado mi hora.

El otro hombre, el de la cabeza cubierta por un saco, me levanta del suelo de madera, me coloca firme sobre lo que parece una trampilla y se aleja un momento para alcanzar la cuerda que cuelga.

Ya no veo sombras. Por un instante, sólo por un instante, vuelvo a sentir el calor del sol sobre mi rostro, y por unos segundos me llena de vida. Cierro fuertemente los ojos y siento la suave brisa marina que se está comenzando a levantar sobre mi agotado cuerpo. No recuerdo cuándo fue la última vez que vi un amanecer, la última vez que me postré al sol, la última vez que me dejé llevar por la suave y revitalizante brisa marina. Siento que todo en mí está en calma, estoy preparado, en paz.

Entonces, una seca aspereza rodea todo mi cuello. De repente, el suelo de madera sobre el que reposan mis descalzos pies, desaparece dando paso al vacío. La aspereza se tensa ferozmente y se aferra a mi cuello con extrema violencia.

Silencio.

## Capítulo 5

Intento respirar bocanadas entrecortadas de fresco aire, siento que me ahogo. Aterrorizado llevo presto mis manos hacia mi cuello, lo palpan, lo examinan, mas nada en él encuentran. Ninguna cuerda me amortaja. Bajo poco a poco, aturdido, mis manos que recorren en su parsimonioso caminar todo mi cuerpo. Ninguna barba adorna mi rostro, y mis ropas vuelven a ser las de siempre, las únicas que puedo recordar.

Abro los ojos despacio, aún intento tranquilizar mi todavía expectorante respiración. Sombras carmesíes me rodean. Van tomando forma. Poco a poco se van definiendo. ¡Libros!

Libros carmesíes me rodean.

Vuelvo a estar en la misma habitación, rodeado de los mismos libros. Sin embargo, mi corazón aún late apresurado y aún puedo sentir la adrenalina corriendo por mis venas y un desagradable quemar rodeando mi cuello. Una confusa sensación me invade, como si realmente hubiera estado en aquella apestosa y sucia prisión, como si todo lo leído en aquel relato hubiera sucedido realmente. El libro, pienso. Me detengo un instante a mirar mi mano, mas ésta se encuentra vacía, no sujeta ningún libro. Alzo la mirada, allí está, en la pared, justo en el exacto lugar de donde lo cogí, el libro número 22 permanece impertérrito frente a mí.

No entiendo nada. Hace unos segundos estaba siendo ahorcado en una antigua prisión, y ahora...

*Elige un libro...*

De nuevo esa voz. Proviene de mí, me habla desde mí.

Intento pensar algo, pero no logro concentrarme, no consigo que ningún preciso pensamiento aflore de mi cabeza, pues la confusión lo nubla todo como un espeso manto de pesadas nubes grises.

Estoy en una habitación cerrada rodeado de libros carmesí, no recuerdo cómo he llegado aquí y no sé cómo salir. Parece que los libros contienen historias, he leído una, ihe vivido una! y he despertado de nuevo en la misma habitación, rodeado de los mismos libros.

*Elige un libro...*

La voz me insta, me incita, me obliga.

De repente, una imagen agujonea mi mente, un intenso flash, quizás provocado por la voz, trae a mi mente un instantáneo recuerdo. Dos

potentes focos me deslumbran entre la oscuridad y el breve recuerdo de su luz me impulsa hacia atrás aturdido, me estrello contra los libros y caigo al suelo. Permanezco un tiempo arrodillado, con los ojos cerrados intentando captar algo más de aquel deslumbrante recuerdo, algún detalle escondido que pueda aclararme cómo he llegado aquí, que me ayude a averiguar dónde estoy. Mas no logro colocar en el tiempo el instantáneo recuerdo que acabo de recuperar, sólo dos deslumbrantes focos entre la oscuridad. Finalmente desisto y me incorporo.

*Elige un libro...*

Me paro a pensar en un número, cada vez estoy más convencido de que sea lo que sea este maldito lugar, encontraré la manera de salir únicamente si leo el libro adecuado. La voz que me habla desde mi cabeza tiene razón, pero, ¿cómo saber qué número es el correcto?

¡Qué número debo elegir!, grito con la esperanza de que la voz que me habla, que me ha hablado desde el principio, me ayude. Mas sólo obtengo como respuesta el vacío eco de mis propias palabras al rebotar sobre estos agobiantes e inertes libros.

*Elige un libro...*

Finalmente obedezco, apenas tengo fuerza para nada más, así que obedezco. Me giro hacia mi derecha y decidido doy un par de pasos al frente dispuesto a coger un libro de otra estantería esta vez. Lo tomo entre mis manos, lo acaricio lentamente y paso una y otra vez mis dedos sobre el relieve del número 313, su tacto, sus suaves curvas me relajan. Lo abro temeroso de su contenido.

*Una palada más...*

## Capítulo 6

313 - CENOTAFIO

Una palada más... otra más... y de nuevo otra palada más...

Vacíó la pala y vuelvo a clavarla rápidamente en la arena mojada y negra. Cavo tan intensamente que me sangran las manos. Me paro aturdido, pues no sé dónde me encuentro, empero no puedo dejar de cavar.

No sé por qué cavo, pero no puedo parar, siento una fuerza irremediable en mi interior que me impulsa a cavar, de algún modo me siento obligado a cavar.

Clavo la pala en la removida y mugrienta arena que cubre parcialmente mis pies, respiro varias bocanadas profundas y miro a mi alrededor. Oscuridad. Estoy en un agujero, calculo que de más de dos metros de profundidad, solo, cavando, y únicamente puedo ver las cuatro irregulares paredes de oscura tierra que me rodean.

Alzo la vista, mas mi campo de visión sólo me permite ver el cielo. Una imponente luna llena se yergue sobre él tapada por unas densas nubes grises que dan a la noche una tonalidad azul, endrina. Escucho lo que parecen inconexos susurros traídos por el viento. A lo lejos, un reloj marca la hora, retumbando en mitad de la sombría noche el eco de cuatro poderosas campanadas.

Las cuatro de la mañana, pienso.

Un búho canta sobre mí, mas no logro verlo. Por un instante siento unos fuertes escalofríos, siento miedo. Noto como mi rostro está frío, está empapado de lágrimas que brotan profusas de mis ojos, mas no es el profundo y repentino miedo que acabo de experimentar el que las provoca, estaban ahí antes de lo que puedo recordar. Lloro, mi alma se siente profundamente afligida, una intensa angustia atenaza mi corazón y no logro recordar la causa.

Todo mi cuerpo se queja doliente, como si no hace mucho me hubieran propinado una paliza, pero nada mínimamente parecido viene a mi memoria, sólo cavo, sólo sé que es de noche, que un reloj a lo lejos marca las cuatro y que un ansia interna e irrefrenable me hace cavar, me veo obligado a cavar.

Cavo.

Por fin, tras varias arduas paladas, logro detenerme, pues apenas puedo sentir mis manos que sangran copiosamente. Los brazos me duelen, me pesan como si legiones de demonios tiraran de ellos hacia sus dominios, ¿cuánto llevo cavando?

Cierro mis vidriosos ojos un instante e intento respirar, sólo respirar, sólo silencio y oscuridad. Noto cómo en mi interior se libra una sangrienta batalla por vencer esa irracional e inconcebible ansia por cavar. Finalmente, la gano y abro los ojos satisfecho, pero entonces, un terror como jamás recuerdo haber experimentado me invade, me paraliza. Las lágrimas que brotan de mis ojos se congelan nada más acariciar mi rostro, pues el frío que lo copaba se hace más intenso y blanco, ya que la sangre ha dejado de regar cada uno de los poros de mi piel.

¡No puedo salir!

Me percato de que el hueco donde hasta hace poco no dejaba de cavar, es demasiado profundo y sus paredes anulan cualquier desesperado intento por salir, pues la tierra que las cubre está muy húmeda, casi barro, debido a una imperceptible llovizna que no cesa de caer.

¡Socorro!, ¡que alguien me ayude!, grito desesperado. Mas nadie responde a mi llamada, sólo silencio y noche.

Enloquecido, empiezo a dar saltos intentando ver qué hay más allá de estas cuatro agobiantes paredes. Pero tan sólo consigo que a mis ojos lleguen breves instantáneas de imágenes, como fotografías fugaces. En ellas aparecen imágenes de grises cruces de piedra pintadas de musgo, de cercas de oxidado hierro que blanden sus rotas puertas al viento cortando el silencio con quejidos amargos de sus goznes, de sombras con formas de fúnebres estatuas, de hojas muertas sobre losas de ennegrecido mármol, de árboles desnudos de tétricas ramas retorcidas en formas fantasmales meciéndose al son del viento como negros cirios anunciando con su ronco tintineo la muerte en mitad de la noche... Me detengo un instante porque no puedo saltar más, mi cuerpo protesta ante el dolor contrayendo todos mis músculos. Permanezco acurrucado en un rincón, aproximo las piernas al pecho, las sujeto rodeándolas con los brazos y meto mi cabeza entre ellas. Durante unos segundos lloro, simplemente lloro; mi alma solloza mientras mi cabeza organiza todas y cada una de las instantáneas que he visto. No cabe duda, ¡estoy en un cementerio! Sí, estoy en un cementerio, en mitad de la noche, a las cuatro de la mañana, cavando una tumba.

Multitud de dudas me asaltan por doquier, ideas que agujijonean mis

sentidos e hieren mi alma.

Pero, ¿una tumba para quién?, ¿a quién he matado?, ¿será por eso que todo el cuerpo me duele y que no puedo parar de cavar?, pienso.

Continúo acurrucado en una esquina deseando que todo esto no sea más que un mal sueño, una lúgubre pesadilla. Me tambaleo en un movimiento de vaivén de adelante hacia detrás intentando convencerme una y otra vez que esto no es real, que pronto despertaré y entre sudores y con una sonrisa de alivio le contaré este extraño sueño a mi mujer, mas ni siquiera puedo recordar si estoy casado. La desesperación me invade por momentos, la paranoia se apodera de mis gestos dibujando sobre mi rostro muecas de terror y de locura. Siento como las fuerzas me abandonan y caigo al lodo del suelo perdiendo la consciencia.

Endrina oscuridad.

La humedad y el frio invaden mi rostro. Respiro de nuevo. Abro lentamente los ojos y la imagen que viene a mi retina me angustia, una pala reposa sobre el lodo justo enfrente de mi cara, la contemplo en silencio. Vuelvo a escuchar susurros en el viento. De pronto, como dominado por una fuerza infernal que tira de mí y me obliga a llevar a cabo actos inconscientes, me levanto, cojo la pala y reanudo mi tarea.

Cavo, no puedo parar de cavar.

Un búho canta de nuevo sobre mí, pero esta vez puedo verlo posado sobre el borde de la tumba que estoy cavando. Canta y clava su mirada en mí. Sus ojos penetran punzantes en mi cabeza para permanecer allí agobiándome, como un terrorífico presagio de mi muerte, empero no paro de cavar.

Con un ritmo frenético cavo sin parar. La sangre que chorrea por la pala y el intenso dolor de mis brazos no me detiene, y entonces, cuando creo que voy a morir de dolor y cansancio, un sonido metálico y algo estridente brota de la pala. Me detengo y escucho, pero nada. Vuelvo a cavar y es entonces cuando me percató de que la pala golpea algo metálico, hay algo enterrado.

Una leve sensación de alivio me recorre el espinazo, la alegría empieza a apoderarse de mi alma. ¿y si no estoy cavando ninguna tumba para nadie?, ¿y si simplemente estoy desenterrando un objeto?

El dolor de mis brazos y manos desaparece al instante, aunque no así la sangre, me arrodillo y empiezo a desenterrar lo que he encontrado. La euforia esa ahora dueña de mis actos, nubla cualquier otra sensación de

malestar y aporta un poderoso calor a mis músculos.

Definitivamente aquello que creo que busco aparece frente a mí en todo su esplendor. El pánico abre tanto mis ojos que incluso me duelen. Un ataúd de plomo con bellas y delicadas incrustaciones doradas y clavos de fina plata, reposa desafiante a mis pies. Lo dudo, pero decido finalmente abrirlo. Cojo la pala y haciendo palanca con ella logro retirar la tapa.

Purpúrea oscuridad.

Sólo eso llega a mis ojos. El interior, forrado con terciopelo carmesí, está vacío, nadie descansa sobre su suave acolchado. ¿He desenterrado un cenotafio?, pienso confuso y aturdido.

Entonces un fuerte y puntual dolor invade mi cabeza. Siento brotar sangre de ella que resbala lentamente por mi rostro mezclándose con las lágrimas. Las fuerzas me abandonan, las imágenes endrinas se desvanecen en mis ojos y caigo dentro del cenotafio que acabo de desenterrar.

Silencio.

Ciego, todo es oscuridad. Vuelvo a escuchar susurros en el viento, pero ahora dejan de ser inconexos y hablan en la lejanía sobre un trabajo que ya está hecho. Estoy aturdido, mareado, desorientado, sin fuerzas, y entonces la tapa del ataúd se cierra. Escucho caer sobre mí la misma arena fangosa que momentos antes he quitado. Ya no puedo oír el canto del búho. Instantáneamente el aire se vicia y mis pulmones agonizan y se secan, la visión me abandona y el calor que tensaba mis músculos desaparece dando paso a un frío amarillo, mortal. Siento cómo el corazón deja de latirme.

La oscuridad se cierne sobre mí.

## Capítulo 7

Me despierto sobresaltado, desorientado y agitando frenético y errático mis brazos que buscan el terciopelo carmesí que ahoga mis pulmones. Actúo como un autómatas cuyo control la muerte ha desprogramado volviéndolo loco, hasta que mi espalda se estrella contra una pared ondulada, caigo de rodillas al frío suelo, tomo una profunda bocanada de aire e instantáneamente la visión vuelve a mí.

El interior de terciopelo carmesí del cenotafio que acabo de desenterrar, y en el que me acaban de sepultar, se ha transformado en paredes infinitas de libros carmesíes. Una habitación igual de aprisionante y angustiosa que un ataúd.

Libros carmesíes me rodean, me acorralan.

Mis pulmones se vacían y llenan a un ritmo frenético. Incluso siento mi corazón algo dolorido, como si durante un sucinto instante se hubiera paralizado. Permanezco así unos momentos hasta que, una vez calmado y reconocido mi alrededor como la habitación que me tiene preso desde que puedo recordar, me siento en el suelo.

*Elige un libro...*

Esa voz, que me habla desde mí y no soy yo.

Me encuentro tan perdido o más que cuando desperté en esta habitación, desde que tengo recuerdos. Recuerdos carmesíes.

¿Qué hago aquí?, ¿dónde demonios estoy?, ¿cómo he llegado hasta esta habitación?... pero así es que ni siquiera recuerdo quién soy! Cierro fuertemente los ojos para evadirme de la tonalidad clara y blanquecina con la idea de que en la espesa oscuridad pueda encontrar más sentido a las preguntas que me atormentan agujerándome el alma. Sin embargo, una de ellas destaca cada vez más superponiéndose sobre todas las demás, una idea que me paraliza, y un profundo miedo me hace abrir tanto los ojos que me duelen.

¿Y si el siguiente relato se hace realidad?

¿Y si no despierto de nuevo aquí?

¿Y si el siguiente libro me mata?

Aún, mientras todas estas preguntas recorren martilleantes mi cabeza, mi pecho tose expectorante y casi puedo sentir el fluir de la sangre por mi frente. He leído que moría, he sentido que moría, mi corazón ha muerto

un instante.

*Elige un libro...*

Mi cabeza se revela, tengo miedo. No quiero volver a coger un libro. Me acurruco sobre una esquina con la esperanza de que la voz se calle y pueda despertar de esta pesadilla tumbado sobre una cama que no recuerdo, en una casa que no recuerdo y poder, al fin, recuperar una vida que tampoco recuerdo.

*Elige un libro...*

De nuevo la voz me insta, me habla desde mí, me obliga.

Desde la esquina donde estoy acurrucado extendiendo mi tembloroso brazo. Ya ni me molesto en pensar un número, sólo cojo el primer libro que tengo al alcance. 666. Miró su número con pavor, sabiendo que puede ser lo último que vea en una vida que no recuerdo haber vivido. Lo abro.

*El sonido del chocar de las herraduras...*

## Capítulo 8

### 666 - EL DEMONIO DE NUÊMSIS

El sonido del chocar de las herraduras con las piedras retumba en mitad de la noche, metálico, estridente, confundándose con el respirar jadeante de mi caballo. El denso vaho que exhala por su hocico en cada desesperante bocanada, marca nuestro terrible camino entre la oscuridad. Tengo la cara casi petrificada por el viento frío que me golpea a toda velocidad secando mis vidriosos ojos repletos de horrendas ramificaciones de sangre, sin embargo, el espeluznante miedo que brota de mi interior me aporta el calor para seguir vivo. Mi capa ondea frenética al ritmo del galope mientras mi espada repica incesante marcando el compás en su golpear. Mi querido corcel ni siquiera protesta ante mis delirantes sacudidas de espuela que hacen que su bello costado bermellón sangre doliente. Sus cabellos se agitan frenéticamente de un lado a otro mientras me aferro con virulenta fuerza a las riendas de cuero y no dejo de agitarlas impetuosamente.

Cabalgo a todo galope en mitad de la fría noche atravesando un frondoso y oscuro bosque de fuertes robles, laberínticos fresnos, decrepitas hayas, desnudos olmos y lúgubres espinos. Sus ramas laceran mi rostro e hieren a mi caballo, empero ambos sabemos que debemos seguir galopando como si la misma muerte nos persiguiese.

Por un instante torno mi vista hacia atrás en mi macabro camino, sólo oscuridad, tétricas ramas desnudas y frío; parece que lo he perdido al fin. El sendero se vuelve más sinuoso si cabe; tomo una curva, otra, y otra a todo lo que mi agotado corcel da de sí. Parece guiado en mitad de la oscuridad por un ciego instinto sobrenatural de supervivencia, pues los lúgubres rayos de luna apenas pueden atravesar la amalgama de ramas y hojas que forman los árboles. El paisaje que se muestra ante mis ojos, y que lleva acompañándome más tiempo del que hubiera deseado, es tenebroso, siniestro y misterioso. Desnudos árboles, agitados por el silbante viento y arropados por una densa niebla que todo lo copa, me intimidan, me susurran maleficios en lenguas extrañas, me vigilan como si no quisieran que ningún ser humano cruzase su camino de piedras y barro sobre el que cabalgo frenético. La noche se cierra sobre mí ahogando con su endrina espesura todo aquello que me rodea.

Miro de nuevo atrás, y de nuevo no alcanzo a ver a nadie, parece que sí, que le he perdido. Disminuyo el galope y acaricio trémulo a mi caballo. Mi corazón respira aliviado, mas mi cuerpo aún permanece en tensión, reminiscencias del terror más agudo e intenso que jamás he vivido. Por un instante he sentido cómo hasta mi sangre huía despavorida dejándome

inerte y moribundo cabalgando a mi suerte. Mis ojos se han quedado completamente en blanco al verlo, su imagen, su terrorífica imagen, les han asustado tanto que he notado cómo mis pupilas se cerraban por completo y el iris se escondía tembloroso dejando un globo ocular blanco y sin vida. Mi piel se ha estremecido en furiosos espasmos mientras el pelo se erizaba enérgico e incluso se caía rendido ante el miedo. Mi fiel corcel bermellón ha relinchado impetuoso dando nerviosas vueltas sobre sí mismo intentando desesperadamente derribarme para salir huyendo.

Al fin parece que el sendero se suaviza un poco apareciendo una escalofriante e interminable recta ante mí. Eterna, como un siniestro pasillo infinito recto cercado por completo por columnas de vieja madera cuyas ramas se entrecruzan formando una cúpula siniestramente aterradora, alumbrado muy tenuemente por una luz azulada, casi negra, y cuyo suelo permanece espantosamente oculto tras la densa niebla de la que sólo sobresalen puntiagudos filos de piedra. Echo una última vista atrás, todo está normal, en calma, tan sólo el rumor del viento silbando misterioso sobre las ramas de los árboles, sólo frío y pávida serenidad; pero, de repente, siento un fuerte aliento, potente, expectorante. El suelo comienza a temblar de nuevo y por la curva que da paso a la recta por la que me encuentro, empieza a aparecer de nuevo. Su incipiente silueta hace que mi corazón vuelva a latir acelerado, espoleo con fiereza a mi caballo, mi pobre caballo, y al terrible grito que brota de mi garganta, aumentamos frenéticamente el ritmo hasta el límite.

Cabalgo en mitad de la noche, atravesando el bosque de Nuêmsis, huyendo despavorido del demonio que habita en su interior.

No me ha quedado más remedio, por lo prieto de mi viaje, que atravesar el bosque de Nuêmsis. Un bosque maldito, estigmatizado. ¡Dios sabe bien que no lo hubiera cruzado si no me hubiera visto obligado a ello!, pero era arriesgarme a comprobar si todos los relatos y leyendas que versan sobre Nuêmsis eran ciertos, o dos días más de tedioso camino rodeándolo. Elegí lo primero y ahora es a ese mismo Dios al que encomiendo mi salvación.

Nuêmsis.

Había oído multitud de historias sobre él, cuentos para asustar a los niños, leyendas para mantener aquel paraje virgen de la mano del hombre... todos relatos fantásticos creados por interpretaciones de hechos naturales; o, al menos, eso pensaba yo. Se decía en esos relatos que el mal se había apoderado de sus árboles a una edad tan antigua que el hombre ni siquiera puede recordar que existiera tal edad. Que su interior estaba habitado por el demonio más horrible y terrorífico escapado de las mismísimas entrañas del profundo infierno. Las leyendas se referían a él como El demonio de Nuêmsis. Algunos aseguraban haber visto animales huir despavoridos de aquel infierno terrenal mientras eran perseguidos por una criatura terrorífica que ni siquiera se atrevían a describir, y que

esos mismos animales, al volver a ver el sol, morían retorciéndose del dolor más espantoso y nauseabundo que uno pueda imaginar. Relatos de aquellos que alguna vez habían vivido en sus cercanías, aseguraban temblorosos que la noche era eterna sobre Nuêmsis, y que al caer los primeros rayos del alba que anunciaban la muerte diaria de Sól, ambas noches se fusionaban entre sus siniestros árboles resurgiendo la muerte de ellos. Y eran muchas las historias sobre hombres fornidos y de edad ya madura que seguían teniendo pesadillas con los sonidos estremecedores que brotan de las entrañas de aquel terrible bosque.

Aun así, me he visto obligado a atravesarlo.

Fuera, sobre el frondoso valle por el que cabalgaba presto y grácil, el sol comenzaba a esconderse magnificente haciendo brillar fulgente con sus crepusculares rayos el pelaje bermellón de mi corcel, mas, sin embargo, nada más entrar en el bosque de Nuêmsis, la noche ha caído pesada sobre mí y he notado como mi caballo, nervioso, dejaba de trotar expectante.

Por un instante, una vez dentro del bosque de Nuêmsis, he sentido cómo la alegría y la vitalidad abandonaban mi alma. El melódico y sinfónico gorgoreo de las coloridas aves que habitan en el valle, ha dado paso a un silencio profundo, ahogante, estremecedor, sólo roto por sonidos lejanos que erizan mi piel. El silbar del viento trae a mis oídos reminiscencias tenuemente audibles de espantosos aullidos y mece las ramas que en su chocar crepitan cual gritos desgarrados de almas pidiendo auxilio. Las herraduras de mi caballo golpean lentas las piedras que se esconden entre la espesa niebla marcando desesperantes el ritmo de nuestro caminar.

Caminamos lentos, apartando de vez en cuando las ramas que intentan herirnos. Puedo sentir cómo mi querido corcel comparte mi mismo miedo en cada dubitativo y tembloroso paso. Avanzamos internándonos cada vez más en el espeluznante y tenebroso bosque.

Entonces, cuando siento que la noche llega a su punto más oscuro y endrino, cuando observo que la niebla se espesa aún más y estoy empezando a pensar que mi mente sugestionable es la que crea el profundo miedo que siento, me doy cuenta de que me rodea el silencio más absoluto e infinito. Nada. Ningún sonido. El viento ya no trae notas de espeluznantes aullidos, de hecho, el viento ha cesado. Los árboles ya no agitan misteriosos sus afiladas ramas cual espadas blandiéndose al aire, hasta el caminar de mi caballo es ahora mudo. Silencio. Miro a mi alrededor asustado, siento que algo me acecha, y entonces, un helado escalofrío eleva mi capa y se filtra por mi espalda. Me vuelvo. Algo llama poderosamente mi atención a lo lejos. Allí, a unos metros de la linde del camino que ya he dejado atrás, justo entre dos poderosos robles cuyos troncos y ramas se retuercen y entrecruzan formando una especie de extraño pórtico, el aire se enrarece, se vuelve acuoso por momentos,

ondulado, como si fuera la superficie agitada de un lago. Entonces, una luz azul se irradia del interior de esos dos árboles y del centro de aquel pórtico comienza a surgir una figura. Su silueta en mitad de la noche hiela por completo mi sangre. Una fiera siniestra, espantosa y poderosa comienza a surgir de otro mundo para aterrarme. Como un caballo, pero horriblemente más grande y fuerte, de intenso negro azabache, un pelo roñoso y sucio y con profundas abiertas heridas rojas de sangre en ambos costados. Relincha soltando un vaho denso y frío, y en mitad de la noche, su relinchar suena como un rugido terrible anunciando mi inminente muerte. Sobre él aparece acechante, misterioso e infernal, su jinete. Su rostro, totalmente escarificado con lo que parecen heridas de su propia garra, se clava profundo dentro de mi alma comprimiéndola con fuerza, como si quisiera arrancármela de cuajo. Sus fauces son feroces, viles, demoníacas, agresivas, repletas de unos negros colmillos de oxidado hierro puntiagudo cubiertos de una baba espesa y grumosa. Se abren para mostrarme todas sus ansias de mi carne, toda su sed de mi sangre, quiere apoderarse de mi cuerpo y mi alma, y de su interior brota, en cada estremecedora apertura, un grito tan profundo, tan agudo, aterrador y helador que resquebraja a su paso el absoluto silencio que gobierna el bosque. Sus ojos, enormes esferas de rubí confeccionadas con la sangre de sus víctimas, refulgen entre la oscuridad lanzando intensas e instantáneas llamaradas de luz y fuego. Su torso, corvado de una manera horripilante, todo cubierto de un espeso plumaje, tiene sus costados forjados de fuerte púrpura negro y en su centro, a la altura de donde se supone debía estar el corazón, una mata de negro recio pelo humano ocupa su lugar. Con su extremidad izquierda, que se asemeja bastante a un miembro humano ciertamente deformado, oscuro, cubierto de escamas y acabado en cinco sucedáneos de dedos enteramente petrificados, aferra con fuerza las riendas de su negra y demoníaca fiera. Su extremidad derecha, si es que así puede ser llamada, blande al aire una enorme y desproporcionada garra peluda, mugrienta y sucia de la que chorrea un líquido espeso, negro y fétido. Esta garra, constituida por un único filo extremadamente afilado, resplandece inquisidor en mitad de la oscura noche, acechante, intimidador, como el pico afilado de un negro cuervo cortando silbante el frío viento, con un siseo profundo y aterrador que me penetra intenso en la cabeza punzando un agudo miedo por todo el cuerpo. Sus patas, también peludas y con pequeñas escamas iridiscentes, casi fusionadas al cuerpo de la fiera que lo sostiene, se mueven lentas, al mismo ritmo que el terroríficamente parsimonioso galopar de la fiera, pausado, casi levitando entre la espesa niebla que traslada en su caminar, clavando profundas sus garras en el camino en cada impulso, parece como si estuviera danzando una delicada y sutil danza mortal. Sin embargo, paradójicamente, su paso es rápido, veloz. Utiliza sus artes demoníacas para parecer lento y pesado, casi quieto, mientras se te acerca raudo y presto sin que te perca.

Y ahora, de nuevo, en esta recta infinita e infernal, viene presto y

sediento a mí.

Cabalgo. Rápido, desesperado.

Grito, castigo sin piedad a mi pobre caballo. Cabalgo.

El demonio se me acerca, cada vez más, juraría que ni siquiera galopa, mas su aliento, su pestilente olor, llegan a mí cada vez con más fuerza, más intensos. Se acerca; sí, lo tengo justo detrás de mí. Me acecha. Un leve susurro llega a mis oídos, como una maldición recitada susurrante en mitad de la noche en un idioma que desconozco, sin embargo, sé que sus palabras anuncian mi inminente captura; mi muerte. Un espantoso miedo paraliza todo mi ser.

La recta llega a su final, siento que casi puede tocarme, mas ni siquiera me atrevo a volver mi mirada. Sólo cabalgo despavorido, desesperado. Entonces, el sendero vuelve a transformarse en suntuosas y zigzagueantes curvas.

De pronto, justo cuando voy a empezar a trazarlas, siento un intenso dolor que recorre diagonalmente mi espalda marcándome con una herida infernal a fuego. Grito, esta vez de dolor, y siento cómo la sangre brota de mi interior bañando toda mi espalda, mas no paro de galopar.

Tomo la primera curva, y es entonces cuando vuelvo a ver al demonio tras de mí, blandiendo su garra en la fría noche, y puedo ver cómo es mi sangre la que mancha su negro filo. Espoleo duramente a mi corcel, como jamás lo he hecho antes, con la poca fuerza que mantiene vivo mi espíritu.

Cabalgo.

Lo pierdo. En sendero sinuoso soy más ágil y rápido que él. El demonio y su fiera son pesados y algo torpes a la hora de trazar las seseantes curvas por las que cabalgo. Sí, lo pierdo.

Es entonces cuando atisbo algo a lo lejos, una leve tonalidad amarilla que se abre allá donde el sendero parece morir. Parece cálido, con vida... ¡es luz!

Un frenesí inenarrable me invade. Puedo ver el final del bosque de Nuêmsis frente a mí. Es posible que pueda conseguirlo. Salir de allí.

¡Sí, mi grácil corcel, cabalga como nunca antes lo has hecho y venceremos al mal, escaparemos de las feroces fauces del demonio de Nuêmsis!

Una curva, otra, otra, otra más. Oigo cómo el demonio ruge y grita cada vez más a lo lejos, cada vez más desesperado por apresarme. La euforia me embarga. Otra, otra, otra curva más y por fin la vida golpea todo mi ser. Mi alma vuelve a respirar libre, sin opresiones. El calor resurge en mi rostro coloreando mis mejillas. La luz cierra mis pupilas de nuevo.

¡Lo he logrado! ¡He salido del bosque de Nuêmsis!

Continúo cabalgando, y sobre una pequeña colina me detengo y miro atrás, al bosque de Nuêmsis. Allí, en su infinita noche, en su linde, aparece su demonio. La fiera relincha dando vueltas sobre sí mientras su demoníaco jinete agita frenético su garra. ¡Le he vencido! Siento la vida dentro de mí, todo lo que ven mis ojos es colorido y de nuevo brota la felicidad sobre mi alma. Sin embargo, de pronto, el demonio se detiene, se queda quieto un instante mirándome fijamente a los ojos y de sus feroces fauces surge un sonido. Pero esta vez no es un grito, ni un rugido. El viento trae a mí carcajadas y risas que retumban por todo el valle helando mi corazón. ¡Se está riendo!, ¿por qué ríe?

Es entonces cuando noto cómo la herida de mi espalda late furiosa recordando dolorosamente su existencia. Noto cómo el sol me quema, mas su candor es ínfimo, sus rayos apenas asoman por el horizonte, sin embargo, esos débiles hilos de luz que están empezando a resurgir con el alba, me queman como fulgentes ascuas al rojo vivo, por fuera y por dentro. Mi caballo empieza a relinchar nervioso, el mismo relinchar temeroso que le invadió instantes antes del resurgir del demonio a través de aquella especie de puerta espectral entre los árboles. Intento infructuosamente apaciguarlo. El sol me quema y el viento me arrasa la piel; ¡me quemo!, ¡me abraso! Puedo ver retazos de un nuevo mundo que se me abre paso más allá del cielo, negro, infernal, un mundo de tinieblas y fuego, de seres horribles de rostros diabólicamente desfigurados que tiran de mi piel arrancando jirones terriblemente dolientes.

Me retuerzo, me estremezco, me desvanezco, me disipo, me colapso... ¡me duele!

Estallo en infinitas partículas ínfimas de ceniza.

## Capítulo 9

Mi alrededor está oscuro, todo es negro para mí.

No abro los ojos, pues el espantoso miedo de verme convertido en un demonio en un mundo tan horrible y apocalíptico, me lo impide por completo. Permanezco así, temblando, esperando que de un momento a otro el fuego infernal comience a quemarme durante el resto de mi eternidad, que los terribles seres que he visto se apoderen de mí, me torturen y se adueñen de lo poco que puede quedarme de alma tras el estallido. Pero nada de esto ocurre.

Una voz firme retumba en mi interior doblegando mi ser.

*Elige un libro...*

El miedo desaparece casi instantáneamente.

Abro los ojos. Claridad, serenidad y libros carmesíes me rodean.

El más espantoso y horripilante de los infiernos se ha abierto y ha desaparecido frente a mí. En su lugar, esta imperturbable sala repleta de libros carmesíes empieza a apoderarse de mi alma. Me absorbe, me exaspera, me oprime, me desespera, me hunde. Empiezo a pensar que este cuarto es una especie de antesala del infierno. ¿Acaso estoy muerto?, pienso. ¿Estoy en el purgatorio?, la sola idea me asusta erizando mi piel.

Miro una vez más a mi alrededor y me detengo a pensar; intento de nuevo recordar cómo era mi vida antes de despertar en esta prisión de mármol y libros. Pero nada encuentro en mi cabeza, ningún recuerdo, sólo me cabe imaginarme cómo deseo que fuera, empero mi imaginación es aún más lúgubre y siniestra que los relatos que leo. Me imagino con una pequeña y destaralada casa sobre la pelada ladera de una abrupta y gris montaña que al atardecer dibuja sombras fantasmales. Me imagino solo, envuelto en una enfermiza existencia en la que el hambre y la locura me hacen ver seres infernales acechándome. Me imagino mirando por una pequeña y difuminada ventana la oscura noche mortecina, oyendo pavorosos sonidos, mientras en la lejanía, dos estrellas empiezan a brillar más fulgentes en el firmamento. De pronto, se acercan a mi ventana transformadas en dos potentes focos que me devuelven súbitamente a la realidad.

Otra vez ese recuerdo. Creo que es un recuerdo.

Me pongo de nuevo de pie, pero la realidad es casi tan inquietante y terrorífica como mi oscura imaginación. Ningún recuerdo. Ni siquiera soy

capaz de recordarme, no sé cómo soy, cómo es mi cara. Me la palpo, la recorro poro a poro, sin ningún resultado. No sé de qué color son mis ojos, ni mi pelo, si mis dientes son blancos o están manchados por los cigarros que no recuerdo haber fumado o por el café que no recuerdo haber bebido.

*Elige un libro...*

De nuevo la voz me insta.

Es inútil cualquier intento de recordar y cada vez que lo intento dos fulgentes focos de luz golpean incisivos mi ya de por sí agotado cerebro, así que, finalmente, llevado por una mezcla de desesperanza y profunda desazón, decido una vez más obedecer la voz que me habla desde mi cabeza.

*Elige un libro...*

Cojo un libro y me quedo absorto mirándolo. Sobre su superficie varias gotas mojan el dorado estampado del número 48, son huellas inconscientes del frío sudor que brotan espontáneamente de mi frente ante el temor. Respiro profundo.

*De repente un enorme búho...*

## Capítulo 10

48 - CALOR

De repente, un enorme búho de brillantes ojos rojos me engancha por la espalda con sus fuertes garras y me eleva en el aire para recorrer juntos paisajes imposibles habitados por seres inverosímiles que viven en casas de formas absurdas. Visitamos tierras de azules arenas y naranjas aguas habitadas por seres de verde piel de escamas que nos saludan efusivos al pasar y gritan en una lengua ya extinta. Cruzamos cielos de un celeste inmaculado donde unas nacaradas nubes blancas dibujan extensos y perfectos fractales por donde pequeños hombrecillos alados caminan con exquisito movimiento browniano. Atravesamos ciudades confeccionadas con colorido papel satén y edificadas sobre serpenteantes praderas verdes ocupadas por seres mitológicos que corren intentando apresarme. Sobrevolamos un lago de tan cristalinas aguas que los peces nadan por el cielo; y es sobre sus aguas donde me escurro de las garras del búho y caigo sin remedio. Un pez manta me amortigua la caída, pero un enano de orejas cuadradas me empuja alegando que aquella es su estancia y caigo dentro de las aguas cristalinas.

Me despierto sobresaltado, bañado en sudor y con la respiración agitada.

Un sofocante calor domina esta noche de Agosto infernal. Ni un atisbo de suave brisa entra por la ventana, abierta de par en par, ni cruza la habitación. El calor me impide dormir, llevo horas dando vueltas sobre mi ya desecha cama, y cuando caigo por fin rendido sin remedio, me provoca extraños sueños sin sentido que, como ahora, me despiertan de nuevo. Me incorporo y permanezco sentado sobre el filo de la cama con las manos apoyadas sobre las rodillas y la cabeza inclinada hacia atrás todo lo anatómicamente posible. Por un instante guardo silencio en absoluta quietud intentando percibir alguna leve ráfaga que refrigere el sudor que, desde la frente hasta los pies, anega todo mi cuerpo. Toda espera es en vano, así que finalmente desisto y me levanto. Necesito beber agua fresca.

Palpo perdido entre la oscuridad de mi cuarto hasta dar con la puerta. Salgo al pasillo, allí la débil luz de una frágil luna en cuarto menguante, que entra por la ventana inútilmente abierta de mi cuarto, se refleja sobre varios de los cuadros que adornan sus paredes iluminando tenuemente todo el pasillo. Lo cruzo cansado y levemente jadeante, pues el calor oprime mis pulmones. Al pasar por delante de la puerta principal, que queda situada a mi izquierda, por un instante tengo la extraña sensación de que hay alguien al otro lado de la puerta, pero en seguida postergo la

idea y continúo presto mi camino pues la sed apremia cada vez más.

Al fin mis reseco labios son regados por un anhelado torrente de agua, pura, fría, revitalizante. Noto cómo penetra por mi garganta refrescando cada escondrijo y continua su camino regando con su exquisito fluir todos y cada uno de los rincones de mi cuerpo. Termino de beber. Puedo volver a la cama, aunque sé que el calor me impedirá de nuevo dormir o, al menos, dormir tranquilo.

En mi camino de regreso vuelvo a cruzar la puerta principal, ahora a mi derecha, y de nuevo vuelvo a tener la sensación de que alguien está al otro lado, pero esta vez noto algo distinto, no sé si es efecto del calor, pero estoy completamente convencido que algo, o alguien, ha cruzado por lo más extremo de mi campo de visión. Me quedo quieto, una extraña sensación me ha paralizado por completo, por un instante incluso llego a sentir una leve brisa acariciando mi cuerpo que hiela mis huesos y eriza mi piel.

Silencio. Oscuridad.

Giro la cabeza despacio, extremadamente despacio. Y entonces lo veo.

El estrecho hueco que queda entre la puerta y el parque está iluminado, y la línea, la fina línea de luz, es atravesada fugazmente por una sombra.

Poco a poco un miedo como jamás había sentido antes me domina. Pero nada en el interior de la casa ilumina la entrada, ésta proviene de fuera, de la luz de las escaleras del bloque de pisos donde vivo. Y entonces, de nuevo, una sombra cruza la fina línea de luz, pero esta vez permanece quieta por momentos para, poco después, cruzar de nuevo en sentido contrario. Definitivamente ¡hay alguien fuera, al otro lado de la puerta!

La sangre se me hiela haciendo que el corazón me deje de latir por momentos. El sudor que instantes antes empapaba mi frente, ahora brota frío como el blanco mármol en el que se ha convertido mi rostro. Retrocedo sigiloso. Mi andar es tosco, no puedo doblar las rodillas porque el pánico que me recorre todo el cuerpo rigidiza mis articulaciones, pero sigo retrocediendo hasta que mi espalda choca con la pared, frente por frente de la puerta. No tengo escapatoria, sin embargo, mis piernas siguen intentando retroceder y alejarse.

De pronto, de nuevo la sombra, pero ahora no para de cruzar; ¡alguien está al otro lado de la puerta y camina de una punta a otra!

¿Qué es? ¿Quién está detrás de mi puerta?

Intento, desde la distancia, vislumbrar algo por la mirilla de la puerta, mas es demasiado lo que me separa de ella. Me esfuerzo por

adelantarme, pero el pánico que siento se acumula en mis pies dejándolos anclados al suelo como dos barras de hierro fundidas en roca.

Entonces, alguien golpea y rasga la madera al otro lado de la puerta acompañando su siniestro paseo, y en el absoluto silencio de la noche, suena como el desgarramiento de mi propia piel.

Un grito ahogado surge de mis entrañas convulsionando todo mi ser, dibujando en mi rostro la fisonomía del más puro miedo, como una máscara de la misma muerte. Mi respiración no para de acelerarse y su sonido repetitivo retumba en la oscuridad y se clava en lo más profundo de mi cabeza volviéndome loco por momentos. Estoy aterrado, el pánico empieza a nublar la vista. Jamás en toda mi vida había sentido tanto miedo, jamás había sentido un miedo tan real y profundo.

Mi cuerpo postrado sobre la pared, paralizado, y la sombra que no deja de cruzar la fina línea de luz rasgando en su paseo la madera. ¡Por favor, párate! De pronto, justo en mitad de su desesperante camino, la sombra se detiene.

Silencio.

Una voz surge del otro lado de la puerta cortando la oscuridad que le separa de mí. Su tono suave, susurrante, de ultratumba, retumba insostenible en mis oídos haciendo temblar todo mi cuerpo, tanto que por momentos creo que voy a caer.

- Abre la puerta- sisea la voz.

Paralizado.

Todo en mí se paraliza, mis pensamientos, mi respiración, el latir de mi corazón, todo. Parálisis provocada por el terror más absoluto y sincero. El calor abandona mi cuerpo llevándose consigo mi último aliento de vida.

Silencio. Permanezco allí, quieto. El tiempo pasa tan lentamente que puedo incluso llegar a percibir como las agujas de mi reloj se detienen.

Sin aliento y con los ojos dolorosamente abiertos por el pánico, por fin doy varios involuntarios pasos hasta que, de pronto, mi cara acaricia la fría madera de la puerta.

Puedo sentir una respiración al otro lado.

De mis ojos brotan lágrimas de miedo, mis piernas se derrumban rendidas y mi espalda resbala por la madera mientras caigo para yacer aterrorizado

en el suelo.

Todo mi cuerpo, todo mi ser, se encoge petrificado en tanto no dejo de percibir una respiración al otro lado de la puerta.

De nuevo, la voz retumba en la oscuridad.

- Abre la puerta. Esto aún no ha terminado. -susurra impávida- Abre la puerta, pues debemos continuar el viaje.

Extiendo como puedo mi agarrotado brazo hasta sentir el frío tacto del acero del pomo sobre mi temblorosa mano, lo giro y tiro de él. Las bisagras se rebelan y chillan estridentes provocándome un escalofrío que hace que mi alma huya, sólo por un instante, despavorida dejando mi cuerpo inerte. Definitivamente la puerta se abre.

Silencio.

Y allí, inmóvil en la entrada de mi casa, mirándome fijamente a los ojos con mirada burlona, puedo contemplar un enorme búho de brillantes ojos rojos.

## Capítulo 11

Me despierto empapado y respirando agitado.

Un profundo dolor invade mi pecho contrayendo todo mi ser. Mi corazón late a un ritmo tan elevado que creo que va a salirme despavorido del pecho. Tengo la piel completamente erizada del miedo, pero, sin embargo, aquello donde se apoya mi espalda ya no parece madera, tiene una sensación más blanda y ondulada y con salientes y rebordes que pinzan mi columna. Me giro, abro los ojos y la madera fría y recia de la puerta se ha transformado en libros carmesíes. Miro a mi alrededor. Libros carmesíes me rodean.

*Elige un libro...*

Cada vez que abro un libro creo que mi pobre corazón muere un poco más. Me invade una profunda sensación de cansancio y pena. El que a todas luces parece el único medio de salir de esta prisión de inmaculado mármol blanco y libros carmesíes me está matando cada libro un poco más. Tengo miedo. Tengo tristeza. Siento una intensa melancolía por la existencia que no recuerdo haber tenido. Inconsciente me doy la vuelta y, de pie, apoyo mi cabeza sobre los libros carmesíes y, por primera vez, lloro, ya que no recuerdo haber llorado antes.

*Elige un libro...*

Ya lo sé, pero ¿cuál?

He tomado aquellos números que, creía, significaban algo para mí. He preguntado a la voz de mi cabeza sin respuesta. He tomado números al azar. Pero nada ha sucedido, salvo que he muerto, he sentido auténtico pavor y he ido perdiendo un poco de mi alma y mi ser en cada uno de ellos.

*Elige un libro...*

Intento razonar el número. Pienso en un número que tenga algún sentido. Escudriño meticulosamente cada último resquicio de mi mente, empero el único recuerdo que creo tener es el de dos potentes focos que se me acercan hasta casi golpearme. ¿Y si el número del libro que tengo que coger es 2? Parece ridículo; es ridículo, pero dentro de esta prisión de mármol y libros carmesíes... ¿por qué no?

Busco con la mirada el libro hasta que lo encuentro en la estantería que está a mi derecha, elevado, tanto que tengo que ponerme de puntillas para poder cogerlo. Mis esperanzas y apuestas al 2. Aunque tampoco

recuerdo haber apostado nunca.

*Susurros...*

## Capítulo 12

### 2 - SUSURROS

Susurros. Incesantes siseos abordan todos y cada uno de mis sentidos.

Siento frío, mucho frío, tanto que puedo sentir mis huesos casi vitrificados. Algo me golpea, pero su golpear es insólito, con suave virulencia, como lo haría un látigo de la más pura y bella seda. Sin embargo, es extraño, pero no siento ningún tipo de dolor, sólo siento ligereza, me siento libre. Pero el siseo no cesa y lo rodea todo con su repetitivo tintineo sumamente molesto.

Olores se entrelazan entre sí provocando una extraña mezcla que jamás había olido antes, como el olor a tierra mojada recién caída una fina y delicada capa de lluvia, pero sin tierra, el mismo extraño olor que provoca un rayo caído en mitad de la noche cerrada del polo norte.

Olores, susurros, golpeo, frío... y ligereza, no puedo dejar de sentirme libre, de sentir, en cierto modo, la total ausencia de toda ley newtoniana, privado de cualquier tipo de atadura lógica y quizás humana.

Entonces, soy consciente de algo, todos mis sentidos están alerta, recibo información de cada uno de ellos, olores, sonidos, sensaciones, mucha información, excepto de uno: de la vista. Sí, tengo los ojos fuertemente cerrados. Los abro.

Todo es luz brillante, demasiado brillante, un acto reflejo me hace cerrar de nuevo los ojos, pero en seguida vuelvo a abrirlos. El resplandor ya no está, se ha ido, en su lugar puedo ver algunos colores, formas difusas, azules, verdes y marrones sin contorno aparente, en su lugar puedo ver... ¡Dios!

Ahora no puedo cerrarlos, lo que ven mis ojos nubla cualquier otra de las sensaciones captadas por los demás sentidos. Aquello que veo me asusta, me aterroriza. Mi corazón sube precipitadamente de pulsaciones. La sensación es de pánico, de terror, de infinita angustia, de sobrecarga en el cerebro hasta que éste se cortocircuita. Por un instante consigo que a mi alrededor sólo haya nada.

Veo de dónde proviene el incesante siseo que no deja de acompañarme desde el principio, desde que vuelvo a tener recuerdos. Veo qué es lo que me golpea con tan suave virulencia, y ahora comprendo por qué no me hace daño. Veo el porqué de este gélido frío. Veo de dónde salen la extraña mezcla de olores. Veo por qué me siento tan plácidamente

ligero. Puedo verlo todo.

¡Estoy cayendo!

De dónde, no logré saberlo; cómo he llegado allí me es totalmente desconocido, pero sí, ¡estoy cayendo! Atravieso la azul cúpula celestial en caída libre, a una velocidad tal que el aire me golpea, el viento sisea incesante y la altitud me congela los huesos.

¡Estoy cayendo!

Puedo ver perfectamente el radio de curvatura de la tierra, por lo que deduzco que debo estar muy arriba en la atmósfera. ¿De dónde caigo? Pero la imagen que veo, esa interconexión entre azul, verde y marrón que es la tierra, se aplana cada vez más y más, a una velocidad verdaderamente vertiginosa.

Hago acopio de fuerzas e instintivamente noto cómo mi mano se va hacia el costado, lo palpa cada vez con más inquietud, nerviosa. ¿Qué busca? Con inusitada precipitación mi mano surca ahora mi otro costado registrando cada milímetro de su superficie, y es entonces cuando adivino qué es lo que busca. Una anilla, un tirador que haga brotar de mi espalda un paracaídas, pero en su lugar no encuentra nada, sólo una camisa sudada y hecha jirones. De hecho, no siento nada sobre mi espalda, sólo frío y el viento golpeando.

Es entonces, y sólo entonces, cuando una sensación de vértigo me invade, no es sólo miedo a las alturas, es miedo a caer de las alturas. Me entran náuseas, pero el siseante viento que me golpea se introduce ferozmente por mi boca cuando intento vomitar impidiéndomelo.

¿De dónde caigo? ¿Por qué caigo?

Intento remontarme todo lo atrás que me es posible en mis recuerdos, mis escasos recuerdos, mas lo único que consigo identificar como el primero de ellos es el recuerdo de estar cayendo.

Ya no logro ver nada más que marrón y verde bajo mí. El azul se ha ido abriendo hacia los laterales de mi campo de visión hasta desvanecerse en el infinito dejando sólo verde y marrón. Tierra. Inmensa, sólida, irregular. Se me acerca cada vez más y más.

Intento despertarme, pues esto no puede más que ser un sueño, irreal, agobiante, terrorífico, y desesperadamente angustiante. ¡Una pesadilla! Por favor, necesito despertarme, sé que no puedo estar cayendo, ¡Dios, por favor!, intento rezar, pero ninguna oración surge de mi memoria, me pellizco ferozmente hasta sangrar, me golpeo, ¡despierta! pero no. La tierra se aproxima cada vez más rápido, tanto que puedo empezar a

distinguir sus suaves curvas, un regular relieve que comienza a mostrarme sus entrañas. Los caminos dibujan sobre ella un mapa cual corteza de cerebro abierto por la mitad, zigzagueante, laberínticas interconexiones lo recorren todo dibujando un mapa, el mapa de mi muerte. Así como un dardo pasa de ver la diana de círculos concéntricos a un único punto rojo, mi punto rojo se acerca irremediabilmente.

Ojalá pudiera ahora acordarme de los míos. Despedirme de mi dulce y bella mujer entre lágrimas besando por última vez sus delicados y carnosos labios. Abrazar fuertemente a mis hijos y decirles cuánto les quiero. Ojalá pudiera enjuiciar lo que hasta ahora ha sido mi vida y sentirme orgulloso por mis logros, alegre por los grandes momentos vividos y triste por aquello que no hice y que ya no podré hacer. Ojalá pudiera pedir perdón a aquellos que debiera pedirles perdón, darle las gracias a quien se las mereciera... pero no puedo, no recuerdo si estoy casado, aunque ningún anillo decora mi mano, no recuerdo si tengo familia, amigos... No recuerdo nada de mi vida, sólo frío, viento, siseo y ligereza.

Finas agujas se dibujan allí donde varios de los caminos se unen, allí donde mi viaje me lleva inexorablemente. Se hacen más grandes, hasta que puedo atisbar su color rojizo. Es innegable que la mano del hombre está tras ellas, son los techos de las casas, un pueblo entero se abre bajo mis pies. El siseo que me acompaña, que me ha acompañado desde siempre, se hace más agudo, más fuerte y repetitivo. Como el pitido de la cafetera anuncia que el café está listo, el siseo del viento me anuncia el final. ¡Estoy cayendo! ¡Despierta! Grito todo lo humanamente posible, todo lo que pueden dar de sí mis pulmones. Pero no. Las casas se abren dejando sólo visible la plaza del pueblo repleta de gente mirando al cielo, me están mirando a mí. Veo el gris suelo de piedra de la plaza cada vez con más detalle. Lo que antes eran gentes, ahora son personas con rostro definido, un color de ojos y de pelo y una silueta cada vez más nítida, y ahora soy consciente de la vertiginosa velocidad con la que estoy cayendo. Me vuelvo loco por momentos, me desespero, me estremezco; una inenarrable angustia se apodera de mí. ¡Dios ayúdame!

Gris, cada vez más y más gris. La plaza se abre cada vez más rápido. Es inevitable, es inminente, sólo deseo que sea rápido e indoloro. Me despido de todo aquel y todo aquello que pude llegar a conocer. Ya no hay tiempo para más, todo se acaba aquí, yaceré sobre la fría roca gris que me espera desafiante. Sólo espero que alguien, en alguna parte, me recuerde.

El siseo del viento ha dado paso a un estridente pitido que me ensordece y me aterroriza. Mi corazón late sumamente acelerado intentando salir de mi pecho. Todos y cada uno de mis músculos se contraen ferozmente entumeciendo todo mi cuerpo, preparándolo ante el inminente impacto.

No puedo más que llorar.

Un escalofriante último grito brota de lo más profundo de mi garganta, mi último aliento de vida. ¡Cierro fuertemente los ojos!...

Silencio.

Todo ha cesado.

No siento frío. Ya nada me golpea con suave virulencia. Ningún incesante siseo llega ahora a mis oídos. La ligereza se ha ido, vuelvo a sentir la gravedad sobre mis pies. Abro los ojos.

Estoy de pie, quieto, en el centro de la plaza que segundos antes he visto abrirse a mis pies y acercarse tan velozmente que creo que por un fugaz instante mi corazón ha dejado de latir. La gente empieza a congregarse a mi alrededor en regio silencio. Alguno, haciendo acopio de suma valentía, incluso se atreve a tocarme igual que se toca a una persona sin saber si duerme, pero no queriendo despertarla. Todos me están mirando aturridos, con gesto entre asombro e incertidumbre, como si mi presencia allí les asombrara y estuvieran esperando que hiciera algo. Intento hablarles, pero nada congruente surge de mi cabeza. Al fin, uno de ellos se me acerca.

- ¿Se encuentra bien señor?

- Estoy vivo –susurro-

- ¿Cómo dice señor?

- ¡Estoy vivo! –logro gritar eufórico-

- Ya lo veo señor.

- ¡Pero he caído y estoy vivo! –grito de nuevo, esta vez algo molesto pues no logro comprender como quien me habla no puede llegar a vislumbrar lo que me ha ocurrido; he caído, no sé cómo ni de dónde, pero he caído y estoy vivo, debería estar muerto, mis restos deberían cubrir aquella plaza-

.

- ¿De dónde ha caído usted señor? –me pregunta-

- Del cielo – respondo enojado- ¿es que eres el único que no me ha visto caer del cielo?

- Pero eso es imposible señor.

Por fin empieza a darse cuenta de lo asombroso de este acontecimiento.

- Lo sé, y quizás imposible sea la palabra más apta que posee nuestra lengua para describirlo, pero aquí estoy.

- No señor, no me refiero a lo extraordinario de caer del cielo y no morir, me refiero a que usted no puede haber caído porque lleva todo el día aquí de pie.

## Capítulo 13

Permanezco de pie, quieto. Las piernas me duelen y sus huesos se revuelven hirientes. Un electrificante escalofrío atraviesa toda mi espalda retorciendo mi espina dorsal y haciéndome caer de rodillas sobre el frío suelo que ya no es de gris piedra, si no de blanco y puro mármol. Todo el cuerpo me tiembla de cansancio y dolor. Poco a poco me voy recostando mientras mi ser se va apagando. El blanco se difumina a negro y finalmente me desmayo sin remedio.

*Elige un libro...*

La voz que me habla desde mí, y que no soy yo, me despierta.

De nuevo libros carmesíes me rodean. De nuevo el libro que acabo de leer permanece quieto en su sitio, como si jamás se hubiera movido de allí y de nuevo despierto en aquella aprisionante habitación.

Intento incorporarme, pero todo mi cuerpo, hasta lo más profundo de mi alma, me duele como si me hubieran dado una paliza, como si hubiera caído desde una gran altura.

*Elige un libro...*

Por un instante mi cuerpo no reacciona ante la voz que me habla desde mí. Mis extremidades parece que no responden ante mis insistentes órdenes anulando todo intento de moverme. Entonces, de mi interior brota un alarido de dolor, de agobio y de rabia como no recuerdo haber exhalado jamás, tan intenso que su eco retumba sobre toda la habitación recorriendo todos y cada uno de los libros que se estremecen a su paso. Cuando se apaga, todo se queda en calma y tumbado sobre el mármol, ni siquiera escucho mi expectorante respiración. Sólo silencio.

Por primera vez desde que puedo recordar siento paz y miedo a partes iguales. Allí tumbado, sin poder moverme, creo que mi alma permanece en reposo esperando que, de una vez por todas, todo esto acabe.

*Elige un libro...*

De nuevo tú. De nuevo me hablas desde mí, pero no soy yo.

*Elige un libro...*

La voz y su insistencia provocan en mí un extraño sentimiento esperanzador, como si supiera que tiene razón, que debo seguirla pase lo que pase, que debo tener fe en ella. Aunque no recuerdo haber rezado

nunca, haber tenido fe, ni recuerdo si seguía algún credo.

*Elige un libro...*

Hago acopio de las nuevas y esperanzadoras fuerzas que diría me aporta la voz de mi cabeza, respiro profundo y firmemente ordeno levantarse a todo mi cuerpo que, esta vez sí, me obedece complaciente. Me pongo de nuevo en pie y roto varias veces la cabeza hasta que consigo que mi cuello cruja y salga de su entumecimiento.

Miro a mi alrededor. Sólo libros carmesíes me rodean.

Me percato de que aún hay uno de los lados de la habitación de donde no he cogido ningún libro, así que me dirijo hacia esa estantería con la esperanza de que sus historias sean distintas, echo un breve vistazo y cojo el primer libro que considero, ¿para qué molestarme en pensar un número a estas alturas? 715.

*¿Y si estuviera diciendo la verdad?...*

## Capítulo 14

715 - NUVLARI

¿Y si estuviera diciendo la verdad? –pregunto a mi compañero-.

- ¿Pero qué estás diciendo? –me replica mientras coloca su pluma en el bolsillo de su bata blanca- ¿Estás de broma? No digas tonterías.

- Pues claro que estoy de broma. –finjo mientras cierro la puerta tras de mí. Pero, ¿y si estuviera diciendo la verdad?–pienso-.

Me quedo mirándolo por la pequeña ventana de cristal reforzado de la puerta. Permanece allí dentro, sentado, con la mirada perdida en el infinito mientras sus ojos no paran de moverse en todas direcciones, pero a una velocidad tan alta que apenas se percibe el cambio de posición del iris.

-Parece que nuestro amigo está otra vez de viaje –me dice mi compañero mientras mira la pequeña ventana por encima de mi hombro.

Pensativo, aguardo allí unos segundos y una pregunta no deja de atormentarme en mi cabeza, ¿y si estuviera diciendo la verdad? Entonces, mi compañero me despierta de mi ensimismamiento con un leve toque en el hombro.

-Venga, vámonos, ya nos contará mañana dónde ha estado esta vez–comenta con un tono ciertamente burlón.

Esa misma noche, tumbado en mi acogedora cama, no puedo pegar ojo pensando en mi paciente. La blanca luz de luna penetra por la ventana abierta traspasando las finas y delicadas cortinas que juguetean y bailan al son de una susurrante brisa dibujando en el techo sombras irreales que disparan mi imaginación. Me sorprende a mí mismo ansioso, deseando saber dónde ha estado esta vez, anheloso por escuchar al día siguiente el relato de su viaje.

Tras un año de terapias y visitas, por primera vez en toda mi extensa y fructífera carrera, me planteo todo aquello en lo que creo. Estoy empezando a pensar ciertamente que la línea que separa lo real de lo fantástico, la locura de la cordura, puede que sea más fina de lo que siempre he creído. Incluso empiezo a creer en la posibilidad vana y fútil de que dicha línea ni siquiera exista.

Por fin, cansado y con una incipiente jaqueca, me duermo poco a poco al son que una única pregunta marca en mi cabeza, ¿y si estuviera diciendo la verdad?

A la mañana siguiente me visto con prisa, y camino del manicomio donde trabajo, no puedo apaciguar la ansiedad que me domina. El camino que recorro a diario me parece ahora más colorido y fantasioso, de curvas zigzagueantes y solitarias y lindes cubiertas por una alfombra de muertas hojas de tonos amarillos, marrones, anaranjados, que caen de unos majestuosos y desnudos abedules. La entrada al pequeño túnel de antigua piedra me evoca historias fantásticas de cavernas profundas y misteriosas, historias que el gris cielo que me cubre, la fina lluvia que cae desde primera hora de la mañana y el suave murmurar del viento que arrastra las muertas hojas dibujando vórtices imposibles sobre la luna de mi coche, ayudan a afianzar en mi cabeza. En el interior del túnel, el juego espectral de luces y sombras trae de nuevo a mí la pregunta que me atormenta desde ayer, ¿y si estuviera diciendo la verdad? A cada metro que paso dentro de este estrecho túnel, tengo la sensación de estar viendo otros mundos, irreales, fantásticos, sin embargo, mundos reales más allá de la realidad. ¿Y si estuviera diciendo la verdad? –pienso- quizás, cómo él decía, sólo habría que creer.

Un leve e imperceptible fagonazo de luz me expulsa del túnel y de mis pensamientos. Fuera, el gris cielo se ha oscurecido hasta casi ennegrecer por completo y la lluvia sigue cayendo fina e inacabable. Tras unos pocos kilómetros de solitario camino puramente otoñal entre abedules, siguiendo la estela apenas perceptible de dos filas de rodada entre las muertas hojas, llego por fin a mi destino.

Una enorme cancela de gruesos barrotes de arcaico acero se yergue recia frente a mí, sólo iluminada por los faros de mi viejo coche que al incidir sobre el oxidado acero colorean toda la cancela de un intenso color fuego, pareciera como si aquella cancela abriera la puerta a otros mundos. Entonces, de la nada surge una voz entrecortada, metálica.

- Bienvenido doctor, buenos días –dice la voz. E inmediatamente la cancela comienza a abrirse, no sin esfuerzo, emitiendo un fuerte estruendo.

Avanzo despacio por el sendero de entrada, perfectamente recto, no excesivamente largo y cercado por unos enormes y apagados cipreses que danzan al son del viento chocando sus elevadas puntas como si de una batalla a espadas se tratase. Al final del sendero se eleva majestuoso el manicomio donde trabajo. Un edificio antiguo, tenebroso y misterioso, hoy aún más misterioso si cabe por el contraste entre el gris cielo y la triste y apagada iluminación interior; construido con fuerte piedra gris y cubierto por numerosas ventanas, quizás demasiadas, por las que multitud de caras me observan a diario, unas con sorpresa, otras con angustia, con

alegría, con regia seriedad, con facciones fuertes y enojadas, pero casi todas con rostro triste y mirada indiferente.

Bajo por fin del coche, y al entrar en el manicomio, por un instante me encuentro sólo en el pasillo de entrada, y el silbido del viento que entra por la puerta que se cierra a mis espaldas, suena a música sacra. Iluminado intermitentemente por unos estropeados fluorescentes que recorren todo mi camino, puedo escuchar los gritos de los pacientes que retumban en el silencio erizando mi piel.

Al fin, tras numerosos controles y registros, llego a las oficinas donde mi compañero me aguarda.

- Por fin llegas –me dice-. El paciente está esperando. ¿Vamos a ver dónde ha estado esta vez?

- Por supuesto –respondo- espera que coja la grabadora y mis notas y nos vamos.

Camino de la sala de interrogatorios apenas puedo ocultar mis ansias, deseo escuchar su relato, reconozco que incluso empiezo a sentir cierto grado de ilusión. Intento esconder mis sensaciones por miedo a que mi compañero las descubra. He de aparentar frialdad, distancia e incluso indiferencia absoluta hacia mi paciente, es lo que se espera de mí, y es lo que llevo haciendo toda mi carrera. Pero con este paciente es distinto, sus relatos sobre los lugares que visita su conciencia son tan perfectos, tan sensibles y detallistas, tan coloridos y optimistas, tan lejos de las típicas visiones que estoy acostumbrado a escuchar, que me cuesta imaginar que un perturbado mental pueda llegar siquiera a imaginarlos. ¿Y si estuviera diciendo la verdad?

Entramos en una pequeña sala, toda de blanco con paredes acolchadas e iluminación clara, con una sola pequeña ventana, amueblada únicamente con una mesa y tres sillas. Mi compañero y yo cogemos dos de esas sillas y nos acomodamos a un lado de la mesa, en el otro, mi paciente aguarda sereno con los pies y las manos esposados como mero protocolo de seguridad. Nos mira, pero no dice nada, permanece tranquilo, en silencio, con esa pose de perfecto caballero que siempre le ha caracterizado, alto, fuerte y con una imagen cuidada con esmero. Con sumo cuidado de no romper el ambiente de silencio y solemnidad que reina en la habitación, dejo el cuaderno de notas y el lápiz sobre la mesa y coloco cuidadosamente la pequeña grabadora. Aclaro un poco la voz. Comienzo a grabar.

- Día, catorce. Mes, Noviembre. Paciente número ocho mil cuarenta y ocho. Sesión trigésimo cuarta. A mi izquierda el doctor ... –afirmo-.

Bien, ¿cómo se encuentra hoy?

- Bien –responde sereno. Su voz es culta, inteligente-. Igual que ayer, que la semana pasada e igual que la primera vez que me entrevistó, doctor.

- ¿Sigue afirmando entonces que no está loco? –pregunto-.

- Así es doctor –responde-.

- Sin embargo, mantiene que viaja a... ¿cómo los llama usted? –finjo mirar mi cuaderno de notas-. Ah, sí, otros mundos, ¿no es verdad?

- Así es doctor –responde-.

- Pero, aun así, ni mi compañero ni yo ni ningún otro trabajador le ha visto nunca salir de aquí, es más, lleva prácticamente un año en esta habitación entre estas mismas cuatro paredes, afirmando que viaja a otros mundos.

- Así es doctor –responde-. Pero como ya le he dicho en todas y cada una de las sesiones anteriores, es mi consciencia la que viaja, no mi cuerpo.

- Y puede explicarnos a mi compañero y a mí cómo es eso posible –pregunto-.

- No –responde tajante-. Porque no sé cómo es posible, simplemente es así.

Miro a mi compañero, estoy cansado de hacerle siempre las mismas preguntas y obtener siempre las mismas respuestas. Entonces, por primera vez desde que lo trato, mi paciente habla sin ser preguntado.

- Sólo hay que creer que es posible doctor. Ustedes también pueden viajar conmigo si quieren. Sólo tiene que creer –dice mientras me dirige una mirada extraña, como si estuviera analizando mis facciones para calcular mis reacciones-. La conciencia va más allá de la comprensión humana, de cualquier dimensión imaginable, sólo hay que creer.

Por un instante siento una leve brisa acariciar mi nuca y una pregunta retumba con fuerza en mi cabeza, ¿y si estuviera diciendo la verdad? Entonces mi compañero toma la palabra.

- ¿Has vuelto a viajar desde la última sesión? –pregunta-.

- Sí –responde-.

- ¿Quieres contarnos dónde has estado? –pregunta mi compañero-.

Se hace el silencio durante unos segundos, y con voz suave, susurrante y ensoñadora comienza a narrar:

- He visitado el lugar más hermoso que jamás han visto los ojos de cualquier ser humano. Rebosante de una inconmensurable y excelsa belleza tan idílica, lírica y pura que ni siquiera si consigues visitar la ciudad de Vondervotteimittiss, podrás ver algo tan delicado y sublime. Esta ciudad que cito, Vondervotteimittiss, catalogada como el lugar más hermoso del mundo, no es rival para el paraje que pude visitar ayer. Nuvlari, apunte este nombre en sus notas doctor, pues ese es su nombre, o al menos ese es el nombre que utilizaban para referirse a él sus habitantes, las gentes más perfectas y exquisitas de toda la creación. Pero comencemos por el principio. Lo primero que se ve al llegar, y siento de nuevo no poder decirle cómo llegar doctor, es una pradera de un mullido manto verde aterciopelado, como si la tierra estuviera toda sembrada de relucientes esmeraldas. Un río de puras y cristalinas aguas que dibuja un curso de líneas perfectas y curvas exquisitamente suaves, nace del seno de un suntuoso lago repleto de toda clase de coloridos peces, totalmente desconocidos para mí, y cuyas azules aguas parecen tener disuelto polvo de puro zafiro. Alimentando al lago, una cascada se levanta majestuosa perdiéndose a la vista en las alturas más allá del celeste cielo, derramando sobre el lago finas perlas de puro nácar. El sol, algo más grande de lo habitual, brilla con una fuerza inusitada iluminando todo el paisaje con tonos claros, cálidos y serenamente apacibles, sin embargo, su ardor no quema, e incluso puedes mirarlo directamente sin que tus ojos corran peligro alguno, pues sus hermosos rayos dorados no dañan todo aquello que acarician con extrema dulzura. La temperatura permanece constante y estable a veintidós grados Celsius, equilibrada a la perfección por una brisa que corre con suavidad en todas direcciones y que nace inocente allí donde la gran cascada muere derramando sus finas perlas. Mariposas de fastuosos colores vivos y atrayentes y alas de formas imposibles perfectamente simétricas, me dan la bienvenida a aquel hermoso paraje, y no tengo mas que extender mi brazo y mostrarles mi mano para que se posen gráciles sobre ella; y todo ello cercado por enormes paredes de recia y reluciente piedra de jade que se alzan perdiéndose en el infinito. Cercado por todos lados a excepción de un hueco excavado en el recio jade. Un estrecho camino, rodeado por cientos de castaños, almendros y nogales que bañan con sus lágrimas con formas de hojas el piso, y que hacen bajar la tonalidad en su interior dándole un hermoso toque de evocadora melancolía, se abre paso entre el jade a través del hueco a lo lejos. Lo sigo. No puede hacerse una idea, doctor, de la increíble sensación que es atravesar aquella muralla de jade a través de un camino tan exquisitamente franqueado. Sólo si alguna vez atravesó las profundidades de un glaciar en pleno polo norte, podrá hacerse una leve idea de la belleza y las tonalidades que pude contemplar, alguna de ellas no podría describírsela, aunque quisiera, puesto que jamás las había visto

antes y no existe palabra alguna en nuestro vocabulario para definirla.

>>Al final de este suntuoso y hermoso camino, una vez atravesada la pared de jade, se extiende ante mi otro paraje de igual belleza que los que he dejado atrás. Ahora la luz sólo proviene del paso a través del jade que acabo de cruzar, por lo que este nuevo paraje tiene una tonalidad algo más apagada, ocre, otoñal, mas la temperatura sigue permaneciendo constante. Un enorme lago lo domina todo perdiéndose infinito en todas direcciones, de aguas tranquilas y serenas, permanece en silencio, dormido, como un gigantesco espejo, cubierto por una casi imperceptible neblina y cuya orilla está sembrada de frondosos juncos. En su centro se yergue una pequeña isla cubierta toda de ficus, sauces llorones y algunos naranjos de brillantes naranjas que resaltan entre la neblina. Para llegar a ella sólo existe un puente de madera como continuación del camino que he seguido hasta ahora. Su suelo está formado por incontables tablonces finos y estrechos de roble colocados con perfecta exactitud milimétrica, al mismo nivel del lago, y curiosamente carece de baranda alguna. Lo cruzo, y en mi camino no puedo dejar de detenerme a contemplar el lago, la vista es tan exquisitamente hermosa doctor. Al final del puente, la neblina se espesa mucho más sobre los árboles que circundan la isla. Me abro paso a través de un pequeño sendero, de apenas la anchura de una persona, y entonces, tras un tupido sauce llorón, la niebla desaparece por completo y se abre ante mí el centro de la isla. No sé, doctor, si he sido capaz de plasmar la belleza y hermosura de los parajes que he visitado hasta ahora en mi viaje, pero éste último es inefable, una belleza tan inconmensurable que le prometo, doctor, que si hubiera estado allí conmigo, usted, al igual que yo, hubiera derramado lágrimas sinceras y profundas. Un pequeño pueblo se cierne sobre aquella explanada sembrada de intenso violeta, cientos, miles de lirios en flor, y de nuevo la iluminación vuelve a ser inusitadamente brillante, con tonos claros, cálidos y serenamente apacibles, mas ahora no puedo atisbar su fuente. Multitud de fastuosos ruiseñores azules con ojos de un intenso amarillo revolotean entre las casas silbando canciones de melodías tan armoniosas como jamás he escuchado antes. Estas casas son grandes, redondas y con paredes de delicado ámbar, con tejados de un rojo vivo que se cierran en puntiagudas espirales afiladas que se extienden en las alturas más allá del mismo cielo. Sus habitantes me miran aturcidos y algo asustados, pues debo ser el primer ser humano que ha visitado aquel idílico paraje. Altos y fuertes, me llama la atención sus grandes y redondos ojos compuestos sólo de iris y la privación de boca alguna. Pero enseguida me doy cuenta del porqué de su ausencia, pues se comunican conmigo y no hablan. Son seres físicos, puros, delicados, perfectos, pero a la vez son todo ente, entelequias de conciencia, sabiduría suprema. Me acerco a ellos y les pregunto dónde estoy, y es entonces, doctor, cuando mencionan el nombre de Nuvlari. Sí. Nuvlari es sin lugar a dudas el lugar más hermoso del mundo.

Se hace le silencio. Siento cómo algunas lágrimas están a punto de brotar de mis ojos, por un instante me he visto en aquel paraje idílico. En el transcurrir de su relato, el paciente se ha levantado y permanece de pie, frente a la pequeña ventana, recordando a través de su cristal un mundo perfecto.

-Y, ¿cómo puedo llegar allí? –pregunta mi compañero interrumpiendo el silencio-.

- Ya le he dicho que para la conciencia no existe un aquí o un allí, simplemente está –responde-.

-Eres consciente de que no tiene ningún sentido todo lo que estás diciendo, ¿verdad? –interroga mi compañero-. Cada relato que cuentas, cada viaje nos reafirma en la idea de que tu mente está perturbada.

-Pregúntele a su compañero –dice el paciente clavándome su mirada-. Él me cree.

Por un instante me quedo aturdido, sin saber qué contestar. Por un lado el paciente me mira fijamente, sabe que estoy empezando a creerle o, al menos, vislumbra que pienso que puede decir la verdad, y por otro lado mi compañero me mira algo sorprendido esperando una respuesta mía tajante.

- ¿Cómo pretendes que te crea? –alcanzo a decir entre leves tartamudeos-. ¿Un hombre que afirma que su conciencia viaja a lugares increíbles e imposibles mientras su cuerpo permanece aquí quieto? No hace falta ser psiquiatra para saber que estás loco.

-Como quieran pensar –responde. Sin embargo, no deja de mirarme fijamente a los ojos, lo sabe, hace tiempo que sabe que estoy empezando a creerle. Finalmente aparta su mirada de mí, se gira de nuevo hacia la pequeña ventana, toma un poco de aire y concluye-. Decís que estoy loco porque cada día viajo a lugares extraordinarios, porque puedo ver otros mundos, otros seres que no podéis comprender. Bien, pues yo os pregunto, ¿y si en realidad sois ustedes los locos porque no podéis verlo?

Un silencio casi aterrador, desafiante, se cierne sobre todos nosotros, no nos miramos, aunque estamos deseando hacerlo.

Finalmente pauso la grabadora, me levanto, mi compañero me acompaña, y nos vamos sin despedirnos. Al cerrar la puerta no puedo evitar echar una última mirada por el cristal de la puerta. Ni siquiera se ha movido, permanece de pie, mirando por la ventana el cielo gris, dándome la espalda, sin embargo, me embarga la sensación de que sabe que le miro, que en cierto modo espera que le esté mirando. Sé que piensa que estoy

empezando a creer.

Al mediodía, después de toda una mañana en la que no he podido dejar de pensar en mi paciente, ¿y si estuviera diciendo la verdad?, acudo al comedor, recojo mi bandeja, la relleno con un succulento estofado y me siento con mi compañero.

- Llevo toda la mañana pensando en la última pregunta que nos lanzó desafiante el paciente ocho mil cuarenta y ocho –comento con fingida indiferencia-.

- ¿No me irás a decir que le estabas siquiera escuchando? –me reprocha mi compañero-.

Hago una pausa, pues no sé muy bien cómo planteárselo, ni siquiera sé si debería tan sólo comentarlo. Al fin me decido.

- ¿Nunca te has planteado que lo que denominamos locura, quizás sólo sea la capacidad de ver cosas que están ahí pero que no son visibles para el común de los mortales?

- Les falla el cerebro, no hay más, es pura química.

- Quizás ese fallo cerebral al que te refieres provoque, en uno de cada miles de pacientes, la activación de alguna zona del cerebro que normalmente permanece inactiva. Eso no implicaría locura, quizás, si cabe, más cordura de lo normal.

- Te oigo y no te reconozco.

- ¿Y si estuviera diciendo la verdad?

- Basta. Ahora mismo voy a solicitar que te aparten de ese caso, te estás implicando personalmente –dice levantándose y alejándose en dirección a las oficinas-.

Al principio todo mi ser se colapsa sin capacidad de reacción alguna, pero instantáneamente, la indiferencia da paso a un inconmensurable enfado. Noto cómo la sangre empieza a bombearse feroz por todo mi cuerpo aumentando mi ritmo cardíaco y llevando mi respiración a límites peligrosos. Lanzo bocanadas cortas, intensas y cada vez más frecuentes de aire por la nariz, como un toro soliviantado a punto de embestir. No puede apartarme del caso. Ahora no.

Corro todo lo rápido que puedo por los pasillos, parezco uno más de mis pacientes, loco, poseído por una furia y una enajenación que nunca había conocido, mas no me importa, en mi cabeza sólo hay un pensamiento, un

objetivo, y me veo capaz de cualquier cosa por llegar a conseguirlo.

Corro despavorido por pasillos estrechos y oscuros sólo usados por el servicio, pero tengo que llegar a las oficinas antes que mi compañero. En mi desquiciado deambular puedo atisbar cómo los propios locos me observan perplejos tras el cristal de las puertas de sus habitaciones, sus caras algo asustadas y sorprendidas, vienen a mí como si dos películas se estuvieran proyectando fotograma a fotograma a ambos lados de la periferia de mi campo de visión, cada fotograma una pequeña y redonda ventana con una cara tras su cristal. Incluso me sorprende hablando sólo, a voces, soltando improperios soeces hacia todo y todos.

Por fin, jadeando y con las piernas algo temblorosas, alcanzo las oficinas y compruebo, feliz y orgulloso, como mi extenuante y desesperada carrera ha valido la pena, mi compañero aún no ha llegado. Sin perder un segundo cojo las llaves de las habitaciones de ala sur, más bien podría decir que las robo, pero ya todo me da igual, y huyo presto hacia la habitación de mi paciente.

Una vez frente a su puerta me paro un instante, el suficiente para poder mirar a mi alrededor y asegurarme de que todo está normal, que mi delirante periplo por todo el manicomio no ha levantado la más mínima sospecha. Respiro profundo y abro la puerta.

- ¿Si te saco de aquí me llevarás contigo a tus viajes? Quiero ver Nuvlari  
-pregunto a mi paciente que permanece sentado sobre su cama, sin que mi repentina interrupción y mi pregunta le resulten sorprendidas, calmado, mirándome serenamente a los ojos, como si hubiera estado esperándome-

.

- Tienes que creer -responde con voz susurrante-

- Creo. Sé que estás diciendo la verdad.

- En tal caso, sí, viajarás conmigo a Nuvlari.

- Gracias -suspiro-. Entonces vamos, no hay tiempo que perder.

Salimos del manicomio, nos montamos en mi coche y huimos a toda prisa; mientras, sobre el endrino día un rayo alumbra fugazmente el cielo transformándolo por un instante en una masa gris informe de múltiples ramificaciones brillantes que rugen furiosa en un enorme estruendo haciendo que los cipreses se estremezcan a nuestro paso.

Cruzamos la cancela y me siento liberado, ilusionado, eufórico, y mientras me abro paso a toda velocidad con mi coche sobre la alfombra de muertas

hojas que forman la calzada, el ansia invade todo mi ser.

- Cuéntame algo más sobre Nuvlari –le ruego a mi paciente-.

Éste permanece en silencio, observando con minucioso detenimiento y curiosidad, como si jamás lo hubiera hecho antes, el zigzaguear errático de las gotas sobre la luna y el vaivén acelerado de los limpia-parabrisas trabajando a toda prisa para limpiar esas mismas gotas que caen de una cada vez más copiosa lluvia.

- Te encantará ver la luz reflejada y filtrada por el jade mientras lo cruzas, su iluminación, su contraste, sus tonos brillantes y a veces relampagueantes, son de una belleza sin igual, tan hermosos que pasan directamente de los ojos al corazón. Y allí permanecen indelebles hasta que tras cruzar la niebla ves por primera vez el pequeño pueblo. En el interior de las casas un fuego de crepitar armonioso, brilla con todo su esplendor y sus ascuas son de un naranja tan intenso que jamás apagan su calor. Nunca oirás un silencio tan profundo, intenso y puro como el que te rodea y absorbe al cruzar la quietud del lago sobre el puente de madera. El tiempo no transcurre, ni hacia delante ni hacia atrás, ni despacio ni de prisa. Todo allí es belleza, hermosura, parsimonia, tranquilidad, sosiego, todos y cada uno de sus rincones, de los seres que lo habitan, rezuma felicidad y poesía.

No puedo resistirlo ni un segundo más. Doy un violento volantazo acompañado de un brusco frenazo sacando el coche del camino, justo por entre unos árboles, y parándolo dentro de un incipiente frondoso bosque.

- ¡Enséñame, llévame contigo a Nuvlari! –ruego desesperado-.

Mi paciente sale del coche y me invita a seguirlo. Nos introducimos unos metros en el bosque hasta que, en una pequeña explanada, rodeada de temblorosos abedules, se para y se gira hacia mí. Por un momento permanecemos allí, empapados de una lluvia que cae ahora intensa y con más fuerza de lo que jamás lo ha hecho, iluminados nuestros rostros fugazmente por flashes de rayos que truenan a lo lejos ocultando momentáneamente el sonido de un viento que levanta las muertas hojas del suelo formando remolinos a nuestro alrededor. Entonces, mi paciente se me acerca y me mira intensamente a los ojos.

- ¿Quieres ir ahora a Nuvlari?

- Sí –respondo inmediatamente sin pensar-.

- Cierra los ojos, permanece en silencio y cree, sólo tienes que creer –me indica-.

Así lo hago durante unos minutos, pero nada viene a mí, no siento nada.

- No logro ver nada -digo preocupado-.

Silencio.

Al cabo de otros minutos ciertamente angustiantes para mí, por fin escucho a mi paciente.

- ¿No ves nada? -pregunta-.

- No -contesto desesperado-.

- Pues abre los ojos -me dice. Y así lo hago-.

Seguimos aquí, en este bosque a metros de mi coche, nada de color, ni de jade, ni de casas de ámbar y puntiagudos techos rojos; sólo un clásico día otoñal, gris, lluvia, viento, truenos, árboles desnudos y muertas hojas.

- ¿No ves nada? -pregunta de nuevo-.

- No -respondo-.

- Pero tú crees en mí, ¿verdad? -me pregunta- Sabes que digo la verdad.

- Lo sé -afirmo rotundo-.

- Sabes que digo la verdad.

- Sí -repito- lo sé.

Entonces veo que algo asoma por su costado, algo que tiene fuertemente agarrado con su mano derecha, parece fino, largo y afilado. Hace un movimiento rápido y brusco.

De repente, una punzante sensación invade mi pecho. Un indescriptible quemar, seguido de una intensa humedad, me asalta a la altura del corazón. Bajo la mirada. Una afilada pelada rama atraviesa mi pecho y se hunde con furia sobre mi corazón. La sangre corre lentamente por la rama llevándose consigo mi vida. Caigo de rodillas sobre el suelo cubierto de hojas y alzo por última vez mi empapada mirada.

- Lo veo. -susurro entre estertores de candente sangre- Ahora veo la verdad.

Frente a mí, con un rostro completamente desfigurado como nunca había visto en él, dando saltos imposibles y dibujando gestos inverosímiles en el aire, mi paciente se me acerca y en mi último aliento de vida le susurro al

oído...

- Ahora sé que estás loco...

Oscuridad.

## Capítulo 15

Miro mi pecho, pero allí no hay nada. Angustiado torno mi vista hacia mi mano, permanece limpia, vacía, vacua de cualquier rastro de sangre. Cierro los ojos.

Permanezco así unos segundos, intentando relajar un poco mi pulso pausando mi respiración a un tempo menor. De pronto, alguien que está dentro de mí me despierta, me habla.

*Elige un libro...*

Alzo la vista, el libro que antes leía entre mis manos está de nuevo en la estantería, justo entre el 714 y el 716, en el exacto lugar de donde lo cogí.

La iluminación clara me calma, mas su procedencia sigue siendo un misterio para mí.

De nuevo, una voz me habla en mi cabeza.

*Elige un libro...*

Nuvlari... ¿Acaso estoy loco? ¿Es posible que este lugar no sea más que mi Nuvlari? Este sitio, sin puertas, sin ventanas, pero perfectamente ventilado y exquisitamente iluminado y repleto de libros carmesíes, debe ser la obra de alguna mente enferma y perversa. Quizás esa sea la explicación de todo. Simplemente estoy loco y todo esto sólo es producto de mi enferma imaginación intentando porfiarme. Quizás mi mente se esté revelando de esta cruel manera ante los fármacos que debo estar tomándome. En todo caso, es la explicación más plausible de esta situación.

¡Estoy loco! Le grito desesperado a la voz que me habla desde mi cabeza. ¡Sé que estoy loco y todo esto no es más que una más de mis locuras! Siento que ésta es la respuesta y creo que en mi siguiente súplica está la solución que me liberará al fin de esta prisión blanca y carmesí.

¡Es hora de que me despiertes!, grito esperanzado a todo lo que mis maltrechos pulmones me permiten.

Silencio.

¡Quiero despertar!, bramo potente con la ilusión de verme poseedor de la verdad.

Silencio.

Sólo libros carmesíes y silencio.

Parece que la voz se ha callado, que ya no me habla desde mí. Espero con ansia que algo empiece a ocurrir que me arranque de aquí.

Silencio.

Entonces, como un susurro lejano dejado adrede sobre mi oído, alguien que está dentro de mi cabeza me habla, me repite.

*Elige un libro...*

La desesperanza y la más profunda tristeza que consigo recordar embargan cada poro de mi piel y cada resquicio de mi alma. No me cabe otra mas que obedecer. Por un sucinto instante creía haber dado con la solución. Pero nada sucede, todo permanece invariablemente igual.

*Elige un libro...*

Me entrego por completo a esa voz, obedezco e, instintivamente, busco el siguiente número. 211. Lo cojo y lo abro casi sin esperanzas.

*Apenas puedo ver nada...*

## Capítulo 16

211 - FANTASMAS

Apenas puedo ver nada con el vapor que emana de la ducha.

Treinta y ocho grados exactos, ni uno más ni uno menos.

Agua a treinta y ocho grados exactos cae sin cesar tras la mampara traslúcida que separa la bañera del resto del baño. Permanezco allí, de pie, frente al gran espejo que hay sobre el lavabo, quieto. El vapor ha empañado el espejo, y el cuerpo que hacía un instante se reflejaba perfectamente pulido y moldeado casi a la perfección anatómica, ahora se contonea como una silueta amorfa y sin sentido, difuminada entre el vapor que todo lo cubre. De pronto, aquella visión casi fantasmal de mí mismo me da la impresión de ser el reflejo de mi propia alma, el reflejo de mi propia existencia, como si después de todos aquellos años de profesión, por primera vez sintiera culpa, remordimientos, arrepentimiento. ¿Por qué demonios me ha mirado a los ojos? Me digo a mí mismo pensativo. Elevo de nuevo mi mirada hacia el espejo, pero ya no se ve nada, aquella espectral silueta del alma ha sido engullida por más vapor, tanto, que ya casi me es imposible ver mis propias manos.

Me desprendo de mi ropa manchada y me introduzco bajo el chorro de la ducha. Puedo ver la sangre, diluida en agua, desvanecerse por el agujero de la ducha mientras lo colorea todo de rojo, de muerte. El agua me golpea con suavidad en la nuca resbalando tenuemente por mi espalda relajándome. De repente, una imagen viene a mi cabeza despertándome, como si me hubieran golpeado fuertemente. Un recuerdo, el más reciente y último recuerdo. Dos ojos me miran profundos y penetrantes en esa imagen, suplican a todas luces clemencia, pero a su vez rezuman ansias de venganza. ¿Por qué demonios me ha mirado a los ojos?

Por fin, limpio de todo rastro de sangre, salgo de la ducha, me enfundo mi albornoz negro de pura seda y me dirijo a la cocina a cenar, el trabajo me ha abierto el apetito.

Tras dar cuenta de una exquisita comida, cojo una copa, la que recuerdo es la de las celebraciones, y la lleno del mejor champán que tengo, muy frío, y me quedo largo rato observando el fluir de sus burbujas. Una extraña sensación de melancolía me invade, es como si llevara toda mi vida soñando con esa copa. Había comprado aquella botella de champán con el sueldo de mi primer trabajo y recuerdo prometiéndome que sólo la abriría el día que todo acabara. Viniste a mí tras mi primer trabajo y te irás tras el último. Le doy un profundo y largo sorbo, tomándome mi

tiempo en paladear su sabor. He esperado tanto tiempo este momento... A mi mente vienen recuerdos del comienzo, recuerdos que ni siquiera sabía que poseía, siento el frío tacto del acero de la primera pistola que tuve en mis manos con tan sólo 12 años, una Colt 1911 del calibre 45, el incesante pitido en mis oídos tras mi primer disparo, el dolor provocado por el retroceso, el sentimiento posterior de invulnerabilidad, de superioridad que te da saberte capaz de quitar la vida, pero sobre todo la sensación de total impasividad que tuve al matar por primera vez. Allí, en aquel apestoso callejón oscuro, con 12 años y un muerto bajo mis pies, supe que aquello era lo que se me daba mejor, supe que quería dedicarme el resto de mi vida al noble arte de asesinar.

Y ahora, todo aquello había acabado, aquella copa que blandía en mi mano era la indicación del fin.

La dejo sobre la mesa y abro mi Macbook Air. Por un momento tengo la extraña sensación de que dos ojos me miran desde la pantalla en proceso de carga del portátil. ¿Por qué demonios me ha mirado a los ojos? Algo nervioso doy otro sorbo a la copa de champán con la esperanza de que aquella especie de visión desaparezca. En la pantalla parpadea el aviso de un email. Lo abro y sonrío orgulloso, era exactamente lo que estaba esperando.

“De nuevo encantado con su trabajo y como de costumbre, le ingresamos sus honorarios en la cuenta habitual. Una verdadera lástima que lo deje. Es usted el mejor. Saludos.”

Satisfecho conecto con mi banco para ver si la transferencia ha sido realizada y tras varias páginas y contraseñas, accedo por fin a mi cuenta. ¡La espera ha merecido la pena! ¡Diez millones de euros! Esa es la cifra que aparece en la pantalla del Macbook Air. Todo lo que había conseguido ahorrar y que a partir de ahora disfrutaría. Diez millones de euros. Contemplo aquella cifra largo rato orgulloso. De pronto, tengo la sensación de que alguien tras de mí me observa, por un segundo incluso puedo sentir una leve respiración sobre mi oreja. Mi cuerpo se tensa al instante y mi mano, con temple y cautela, busca mi arma sobre mi cintura, intentado que cada movimiento sea tan sutil e imperceptible que quién esté tras de mí ni se percate hasta el exacto momento en que desenfunde la pistola. Pero no encuentro nada. Estoy en mi casa, recién salido de la ducha, sentado en la mesa de mi cocina saboreando una copa de champán francés, viendo mi dinero en mi Macbook Air. No tengo ninguna pistola, ningún arma, y no tengo tiempo de coger un cuchillo.

Pero sigo sintiendo aquella respiración sobre mi oreja.

Un intenso miedo se está empezando a gestar dentro de mí. Decido pasar a la acción, nunca he sido un hombre de esos que dejan hacer. Rápido le doy un fuerte puntapié a la silla lanzándola velozmente hacia atrás al tiempo que me giro todo lo rápido que puedo soltando una perfecta patada de karate.

Nada. Allí no hay nadie.

La única luz que alumbraba la cocina es la procedente de la pantalla del Macbook Air y los rayos de luna en cuarto menguante que iluminan la noche y entran por los cristales que dan al jardín y a la piscina. Pero allí no hay nadie. Es imposible que haya desaparecido, debería estar aquí. Vuelvo a mirar a mi alrededor, pero nada. Finalmente me convengo a mí mismo, llego a la conclusión de que todo han sido imaginaciones mías provocadas, seguramente, por ciertos nervios y dos profundos ojos negros, quizás una ventana abierta en alguna parte de la casa, una leve ráfaga de viento. Aun así...¿por qué demonios me ha mirado a los ojos?

Siempre he tenido una única norma, no intimar con mis víctimas. Jamás he mantenido una conversación con ellas, nunca me había involucrado, y por eso he durado tanto tiempo, por eso era el mejor. Durante todos estos años he visto a multitud de compañeros caer en la locura, en la depresión o retirarse porque ya no podían más, por el único hecho de que terminaban involucrándose. Yo no. Y lo había conseguido, sobre todo, porque siempre cumplí una máxima. Nunca miro a mis víctimas a los ojos antes de matarlas. JAMÁS. Eso lo haría algo demasiado personal, y si tanto había durado en mi profesión era por ser impasible, por mi capacidad de abstraerme; iba, mataba, y volvía. Era así de sencillo.

Sin embargo, esta última vez había sido distinto a todas las anteriores, antes de matarla, justo en el instante en que apretaba el gatillo, aquella mujer me miró a los ojos. Fue una mirada profunda, penetrante, fija. Una mirada cargada de intenso miedo, a la vez que inspiraba una inusitada tranquilidad, como si supiera que ya tendría su momento de venganza. Y ahora la visión de aquellos dos enormes ojos negros me ahogaba. ¿Por qué demonios me ha mirado a los ojos?

Me tranquilizo, cierro el ordenador, no sin antes echarle un último vistazo a mis merecidos diez millones de euros, y me sirvo una copa con el último champán que queda en la botella. Es hora de pensar en el futuro.

Abro la cristalera que da al jardín y salgo a la intemperie, bajo la enorme luna en cuarto menguante que copa todo el cielo con su blanca luz. Me aposto sobre una tumbona y comienzo a pensar qué haré a partir de ahora. Me había llevado los últimos años planeando aquel día, cuándo llegaría, cómo, la cantidad de dinero de la que dispondría y hasta la que

trabajaría, todo. Pero jamás había pensado en el después, en qué hacer con ese dinero, en qué iba a hacer tras mi último día. Sí, lo sé, disfrutar de la vida. Pero matar es prácticamente lo único que se me da bien hacer. Esto es totalmente nuevo para mí; no más emails, no más viajes de trabajo, no más sigilo, no más enfermiza meticulosidad, nunca más vivir vigilante ante el temor de ser descubierto y, sobre todo, no más asesinatos... Dejo la copa y contemplo la menguante luna que se dibuja perfecta y brillante en el cielo.

Su gajo se cierra empequeñeciéndose cada vez más y más. Desaparece para, al instante, tras la absoluta oscuridad, volver a aparecer resplandeciente. El agotamiento y el sueño me invaden cerrando por momentos mis ojos. Necesito dormir.

Me incorporo y vuelvo a entrar en mi casa, cierro la cristalera e introduzco la copa en el lavavajillas. Necesito dormir. Voy a subir a mi cuarto cuando, de repente, una imagen recorre mi columna electrizante. Me paraliza e hiela mi sangre. Me giro. ¡La cristalera está abierta!

Juraría que la he cerrado al entrar, sé que la he cerrado, pero allí dentro no hay nadie. Estoy perfectamente entrenado para estas situaciones, sé que si alguien la hubiera abierto tras de mí me habría dado cuenta, sin embargo, sé que la cerré. Me acerco y echo un vistazo al jardín. Todo está iluminado de blanco, cada rescoldo, cada esquina aparece visible ante mí, definitivamente allí no hay nadie.

Cierro la cristalera.

Entonces veo una imagen reflejada en el cristal, justo detrás de mí, un hombre de piel muy clara, casi amarillenta, me observa. Inmediatamente tenso mis músculos y me giro bruscamente abalanzándome ferozmente sobre él, empero lo único que consigo es darle un puñetazo al aire y caer al suelo desequilibrado. Allí no hay nadie.

Por un segundo me quedo en el suelo paralizado intentando entender qué ha sucedido, intentando vislumbrar dónde demonios se ha metido quien me observaba. Finalmente, decido incorporarme y subir corriendo a mi cuarto.

Una vez allí cojo mi Beretta 92 y por primera vez en los últimos minutos me siento seguro tras su gatillo y aguardo allí a mi intruso.

Permanezco en absoluto silencio, incluso contengo por intervalos mi propia respiración, pero no logro oír nada, ni el más mínimo rumor llega a mis oídos, así que con extrema sutileza bajo poco a poco las escaleras parándome en cada escalón a escuchar. Silencio. Nada.

Finalmente llego, de nuevo, a la cocina. Sigue exactamente igual que antes, como siempre ha estado, aunque ahora su iluminación es más tenue y fantasmal, pues una débil neblina se ha levantado fuera distorsionando la silueta de la luna.

Inspecciono el resto de las estancias con el mismo cuidado y sigilo.

Silencio. No hay nadie.

Dejo la pistola sobre la mesa de la cocina y de nuevo subo a mi cuarto, esta vez a intentar dormir al fin.

Me desprendo de mi albornoz negro de seda dejándolo sobre la cama y entro en el baño. Estoy nervioso, inquieto, siento como algo dentro de mí no me va a dejar descansar tranquilo, de hecho, ya lo está haciendo. Abro el grifo y me quedo mirando fijamente el chorro de agua caer. ¿Por qué demonios me ha mirado a los ojos? Me incorporo un poco, tomo un poco de agua entre mis manos, cierro los ojos y la vierto sobre mi cara. Está fría y noto cómo me revitaliza. Vuelvo a hacerlo, pero esta vez, el contacto con mi rostro hace resurgir electrizante una imagen en mi cabeza. Dos profundos y enormes ojos negros me miran, me acechan. Penetran en lo más profundo de mi alma amenazantes. Retrocedo atemorizado.

Abro los ojos y miro mis manos. Tengo la respiración muy acelerada. La pauso. Levanto la mirada y en el espejo, reflejado justo detrás de mí, a mi izquierda, puedo ver a alguien acechándome. Sus ojos son blancos carentes de iris, su piel está inusualmente pálida y en su frente un pequeño orificio.

Por primera vez, al menos que yo pueda recordar, siento verdadero pánico, y quizás no tanto por la presencia que puedo ver reflejada en el espejo, ni por las facciones cadavéricas de su rostro, sino porque a mi memoria acude esa cara como un recuerdo, le conozco. Mis piernas tiemblan y la sangre fluye ahora errática por mi cuerpo. ¡Es mi primera víctima!

Me giro, esta vez lentamente, pero no hay nadie. Vuelvo a mirar aturdido el espejo. Sigue ahí, pero ahora está a mi derecha. Me vuelvo, pero sigo sin ver nada. Mi cabeza da vueltas, siento que me estoy volviendo loco por momentos. Entonces una voz ronca, profunda y grave, retumba sobre todo el baño, mas no logro saber su procedencia.

- ¿Me recuerdas? ¿Recuerdas aquel apestoso callejón oscuro? –resuena la voz-.

La luz del baño parpadea incesante, modificando en cada flash el reflejo del espejo. Mi cara ahora parece casi tan fantasmal y cadavérica como la

de aquella extraña presencia. Doy vueltas desesperado sobre mí, mas no logro verlo. Extiendo mis manos y empiezo a golpear enfurecido el aire que me rodea. Me golpeo con el lavabo y el inodoro. En uno de mis angustiosos puñetazos rompo una de las bombillas que alumbran el baño, mi mano sangra copiosamente y entonces vuelvo a escuchar la voz.

- Vengo a llevarte allí –susurra-.

Ahora lo veo, entre la oscuridad. Veo cómo se acerca. No camina, levita a escasos centímetros del suelo. Se abalanza sobre mí, tropiezo, caigo dentro de la bañera y me golpeo la cabeza...

Negrura.

Despierto nervioso y asustado sobre la tumbona del jardín, con la copa de Champán en la mano. ¡Todo ha sido un sueño! Me incorporo y permanezco unos instantes allí sentado, tomando bocanadas largas de aire. ¿Por qué demonios me ha mirado a los ojos?

Finalmente, me levanto y entro en la casa. Dejo la copa en el lavavajillas y subo a mi cuarto. Me tumbo, por fin, sobre mi cama y noto cómo mis agotados músculos se relajan y mi cuerpo descansa al fin. No ha sido más que un mal sueño provocado por la visión que lleva toda la noche atormentándome. ¿Por qué demonios me ha mirado a los ojos?

Empiezo a cerrar mis ojos y siento cómo mi alma y todo mi ser empiezan a caer en un profundo sueño, cuando, de repente, noto algo extraño en el ambiente. Una casi imperceptible brisa acaricia mi brazo derecho y, entonces, tengo la sensación de que hay alguien tumbado a mi lado. Me giro.

Un rostro posa sutilmente sobre mi almohada y sus dos enormes y profundos ojos negros se clavan sobre los míos paralizándome por completo. Allí, tumbada sobre mi propia cama, reposa la mujer que horas antes he asesinado, clavándome, como hizo entonces, fijamente su mirada. En su desfigurado rostro se dibuja de repente una mueca perversa, demoníaca, y extiende sus brazos para apresarme, pero logro reaccionar, abandono la cama de un ágil salto y salgo corriendo despavorido escaleras abajo.

En cada escalón que bajo, un fantasma me acecha, son todos y cada uno de los espectros de las personas que he asesinado, me insultan, me empujan, me hieren, me intentan apresar, a la vez que a mis oídos llega casi imperceptible un rumor de mujer que susurra que me llevará con ella al infierno.

Alcanzo por fin la cocina y no puedo más que acurrucarme en una de sus esquinas. El terror me paraliza, no me deja pensar, me hiela por

completo. Los fantasmas me han arrebatado mi frialdad y cualquier capacidad de reacción.

Entonces, los profundos ojos negros aparecen de nuevo frente a mí. Esto tiene que ser un sueño, mas hace unos minutos que desperté de él sobre la tumbona, ¿estoy despierto? Por primera vez no controlo la situación, no entiendo nada; por primera vez siento que voy a estallar en llanto amargo.

Cierro fuertemente los ojos. ¡Esto es un sueño!, ¡dejadme en paz!, grito.

Entonces los ojos negros me susurran.

- Te equivocas, esto no es una pesadilla, es real.

- ¡Iros!, ¡dejadme en paz!

- No nos iremos de tu vida hasta que logremos llevarte al infierno con nosotros. Pagarás, asesino.

- ¡Iros! ¡Quiero despertar! –grito-.

- Ya estás despierto –susurran siniestros aquellos ojos negros-.

Me quedo un momento aturdido. Entonces recuerdo que en mi anterior sueño dejé mi arma sobre la mesa de la cocina, si esto es una pesadilla debe estar allí. Abro los ojos y me incorporo lentamente. Efectivamente, allí, sobre la mesa de la cocina, reposa mi arma, en el exacto lugar donde la dejé en mi anterior sueño. Ahora lo comprendo, aquellos profundos y enormes ojos negros que me acechan, que llevan toda la noche acechándome, intentan confundirme, esto es una pesadilla y debo despertar cuanto antes.

Rápidamente cojo el arma y me la acerco a la sien.

- Despertaré al fin y todos desapareceréis.

Siento cómo los fantasmas de todas mis víctimas, que me han acechado bajando las escaleras, me observan ahora allá fuera, desde el jardín, tras la cristalera, expectantes. Sus fantasmales siluetas, entremezcladas con la neblina y la blanca luz de luna, convierten por un instante mi jardín en la antesala del purgatorio. Frente a mí, unos enormes y profundos ojos negros clavan su mirada sobre la mía.

¿Por qué demonios me has mirado a los ojos?

Un disparo retumba en la soledad de la casa. Olor a pólvora. Risas de

ultratumba.

Muerte.

## Capítulo 17

Abro bruscamente los ojos mientras despierto sobresaltado. No sé cuánto más resistirá mi corazón. Estoy tumbado boca arriba, siento frío sobre mi espalda, en mis oídos aún retumba un disparo cercano y a mis ojos llegan claroscuros. Una claridad lo domina todo, mas un tono oscuro, casi monocromático, asoma por el borde externo de mi visión. Me incorporo un poco y allí están de nuevo; libros carmesíes me rodean.

Silencio.

*Elige un libro...*

Intento levantarme para, en mi desesperanza y resignación, coger otro libro más, y otro, y otro, con la infructuosa ilusión de que algo pase y pueda despertar de este mal sueño o de que la voz que me habla desde mí se silencie. Sin embargo, de repente, algo me empuja precipitadamente hacia una de las paredes de libros carmesíes. Me golpeo la espalda dolorosamente y caigo de rodillas al suelo. Mi cerebro se revela hiriente... un recuerdo... sí, parece un recuerdo.

Unos profundos ojos negros aparecen de nuevo ante mí. Son como los del libro que acabo de leer, pero no son los del libro. Tienen algo que me resulta familiar, los conozco, los recuerdo. Aguijonean punzantes lo más profundo de mi cerebro, empero, al contrario que los del libro, estos ojos negros profesan en mí una extraña mezcla de sensaciones de tranquilidad, de añoranza, a la par que de tristeza y aflicción. Los recuerdo. Puedo verlos de una manera clara en mis recuerdos, mas no sé por qué los recuerdo ni de quién son. Pero su mera imagen me aflige el alma e inunda mi corazón de una sensación que no alcanzo a describir, no obstante, agradable y placentera, pues no recuerdo haber tenido esta sensación alguna vez.

Me incorporo y permanezco de pie, en aquella sala, rodeado de libros carmesíes y por un instante, por primera vez desde que tengo recuerdos, no siento miedo, ni incertidumbre, por primera vez los libros no me aprisionan ni me angustian. Sólo el recuerdo de unos profundos ojos negros.

Cierro mis ojos, respiro hondo y extendiendo mis brazos con la fútil intención de tocar aquellos profundos ojos negros que cada vez veo con más nitidez, que cada vez creo estar más cerca de poder ubicarlos en los recuerdos. Sin embargo, cuando creo que estoy a punto de poder acariciarlos, de repente, dos fulgentes focos de luz golpean mi cerebro. Vienen de lejos, se acercan muy rápidos y lo que antes eran dos focos de luz se convierten en un manto de cegadora brillantez. De pronto, aquellos ojos negros que he estado a punto de recordar se apagan dentro de la

deslumbrante luz y los brazos extendidos que estaban intentado acariciarlos, se agitan erráticos intentando desesperadamente apartar de mí aquel resplandor. Mi cerebro reacciona quejosamente doliente y todo mi rededor empieza a dar vueltas dentro de aquel destello de luz hasta que caigo al suelo. Todo se apaga para mí.

Oscuridad.

Poco a poco mi respiración y mi corazón se van acompasando en un tenue despertar. Abro lentamente mis ojos. La brillante luz va dejando paso a una cálida claridad con tonos oscuros. Me despierto.

Libros carmesíes me rodean.

*Elige un libro...*

Me incorporo. Ya no hay ningún recuerdo en mi memoria, sólo el de una habitación de luz cálida y ciertamente acogedora repleta de libros carmesíes y una voz que me habla desde mí pero que no soy yo.

*Elige un libro...*

Afligido miro los libros y, sin pensar, me adelanto y cojo uno de ellos al azar, estoy muy cansado y ya ni siquiera intento darme una explicación a por qué coger ese número. 101. Con temblorosas manos lo abro.

*Cojo la llave y la giro...*

## Capítulo 18

101 - AMNESIA

Cojo la llave y la giro.

De pronto, el motor brama potente y furioso para, al instante, dar paso a un suave y apenas audible ronroneo. Miro a mi alrededor asustado. ¿Qué demonios hago aquí? Miro por el retrovisor interior mientras lo fijo, ¿qué hace ese enorme baúl en el asiento trasero? Una sensación de humedad me invade las manos, bajo la mirada, las tengo manchadas de rojo. Mi cara reflejada en la luneta delantera está pálida, demasiado pálida, casi blanca. Observo el exterior atemorizado, aquella calle no recuerdo que sea la mía, ¿dónde estoy?, ¿qué hago aquí?, ¿qué he hecho? Un sudor frío brota de mi frente resbalando por mis mejillas, una sensación de angustia me invade; mis manos manchadas de rojo, mi cara pálida, aquella extraña calle, aquel enorme baúl... ¿lo habré hecho?, ¿acabo de matar a alguien? Me giro y extendiendo asustado mi mano hacia el enorme baúl, mis dedos acarician el cerrojo cuando, de pronto, alguien golpea el cristal de la puerta. Fuera hay una cara mirándome, esa cara me resulta familiar, la recuerdo, bajo la ventanilla.

- Se va usted sin cobrar –me habla con voz familiar-.

¿Cobrar? ¿He asesinado a su mujer por encargo?

- Por cierto, muy buena actuación y muy creíble el desmayo final –concluye-.

¿Actuación? ¿Desmayo?

El hombre me entrega unos pocos billetes y se marcha. El trabajo ya está hecho.

Subo la ventanilla.

Silencio.

El temor paraliza mis músculos.

Rápido me giro y abro el enorme baúl... Un enorme traje de payaso asoma de su interior.

## Capítulo 19

Sobresaltado y algo aturdido me despierto. En el centro de mi visión creo observar una especie de dorado bajorrelieve y todo rodeado de una tonalidad carmesí.

Me encuentro de pie, justo en frente del último libro que acabo de leer, tanto que mi nariz casi roza el dorado bordado del número 101 de la solapa del libro que, como todas las anteriores veces, permanece impertérrito en el lugar de donde lo extraje.

Este último relato me desconcierta y me confunde. No he muerto, no he sufrido daño físico alguno, empero mi corazón late angustiado y mi mente no para de dar vueltas. Una pregunta de la que apenas me había percatado, ha surgido con fiereza en mi cabeza. ¿Quién soy?

Lo desconozco. Ningún recuerdo. Intento cavar en lo más profundo de mí, pero sólo alcanzo a contemplar el recuerdo de unos profundos ojos negros, mas no sé a quién pertenecen, y el recuerdo de dos potentes focos de luz que me ciegan punzando cada una de mis neuronas. Nada más. Desde que estoy aquí he sido un preso de una cárcel isleña, loquero en un manicomio, caballero cabalgando sobre su corcel, asesino a sueldo, y ahora payaso; he estado durmiendo en una cama que no recuerdo en una casa que tampoco recuerdo, he caído del cielo pero sin caer, he cavado una tumba vacía... sin embargo, en ninguno de esos relatos he sido capaz de verme la cara, siempre han estado contados de primera voz y nunca he llegado a verme, ¿quién soy? ¿cómo soy? Mis rasgos físicos han ido cambiando entre relatos, pero superficialmente, jamás he visto mis ojos, me he mirado en espejos, pero aun así no sé de qué color los tengo, cómo son mis labios. Cierro los ojos y paso mis manos de nuevo por mi cabeza, tal y como lo hice al despertar por primera vez en esta mazmorra de blanco y carmesí, pero ahora intento ir más despacio, ser más meticuloso. Palpo una piel tersa, pero no extremadamente suave, con alguna que otra arruga y con una incipiente barba, por lo que deduzco que debo ser un hombre de mediana edad. Pómulos algo prominentes y nariz pequeña y un poco aguileña. Nada más. No consigo hacerme una imagen de mi cara, no logro recordarme a mí mismo. Subo mis manos y acaricio mi pelo, corto, sin embargo, sigo sin saber de qué color es. Me paro y caigo en la cuenta de que podría, por qué no, arrancarme un mechón y comprobarlo. Tiro con fuerza y, tras varios intentos, al fin consigo arrancar varios pelos que en su desgarrar se acompañan de un grito de dolor. Abro mis manos, empero no consigo distinguir ningún color en aquellos cabellos que copan la palma de mi mano, es como si mi cerebro, por alguna extraña razón que no logro descifrar, quizás por el influjo de esta prisión, no fuera capaz de identificarlo, sin embargo, soy capaz de ver el carmesí de los libros y la blancura del mármol de esta horripilante

habitación. ¿Por qué? ¿Quién soy?

Entonces, otra idea hace acto de presencia entre los pensamientos que se agolpan en mí. Tampoco sé qué voz tengo. Acabo de gemir, pero no logro recordar con qué voz. En realidad, ahora que lo pienso, he gritado de dolor, de pánico, de desesperanza, le he hablado a la voz de mi cabeza que me habla desde mí, pero en realidad no logro saber qué voz tengo. Me aseguro de que todo está en silencio, como ha estado desde que puedo recordar, inspiro una bocanada profunda de aire y grito. ¡Quién soy! Las palabras y su eco llegan a mis oídos, pero su tono, su registro, no; parece como si entre mi oído y mi cerebro fallara alguna conexión. No entiendo nada.

Es como si mi ser se diluyera poco a poco y cada vez más entre todos estos libros carmesíes, como si no fuera capaz de saber quién soy.

*Elige un libro...*

De nuevo esa voz. Me hablas desde mí, pero sé que no soy yo.

Su tono y su pausada melodía me embelesan de nuevo.

*Elige un libro...*

Obedezco, como si no saber quién soy ni dónde estoy no pesaran como una losa en mi alma, como si no me importara. Obedezco.

Me giro hacia la estantería opuesta, me agacho y cojo un libro de los de más abajo esta vez. 97. Lo abro.

*Corro. No puedo parar de correr...*

## Capítulo 20

### 97 - LABERINTO

Corro. No puedo parar de correr, empero no sé hacia dónde, mas corro despavorido cual alma que lleva el diablo. Todo está umbroso a mi alrededor. Una extremadamente débil luz ilumina muy tenuemente mi precipitado camino volviéndolo casi etéreo. Puedo atisbar una capa de espesa niebla gris cubriendo el suelo y engullendo mis pies a cada torpe zancada, y digo torpe pues lo irregular e invisible de dicho suelo me hace tropezar a cada paso que doy. El resto del paisaje, de tosca piedra que con el leve reflejo de la escasa luz que incide sobre ella da al paisaje una tonalidad endrina casi fantasmal, es estrecho, extrañamente estrecho, tanto que mis brazos chocan con sus paredes al correr lacerándome la piel. El techo, también de tosca piedra, esta vez afilada y puntiaguda cual estalactita, se extiende peligrosamente cerca, poco más arriba de mi cabeza.

Mi ropa está sucia y hecha jirones, una de las piernas del pantalón ha desaparecido dejando a la vista un muslo empapado de una sustancia viscosa, semitransparente y pegajosa; de la camisa sólo quedan trozos irregulares repartidos por mi torso al azar con finos hilos que los hacen permanecer unidos.

Si mis brazos están magullados y completamente ensangrentados, mis pies no son menos, pues me doy cuenta que estoy descalzo, cada desesperada zancada va acompañada de un nuevo corte y un intensamente punzante dolor sobre el talón prácticamente en carne viva. Empero corro, no puedo parar de correr.

No recuerdo cuánto tiempo llevo corriendo, sin embargo, sí soy capaz de recordar, y con extrema claridad, por qué corro.

¡Huyo!

Huyo de aquello que me persigue, huyo de lo más aterrador y horrible que haya visto cualquier ser humano. Escucho su jadear acercándose helándome la sangre. Esa bestia infernal, esa criatura diabólica surgida de las más profundas entrañas de la madre tierra me persigue incansable y despiadada. Siento cómo toda la roca que forma esta especie de laberinto por el que corro despavorido sin remedio, tiembla aterrada a su paso. Puedo oír el espantoso crujir de las afiladas rocas del techo mientras se resquebrajan al chocar con su caparazón superior. Cada vez que respira noto una pestilente brisa que momentáneamente desplaza la espesa

niebla que cubre el suelo irritando aún más mis ya maltrechos pies.

De pronto, mientras sigo corriendo, la más plena y total oscuridad se cierne sobre mí y me rodea, me engulle. Me paro. Un terror profundo se apodera de todo mi ser, no puedo ver nada, mi respiración y mi pulso se aceleran aún más excediendo lo humanamente razonable. Abro mis ojos todo lo fisiológicamente posible, pero nada, ni un solo rayo de luz llega a ellos. Palpo perdido y aterrado a mi alrededor, me corto, sangro, la piel que hasta ahora siempre ha cubierto las palmas de mis manos ha desaparecido doliente. A duras penas continúo mi horrible y desesperante camino, echo la vista atrás, pero no puedo ver nada. Entonces, un espantoso miedo electrifica mis lacerados músculos ahogando todos mis sentidos y dejándome sin respiración por momentos, ¿y si me dirijo hacia la bestia?, estoy desorientado por la plena oscuridad y ya no sé hacia dónde camino, mas no paro de caminar hasta que, de repente, mi mano derecha sólo encuentra vacío, nada, la pared se pierde mucho más allá de mi mano. Me giro.

Un nuevo pasillo, exactamente igual que aquel por el que he estado corriendo desde que puedo recordar, se abre ante mí. Sin embargo, esta vez su iluminación es más intensa, tanto que casi puedo verme los pies bajo la espesa niebla gris. Alzo mi vista al horizonte y allá, a lo lejos, puedo atisbar una luz, veo lo que parece una salida. Por un instante incluso me olvido del terrible ser que me persigue ansiando darme caza.

Corro.

Corro como jamás antes en mi vida.

Corro tan rápido y entusiasmado que dejo por momentos de sentir dolor. Una salida, sólo puedo pensar en eso ahora mismo. Una salida. Escapar, así que corro, no puedo parar de correr.

Por fin, agotado y completamente exhausto, logro alcanzar la luz. Lo que veo me aterroriza casi tanto como la bestia que no deja de perseguirme.

Un enorme precipicio se abre ante mí.

Es como si un trozo de nada se hubiera situado justo allí. Una infinita pared se alza majestuosa en todas direcciones, lisa, sólida, impenetrable. Únicamente una pequeña abertura, aquella por la que yo me asomo. Frente a mí un absoluto vacío de unos veinte o treinta metros de ancho, según puedo calcular, y tras él, otra pared se alza regia exactamente igual que en la que me encuentro, lisa, sólida y con una única abertura a la exacta altura de aquella en la que me encuentro.

No sé qué pensar, de hecho, no puedo pensar.

Puedo sentir como la mala bestia, cuyo rastro había perdido por momentos, se percató de la ramificación de laberinto que he tomado y reanuda presta y sedienta de mí su mortal persecución. Entonces, vislumbro algo a lo lejos, parece una figura algo difusa, se mueve, sí, definitivamente hay alguien al otro lado del precipicio.

Una mujer me observa, inicialmente serena, desde la abertura de la otra pared, aunque no puedo ver con nitidez su rostro por la distancia que nos separa, y es entonces cuando siento que la conozco. No recuerdo de qué ni por qué, pero sé que he visto a aquella mujer antes, incluso puedo sentir un fuerte vínculo emocional hacia ella. Sé que en algún sitio de mi nefasta memoria debe haber un recuerdo suyo. Por un instante nos quedamos mirándonos sin decir nada, es como si ella también huyera por otro tétrico laberinto y me estuviera observando con la misma incertidumbre que yo a ella, hasta que, de pronto, sus labios empiezan a moverse y sus brazos comienzan a agitarse frenéticamente. Me habla, pero no puedo escucharla, sus palabras se pierden en el vacío que nos separa.

De repente, su expresión parece que cambia, puedo sentir la alarma en su cara, un intenso espanto, horror, terror.

Me giro.

Ahora estoy a contraluz, así que puedo ver todo el laberinto con claridad. La veo. Sí, veo a la bestia inmundada abalanzarse sobre mí con sus garras, veo como brota fuego de sus ojos, sus dientes afilados como espinas bañadas en viscosa y pegajosa baba.

Me apresaa.

Mi garganta emite un gemido agudo de dolor, de pánico, helando todo aquello que me rodea.

Caemos...

## Capítulo 21

Me despierto súbitamente, asustado, con el corazón a un ritmo mortal. Mi cuerpo sufre un horrible estremecimiento y siento que caigo al vacío. Instintivamente extiendo mis brazos para agarrarme a algo que evite mi caída y es entonces cuando mis manos chocan con lo que parecen dorsos de libros. Me desequilibro y caigo de costado sobre un suelo de mármol blanco. Su tonalidad clara apacigua un poco mi maltrecho corazón. Mis pupilas se abren y cierran intentando enfocar las manchas purpúreas que llegan a ellos.

Libros. Libros carmesíes me rodean.

De nuevo en aquella habitación, de nuevo rodeado de libros que oprimen mi espíritu hasta la extenuación. Intento incorporarme y levantarme, pero entonces, de mi interior surge la silueta de la mujer que acabo de ver antes de caer con la bestia atávica e inmundada. Tengo el recuerdo de que la recuerdo, mas no sé de qué la recuerdo ni de cuándo es mi recuerdo. Su sola visión insufla en mí esperanza y vida. Noto como su figura apacigua mi alma. En su recuerdo nada me importa, la habitación, los libros, nada, sólo ella.

Tal vez sea por la distancia a la que la he visto o por el mismo extraño conjuro que pesa sobre mí y que hace que no pueda reconocerme, pero no soy capaz de recordar con nitidez la cara de la mujer. Tumbado de costado sobre el inmaculado mármol cierro los ojos e intento profundizar en mi recuerdo, focalizar mis sentidos, empero un cuasi imperceptible velo le cubre siempre el rostro.

Me mantengo en el refugio de paz que me aporta la oscuridad de permanecer con los ojos cerrados, por un instante lejos de los libros, y en esta tranquilidad sólo estamos ella y yo. Te recuerdo y no sé por qué. ¿Quién eres? Y entonces creo atisbar tras el velo que sus labios se mueven intentando dibujar palabras en el oscuro silencio que nos rodea, intenta decirme algo, pero parece como si en cada intento de articular palabra se alejara un poco más de mí, cada vez es más la oscuridad que nos separa hasta que, sin oír nada y sin alcanzar ya casi a verla, una voz que retumba proveniente de todas direcciones y acompañada de dos potentes focos de luz me habla desde mí, pero no es la mujer de mi recuerdo ni soy yo.

*Elige un libro...*

Abro los ojos. Por un breve instante la tonalidad clara de la habitación me deslumbra y me ciega para, inmediatamente, dar paso a libros carmesíes.

Se ha ido, ya no la veo y su partida me llena de dolor e infinita melancolía, como si sintiera su ausencia como mía. Tengo una extraña sensación que no recuerdo haber tenido, como si con ella se hubiera ido la mitad de mi propia alma dejando a la otra mitad lánguida y triste.

*Elige un libro...*

Ya no está.

Afligido me levanto, me froto los ojos y paso varias veces mis manos por la cara. Respiro varias profundas veces, aunque a estas alturas sigo sin saber de dónde viene este aire puro, y me acerco hacia una de las estanterías. Acaricio los libros como si estuviera buscándola a ella en sus dorsos. Finalmente me detengo en uno de ellos. 460. Lo abro.

*Un suave tintineo sonó a lo lejos...*

## Capítulo 22

460 - YO

Un suave tintineo suena a lo lejos confundándose dentro de mi sueño. Son las seis de la mañana, estoy dormido y aún cansado del día anterior, y aquel suave tintineo transformado en un leve susurro a mi oído dentro de mi sueño, es el timbre de la puerta. Me incorporo.

Titubeante salgo del cuarto y, con la única compañía de un pijama de aspecto andrajoso y unas zapatillas viejas sin apenas suela, me dirijo a la entrada pensando quién podrá llamar a mi puerta a las seis de la mañana. Al pasar por el salón estoy tentado de tumbarme en el sofá de skay y dormir, sólo quiero dormir y, a ser posible, volver al sueño, al momento exacto en el que aquel susurro al oído me despertó, pero de nuevo aquel tintineo, ahora acompañado de unos golpes en la puerta, vuelve a tronar, ahora quizás con más fuerza, sobre toda la casa. Me resulta curioso, y hace que me despierte un poco más, el ritmo de los golpes, casi como una imperceptible melodía, el mismo sainete de golpes que yo utilizo para llamar.

Por fin llego a mi puerta y, frotándome un poco las legañas que copan mis ojos, pego mi cara contra la fría madera y miro por la mirilla.

Al otro lado de la puerta, vuelto de espaldas, hallase la silueta de un hombre. No le reconozco. De estatura media, digamos que como yo de alto, parece de complexión no muy fuerte, pero lo bastante como para poder defenderse con ciertas garantías, de hecho, se asemeja a mi misma complexión. No puedo distinguir más rasgos físicos por la distorsión de la mirilla, sin embargo, me inquieta el hecho de que tiene más aspecto de un ser que de un hombre, no podría explicarlo, pero tengo un pálpito, la sensación de que le rodea un halo de inexistencia, de alguna extraña manera perciboun ente, un ser, no una persona.

Y es esa extraña sensación la que me hace abrir la puerta.

El ser se vuelve hacia mí clavándome su mirada. Entonces, experimento la sensación más extraña y profunda que jamás he percibido, como una implosión de mi interior que me consume en parte. No consigo distinguir bien sus ojos, pues, al igual que el resto de su cara, parece como si estuvieran pixelados. Sin embargo, esa extraña sensación.

- ¿Eres?...- digo titubeante, tanto que no termina de salir de mi boca la frase. Sé lo que mi cabeza está pensando, lo que mis ojos están creyendo

ver, pero algo dentro de mí impide que lo exprese-

El ser permanece callado, quieto, mirándome fijamente a los ojos con una leve sonrisa dibujada difusa en su rostro. Es como si supiera qué estoy yo pensando; de todas formas, nadie mejor que él para saberlo ¿no?, es decir, si cada uno del torrente de pensamientos que se entremezclan en este momento en mi cabeza es mínimamente cierto, no sería disparatado pensar que él es conocedor de dichos pensamientos.

Se hace el silencio. El ser no dice nada, sigue sin moverse. Intento poner mi mente en blanco para despistarle. Por fin, algo surge de mi garganta.

- ¿Eres yo? -logro decir al fin.

- Sí, soy tú. -dice el ser-.

Silencio.

Su voz.

Su voz parece sonar exactamente como lo hace la mía en esos vídeos familiares que tanto odio visionar. Entonces, lo observo de arriba abajo mientras él permanece en silencio. Su rostro parece el mío, sus ojos mis ojos, su nariz mi nariz, sus orejas, sus labios, todo en su rostro parece mío. Sus manos son mis manos, su pelo parece mi pelo, todo en él es mío, pero sin embargo no es mío.

- ¿Puedo pasar? -dice de pronto rompiendo el sepulcral silencio que se ha hecho en la entrada.

Le cedo el paso con un gesto de mi mano mientras me aparto de la puerta y sin que de mi rostro se deje de dibujar el gesto de asombro con que le recibo. Entra, y al hacerlo su rodilla cruje ruidosa, como si fuera a estallar en mil pedazos allí mismo, y sí, exactamente igual que lo hace mi rodilla.

Toma asiento en uno de los sillones que amueblan el salón y permanece allí quieto y en silencio, tal y como me lo encontré al abrir la puerta. Tras dudarle un instante, hago lo mismo en el sillón de enfrente.

- ¿Quién eres? -vuelvo a preguntar.

- Tú. -vuelve a responderme aquel ser sentado frente a mí, de la misma forma y con la misma postura que yo.

- ¿Tú eres yo?

- Sí, yo soy tú.

¡Dios!, esto no me puede estar pasando a mí, yo estaba tan tranquilo en mi cama durmiendo, y ahora estoy sentado en mi salón con un completo desconocido que es yo, ¿pero cómo es posible?

- Pero si eres yo...

No puede ser, tengo que asegurarme de que este ser es real, así que no lo dudo un instante, me levanto y le pellizco en el brazo derecho.

- ¡Ah! -dice el ser.

- ¡Ah! -digo yo.

Me siento de nuevo. Perplejo, sin habla, casi sin respiración y con un punzante dolor en mi brazo derecho. Me quedo un rato en silencio, indagando en mi interior. Pensando.

Silencio.

- ¿Quieres un café?, porque yo necesito uno - le ofrezco.

Mi cerebro intenta calcular hipótesis, alguna explicación plausible de todo aquello, si es que estar sentado frente a ti mismo tiene algún tipo de explicación factible.

- Sí, gracias. -responde.

- ¿Cómo lo quieres?

- Sabes perfectamente cómo quiero el café.

Dudo en responder.

- ¿Con poca leche, fría y dos terrones y medio de azúcar? -digo por fin.

- Sí.

Igual que yo.

Sirvo dos cafés iguales, uno para mí y otro para mí.

Me quedo mirándole fijamente mientras no paro de darle vueltas nerviosamente al café intentando rescatar algo de él que no sea mío. De repente me doy cuenta, la respiración se me para, es como comprender la verdad que tengo delante de mis ojos, por primera vez soy realmente consciente, no consigo verle la cara con nitidez, pero imueve el café con

el mismo ritmo y en el mismo peculiar sentido alterno que yo!

- Eres yo. -afirmo.

- Sí, soy tú.

- ¿Pero si tú eres yo? Entonces, ¿quién soy yo? -infiero aturdido.

- Tú.

- No entiendo nada.

- No estoy aquí para que lo entiendas, sino para que hagas aquello que tienes que hacer.

- ¿Y qué se supone que tengo que hacer?

- Llegado el momento lo sabrás.

- ¿Y cómo sabré cuál es el momento?

- Tú lo sabrás. Mis recuerdos te lo harán saber.

- Sigo sin entender nada. ¿Qué recuerdos?

- Los recuerdos que estás empezando a recordar.

Escucho sus palabras enunciadas con mi voz que apelan a sus recuerdos y, de pronto, me percató de que el primer y único recuerdo que tengo es el de levantarme de mi cama a las seis de la mañana. Nada más.

Mi cabeza me da vueltas, noto cómo mi cerebro late a mayor presión de lo que jamás lo ha hecho. Intento encontrarle una explicación a aquel instante, sentado en mi salón mirándome a mí sentado frente a mí.

- No entiendo nada.

- Te repito que no he venido para que lo entiendas.

Silencio.

- ¿Por qué estás aquí entonces? -le grito enloquecido.

- Estoy aquí –dice abalanzándose repentina y bruscamente sobre mí- ¡para que despiertes!

## Capítulo 23

Doy una fuerte sacudida hacia atrás, tropiezo conmigo mismo y caigo al suelo golpeándome fuertemente en la cabeza con lo que parece mármol blanco.

Dolorosa oscuridad.

Me despierto tumbado boca arriba con el blanco mármol sobre mi cabeza cercado en todo su contorno por libros carmesíes. La cabeza me duele profundamente y no para de dar vueltas.

Me he visto a mí mismo, sé que era yo, aunque el hechizo que nubla mi mente y ahoga mi ser sigue sin permitir distinguirme, por alguna razón que escapa de mi total comprensión, pero que me está volviendo poco a poco más loco en cada perturbador relato que leo, no consigo recordar mi rostro. Sin embargo, por un instante, en el anterior libro, sentado frente a mí, he creído atisbar cierta celeste claridad en mis ojos.

Un rayo de esperanza surge en mi interior, pues pareciera que estoy empezando a recordar. Intento de nuevo, y ahora más desesperadamente, tranquilizarme y tratar de dibujar mi cara sobre aquel lienzo carmesí. Entonces alguien aprovecha mi silencio para hablarme desde mí.

*Elige un libro...*

De repente, los celestes ojos que estaba empezando a trazar en mi memoria, se tornan de un intenso amarillo que resplandecen cada vez con más fuerza hasta copar de deslumbrante brillantez todo mi oscuro recuerdo haciéndome despertar de mi ensoñamiento.

Permanezco de pie, con la mirada totalmente perdida en el bermellón horizonte que oteo entre tristezas y taciturnidad.

La más exorbitante pena me invade, pues siento que cada vez que estoy a punto de recuperar un recuerdo de mi maltrecha mente, esta habitación con sus estúpidos libros carmesíes me lo impide. He recordado unos profundos ojos negros. He recordado a una mujer cuyo rostro tampoco he podido ver. He empezado a recordar algún rasgo de mi rostro, de mí, empero siempre, y nítidamente dominante sobre el resto, recuerdo dos potentes focos de luz que siempre consiguen con su hiriente fulgor devolverme a esta habitación de paredes de blanco mármol repletas de libros carmesíes. ¿De qué recóndito recuerdo salen esos sempiternos focos de luz?

*Elige un libro...*

Por un momento la pena se transforma en ira y le grito a la voz que me habla desde mí. ¡Déjame recordar! ¡Déjame salir de aquí!

Silencio.

Atempero mi enojada respiración.

*Elige un libro...*

Agacho la cabeza resignado, doy unos pasos mientras arrastro mis pies apesadumbrado y cojo otro libro con el pesar y el temor de no saber qué me van hacer vivir sus palabras. 812. Rasgo su tapa cortando el silencio desde el dorado bordado de su número hasta llegar al borde de su esquina. Lo abro.

*Siento cómo todos y cada uno de mis huesos crujen...*

## Capítulo 24

### 812 - QUINCE MINUTOS DE OLVIDO

Siento cómo todos y cada uno de mis huesos crujen y me hacen retorcer de dolor, sin embargo, soy incapaz de moverme, ningún mísero músculo me responde. Permanezco tendido, con mis pies señalando a lugares diametralmente opuestos y mis brazos dibujando líneas imposibles en el sucio y frío asfalto sobre el que reposo. Puedo notar cómo una sustancia algo viscosa y caliente moja toda mi cabeza y en el silencio absoluto que llega a mis oídos, puedo escuchar cómo la misma sustancia que me empapa la cabeza se extiende lenta y suavemente introduciéndose por las minúsculas grietas que atraviesan el asfalto.

Apenas un bosquejo de aliento, triste, apagado y pausado, sale por mi boca manteniéndome a duras penas con vida.

No veo nada, tengo el ojo derecho tan hinchado que no puedo abrirlo ni una mera fina línea y mi ojo izquierdo permanece a ras de suelo sumergido en el enorme charco de viscosa sustancia.

Sangre. Sí, es sangre lo que me empapa.

Siento cómo algunas personas se me acercan y me rodean, puedo oler su miedo, su angustia y su piedad hacia mí. Algunas de ellas gritan desesperadas, pero sólo puedo oír un punzante pitido. Uno de ellos se me acerca temeroso y nervioso, se agacha, noto como traga profundamente saliva y me habla:

- No se rinda joven. –me dice con voz tierna y trémula- Aguante un poco. La ambulancia está en camino.

Pero una sola imagen predomina en mis pensamientos.

- Así podré unirme a ella, podré volver a verla –susurro inconscientemente-.

-¿Ella? –me pregunta algo aturdido- ¿a quién se está refiriendo joven?

De mi boca sólo surgen las últimas palabras: quince minutos de olvido...

El reloj de pulsera marcaba las seis en punto mientras ella pronunciaba su último adiós y desaparecía.

Adiós, había dicho.

Adiós. Esa fue exactamente la palabra que resonaba en mi interior aquella tarde de otoño cuando mis ojos la vieron desvanecerse entre las ramas de los árboles.

Hacía frío, demasiado frío, y los árboles dormitaban ya sin hojas en la linde de aquel sinuoso sendero que hacía sólo unos meses había resplandecido todo verde y lleno de vida. El verano había llegado a su fin, y con él las interminables tardes de paseos y juegos por los caminos de aquel parque que ahora descansaba mustio y silencioso. Los sonidos frenéticos de niños corriendo por doquier, el estruendo de conversaciones que se confundían unas con otras y se entremezclaban con las carcajadas de un grupo de jóvenes y las canciones de un coro de niñas, había dado paso a un leve murmullo de viento arrastrando las hojas llevadas por el pasar del tiempo a un suelo cubierto de una alfombra de tonos marrones y amarillos.

Había sido allí, en aquel mismo banco desde el que ahora la veía alejarse, casi levitando, donde por primera vez me habló.

El paisaje se difuminaba, los árboles alargaban sus formas y sus hojas se retorcían al verlas tras el prisma de las lágrimas que brotaban de mis ojos, como perlas transparentes llenas de dolor que después de acariciar dulcemente mi rostro caían al suelo y rompían liberando sobre el mar de muertas hojas los recuerdos.

Aquel banco.

Aquel banco de recia piedra descansaba ahora helado como un témpano, inerte, en silencio, como todo mi rededor. El soplo de calor que lo había mantenido con vida había expirado en tan sólo un instante.

Respiré profundo ahogando por momentos los lamentos que tiritaban en mi pecho, tomé fuerzas, las que ya no le quedaban a aquel banco, y me levanté. Las piernas me temblaban asustadas, no querían adentrarse por el sendero porque de algún modo sabían que si lo cruzaban jamás volverían a caminar por él, de algún modo sabían que esto no sería más que un mal sueño. El alegre y jovial canto del ruiseñor azul que había habitado durante el verano en aquellos árboles, era ahora lento y triste, hasta su plumaje parecía teñido con una fina capa de negro azabache. El crujir de las hojas a mis pies me acompañaba en mi camino como si a

cada paso que daba muriera un poco más.

Caminaba con parsimonia, en silencio, como resistiéndome, con la cabeza gacha, con la mirada fija perdida más allá de las profundidades del suelo, escudriñando en mi interior.

Todo era silencio, nada más que silencio.

Silencios y recuerdos.

El presente se había convertido en pasado, en recuerdos. El futuro se había derrumbado en el vano tiempo que se tarda en decir adiós.

Mi mano la buscaba ansiosa, buscaba su frío, su terso tacto, su compañía. Anhelaba su aroma, ese aroma que había embriagado poderosamente durante los últimos meses mis sentidos impregnándolo todo con su esencia.

Cerré mis llorosos ojos con la ilusión de que al abrirlos a ellos llegara la imagen de aquel rostro, angelical, sonriente, a veces místico, de facciones tiernas y agradables. Sus morados labios carnosos que sabían a dulce néctar, sus delicadas mejillas blancas de puro nácar, su pequeña nariz y sus enormes ojos de pálida miel siempre despiertos. Habían sido aquellos ojos, con su extraño influjo, los que me habían hecho atreverme, por fin, a hablarle.

Había sido a comienzos de un verano que prometía ser caluroso, como pocos lo habían sido antes, y había decidido ir a pasear al parque a respirar aire puro, a impregnarme de vida. Al pasar por el banco allí estaba ella, sentada, sola, leyendo a la brillante luz de un sol pleno y reluciente. Levantó su mirada hacia mí y fue entonces cuando pude ver sus ojos penetrantes, enfermizamente atractivos, adictivos. Me quedé mirándola anonadado, tanto que ni siquiera me percaté de que me hablaba.

- La hora- había logrado distinguir entre los sonidos.

- ¿Puedes decirme la hora? -repitió otra vez aquella voz petrificante, realmente ensoñadora.

Apenas alcancé a balbucear algún ruido inconexo y ella rió ante mi reacción coloreando tenuemente sus pálidas mejillas.

- Las seis- alcancé por fin a responderle. Y continué presto mi paseo antes incluso de que ella pudiera darme las gracias.

Aquella misma noche no pude dormir, la imagen de esos enormes ojos mirándome con esa media sonrisa dibujada en sus labios y la extrema

palidez de su rostro me impedían pegar ojo. Temía que, si los cerraba y dormía, aquel rostro pasaría como un fantasmal recuerdo más y terminaría siendo olvidado, así que decidí, tumbado en mitad de la noche, volver al día siguiente al mismo banco, a la misma hora.

Y así lo hice durante toda una semana, algunos días nos saludábamos, otros ni siquiera me atrevía a mirarla por miedo a que mis temblorosas piernas me fallaran y cayera de bruces al suelo. Era una sensación extraña, jamás vivida para mí, sentía una atracción superior a mis fuerzas que irracionalmente me dominaba.

Habían sido aquellos enormes ojos de pálida miel los que me habían hecho atreverme, al fin, a hablarle. Allí, en aquel banco de aquel parque había surgido hace meses la atracción entre ambos, una atracción loca, pasional, enfermiza, impulsiva, irracional, espiritual. Una atracción que ahora había sido denostada por un adiós. Un escueto y solitario adiós.

Continué caminando con los ojos cerrados y lleno de tristeza y esperanza. Podía recordarla cantar en el silencio de la oscuridad que se cernía sobre mí esas notas evocadoras que siempre entonaba a mi oído. Sentí una brisa extraña, ajena. Había recorrido todos y cada uno de los rincones de aquel parque junto a ella, le había escrito mi atracción en todos y cada uno de sus árboles, la había besado y abrazado sobre todos y cada uno de sus bancos, y jamás había sentido aquella brisa.

Abrí los ojos.

De repente un fuerte destello de pura luz incidió directamente sobre mis ojos cerrándolos al instante.

Negrura.

A mi olfato llegó el aroma a gasolina, a asfalto, el humo empezó a invadir mis pulmones agitando mi respiración. A mis oídos llegaron estruendos, sonidos cotidianos más ensordecedores de lo que jamás los había escuchado.

Abrí de nuevo los ojos y el negro dio paso a un deslumbrante y cegador amarillo que copaba todos los rincones de mi campo de visión. Poco a poco pude distinguir algunas formas dentro de aquel horizonte de luz... estaba en la calle, había salido inconscientemente del parque y ahora todo era distinto.

Miré de nuevo mi reloj de pulsera, marcaba las seis y cuarto.

Recuerdos.

Quince minutos de olvido...

Ecos de cláxones... Olor a goma quemada... Sonidos de frenos... Dos potentes focos de luz... Gritos...

Algo me golpea con extrema violencia elevándome por los aires y zarandeándome hasta la extenuación... Asfalto... Sangre...

Oscuridad.

## Capítulo 25

Oscuridad.

Todo se apaga. Se encienden finas fisuras cual puñaladas dolientes de luz en la negrura. Se apagan.

Oscuridad.

Contornos etéreos empiezan a dibujarse entre la pesada espesura que cubre mis ojos. Entelequias de luces informes penetran por un instante en mi cerebro para, en seguida, apagarse.

Oscuridad.

Intento abrir los ojos, pero cada vez que lo hago difusas formas se muestran ante mí trazando serpenteantes siluetas de dorados relieves sobre fondo escarlata para irse perdiendo poco a poco en un nubloso y viscoso infinito que los engulle hasta desaparecer de nuevo.

Oscuridad.

Un pitido suena a lo lejos dentro de la espesa negrura que me rodea. Se va haciendo cada vez más agudo y cercano, cada vez más fuerte y punzante, hasta que copa con su estruendo todo mi oscuro rededor haciéndome abrir los ojos de dolor.

Silencio.

Permanezco tumbado en un rincón de esta espantosa habitación, de costado, con la cara pegada tanto a los libros que mis párpados casi chocan con el relieve de los números dorados. Frío mármol, la tonalidad clara que emana de todos los rincones y los libros.

Libros carmesíes me rodean.

*Elige un libro...*

De nuevo me hablas desde mí, mas esta vez apenas puedo oír la voz que está en mi cabeza pues el zumbido que brota de mis oídos penetra en todo mi cerebro distorsionando su voz que suena lejana y metálica.

Intento incorporarme, pero el pecho me quema y me duele tanto que casi no puedo respirar, siento como si tuviera todas y cada una de mis costillas fracturadas y clavadas cual puñales hirientes en los pulmones. Entre estertores y gritos de dolor consigo a duras penas girarme y quedarme tumbado boca arriba. A mi boca llegan, en cada bocanada de aire que

intento fútilmente tomar, sabores de húmedos metales. Con esfuerzo y mucho sufrimiento, consigo introducir varios dedos de mi mano derecha en mi boca y al sacarlos observo en ellos la misma sangre que acabo de leer en el libro. Todo el cuerpo me duele. No hay ninguna parte que no aguijonee mi cerebro con su sufrimiento.

Parece que he vivido demasiado intensamente este último relato, aunque, viendo mi estado actual y las imágenes que se están agolpando en mi mente, diría que esta vez el relato era más un recuerdo que un relato.

Un accidente.

Sí, empiezan a aparecer en mí recuerdos de un accidente. Recuerdos de dolor, del sonido espeluznante y premonitorio del choque metálico, recuerdos de sangre. Recuerdo dos potentes focos amarillos que me enfilan y me embisten, aunque no logro recordad dónde acontece. Esa imagen, ese recuerdo que me ha acompañado desde el principio, casi desde que desperté en esta habitación repleta de libros carmesíes y que ha nublado con su visión el resto de recuerdos que he intentado recuperar, esa imagen ahora recuerdo que son los faros de un coche viniendo precipitadamente sobre mí. De pronto, en la negrura que se cierne sobre mí tras apagarse los focos, recuerdo que el dolor y la asfixia no me importan, me recuerdo buscándote entre las tinieblas. Te busco, te pronuncio desesperado, empero no logro recordar a quién busco ni qué nombre balbuceo, pero sí que recuerdo que nada más me importa sino encontrarte. Entonces, ese recuerdo se desvanece derritiéndose sobre un fondo carmesí. El dolor es tan intenso y profundo que la oscuridad de nuevo se cierne sobre mí.

Silencio.

Sigo aquí, tumbado sobre el suelo de esta cárcel. Recuerdo haber sufrido un accidente, aunque no consigo recordad ni cómo ni cuándo, aunque estoy seguro que ese cuándo es, en todo caso, anterior a esta prisión de barrotes carmesíes. Todo mi cuerpo me duele como si lo acabara de sufrir, mas aquí sigo, postrado sobre un mármol inmaculado y rodeado de libros carmesíes. Una idea cobra fuerza dentro de mí, y no es otra que la razón por la que estoy aquí, he sufrido un accidente, he muerto y esta habitación, esta aterradora habitación, es el purgatorio que debo pasar antes de mi última travesía. Estoy seguro de que debe ser así y, ahora que me he dado cuenta, ahora que he podido recordarlo, todo este sufrimiento debe llegar a su fin; sí, así debe ser.

Silencio.

La voz que no soy yo hace tiempo que no me habla desde mi cabeza. Me incorporo y a duras penas me pongo de pie, miro a mi alrededor y le grito

¡Estoy muerto, ya puedo recordarlo! ¡Es hora de despertar!

Sepulcral silencio.

*Elige un libro...*

Otra vez me hablas, sigues con la voz metálica y distorsionada y de nuevo me instas a coger un libro, ¿cómo es posible? Colérico apoyo mis brazos sobre los libros carmesíes que tengo delante. Todo me da vueltas. Déjame en paz con los libros. Recuerdo haber sufrido un accidente y debo haber muerto en él. Recuerdo buscarte desesperadamente entre la oscuridad.

*Elige un libro...*

¡No! ¡Déjame en paz! Por un momento mi otrora jadeante respiración se acelera al límite haciendo que mi pecho arda de dolor. Mis piernas tiemblan ante el titánico esfuerzo de soportar el resto de mi desvencijado cuerpo, sufren por la locura que invade mi alma aumentando un poco más si cabe el peso de mi ser, tanto, que no pueden permanecer más tiempo erguidas y colapsan clavándome de rodillas en el frío mármol.

Silencio.

*Elige un libro...*

El pitido de mis oídos cesa. De nuevo alguien me habla desde mí pero no soy yo y, de nuevo, su voz suena susurrante y suave.

De rodillas sobre el suelo de mármol y apoyadas las manos sobre los libros, acerco mi cabeza hasta que choca con un número bordado en oro y lloro, mi alma ahora mismo sólo sabe llorar. Lloro desesperada, cansada, subyugada por la voz de mi cabeza. Lloro por ti. Cierro mi mano derecha y extraigo el libro que agarra entre sus dedos. 10. Lo abro.

*Camino por una senda de cortas y mugrientas ramas...*

## Capítulo 26

### 10 - VOCES

Camino por una senda de cortas y mugrientas ramas que me laceran con sus puntas astilladas al pasar mientras cientos de personas, cuyos rostros no alcanzo a identificar, me señalan desde la lejanía y se jactan de mi dolor. Sonríen y murmuran entre ellos a la vez que del gris cielo que me cubre empieza a caer una fina capa de fría lluvia. Su contacto irrita mis heridas haciendo brotar cantidades ingentes de sangre que cae al sucio suelo siendo arrastrada por la corriente de agua hasta perderse en la parte más oscura y turbia del sendero que ya he dejado tras de mí.

Entro a unas pintorescas oficinas, desconocidas para mí, de paredes acristaladas y tenue iluminación en tonos cálidos. Me siento frente a un ordenador que no es el mío y una intensa tristeza me embarga. Arranco a llorar, pero ninguna de las anónimas personas que me rodean, se percata de mis sollozos. De pronto, corro despavorido hacia uno de los cristales que me mantiene aprisionado en aquella oficina, dejando en mi carrera un rastro de lágrimas que siempre han empapado mi vida. Atravieso el cristal y la tenue iluminación en tonos cálidos se transforma en luz brillante. Caigo, presto, directo a la acera, mas no es miedo lo que siento en mi vertiginoso descenso, ni tristeza, ni pánico o pavor, sólo alegría, esperanza e ilusión porque el calvario que me ha acompañado desde niño llega por fin a su final.

Lágrimas brotan de unos cristalinos ojos que no son míos. Paseo cabizbajo, triste, arrastrando los pies en mi parsimonioso caminar. Extiendo mi mano que acaricia un pequeño seto junto a la acera y arranca de él un delicado y hermoso eléboro negro. Permanezco ensimismado mirándolo fijamente. Su tacto, su color, su presencia evocan recuerdos. Recuerdos de una mujer amada hasta la extenuación, recuerdos de viajes bucólicos llenos de belleza y vida, recuerdos de momentos mágicos, de momentos lúgubres. Recuerdos de una muerte prematura. Recuerdos de su ausencia. Lágrimas de tristeza, de pena, de eterna soledad, vuelven a brotar de unos cristalinos ojos.

Ninguna de esas personas soy yo, pero, sin embargo, conocer sus secretos, sus pensamientos más profundos e íntimos, me entristece haciéndome detener mi camino. Parado, en mitad de la calle, decenas de personas cruzan su camino con el mío. Puedo escuchar aquello en lo que están pensando. Sus pensamientos vienen a mí cual emisoras de radio a un receptor. Los escucho. Los veo. Sus sueños, sus miedos, ilusiones, dudas, pensamientos, todos ellos se representan en mi cabeza cual

pequeñas películas.

Les escucho, siempre les he escuchado. Desde que tengo memoria sus pensamientos han acompañado a los míos, han estado ahí desde donde puedo recordar. Escuchaba a mis padres riñéndome antes incluso de que lo hicieran. Podía escuchar lo que las chicas opinaban de mí y actuar al respecto. Escuché entristecido y paralizado, acurrucado sobre un pequeño sillón, como mi padre agonizaba y moría, y cómo mi madre se ahogaba en silencio en su pena. No puedo apagarlo, y aún hoy, casi treinta años después, sigo pensando cada mísero instante de mi existencia en cientos de maneras de silenciar las voces que me atormentan acabando con mi vida, apagándolas por fin.

Apenas salgo al mundo exterior. Vivo enclaustrado, perdido en mitad de una casi inescrutable montaña. Sin embargo, los acontecimientos acaecidos en los últimos días me han llevado, irremediabilmente, a esta calle sobre la que me encuentro, quieto, en silencio, mas en mi cabeza la gente que me rodea no para de hablar. Me están volviendo loco. Me agobian, me angustian como la multitud agobia y angustia a un agorafóbico.

Un hombre, vestido con un perfecto traje gris marengo de rayas diplomáticas, se cruza en mi camino y me mira. Le oigo. Veo sus perversiones, sus vicios. Ayer, vestido de cuero y seda, engañó a su preciosa mujer mientras ésta daba clases en el colegio de sus hijos. Sin embargo, no siente culpa ni tristeza.

Mi instinto me hace querer correr hacia él y golpearle, para que sufra, para que se calle, pero entonces, justo antes de iniciar mi vendetta, un viejo, de aspecto algo andrajoso, riñe dentro de mi cabeza con su hijo. Le ama con todo su corazón como sólo un padre puede amar a un hijo, mas no puede olvidar lo que le hizo, y es por ese motivo por el que cada vez que hablan, cada vez que el hijo vuelve a casa arrepentido, terminan discutiendo a voces. Sabe que él le quiere, pero la culpa no deja de atormentar a aquel pobre viejo que pasea ensimismado y triste por la calle.

Un joven alcohólico, una novia despechada, un trabajador despedido, una madre cansada de su casa...

Imágenes vienen a mi cabeza, imágenes difusas y sin sentido. Todos me hablan, me cuentan sus vidas, piden ayuda desesperados, solicitan el perdón de alguien que no saben que les escucha, hacen planes si pensar que aquel con quien se cruzan los ve.

Necesito que paren, por favor, ¡callaos! Me atormentan, me aprisionan, me asfixian. Me tapo los oídos y un infinito deseo de gritar alocado me invade, mas cuando por fin, desesperado, voy a comenzar a rebelarme

colérico, de pronto, una joven y bella mujer se cruza conmigo, y en su caminar roza mi piel cortocircuitando mis sentidos. Me giro, la miro algo extrañado, y es entonces cuando me doy cuenta de algo, la estoy mirando y ella cruza sus ojos en mi mirada y no la escucho. No puedo escucharla. No la oigo.

Lo verdaderamente extraño es que su figura, su piel, su cabello, su rostro, todo está como distorsionado, como si nos separara un cristal traslúcido que, al contrario del resto de transeúntes, me impidiera verla con nitidez, sin embargo, todo en ella hace brotar recuerdos dentro de mi cabeza. Nadie me habla ahora, no pertenecen a nadie, son recuerdos míos que nunca había visto antes. Puedo recordar que la conozco, reconozco su voz, su olor, puedo incluso llegar a recordar que la he querido. Empero no logro recordar su nombre, no soy capaz de recordar quién es.

Se detiene y se gira. Se queda allí, como yo, quieta en mitad de la calle, mirándome y aunque sigo viéndola como desdibujada, puedo ver claramente sus profundos ojos negros que clavan su mirada en mí. El mundo se para por completo a mi alrededor, y es entonces cuando, de nuevo, vuelvo a escuchar las voces en mi cabeza, pero en esta ocasión sólo una me habla, el resto permanece en silencio, a la espera. Es la voz que, por alguna extraña razón, soy capaz de recordar que es la voz de aquella mujer.

No fue culpa tuya, dice, sé que nunca me harías daño.

No entiendo por qué me dice eso.

Has expiado tus culpas, es hora de que vuelvas, afirma.

¿Volver? ¿A dónde he de volver y de dónde? Es más, ni siquiera estoy seguro de que me esté hablando a mí. Esto es demasiado extraño. ¿Quién eres?, intento transmitirle. Entonces creo ver como en su rostro empieza a dibujarse una sonrisa, mi corazón reconoce aquel gesto y acelera su ritmo, mi piel se eriza y de cada uno de los poros de mi cuerpo sólo brota un absoluto y profundo sentimiento de amor hacia aquella difusa mujer que me mira y sonrío. Sus labios comienzan a moverse dulce y suavemente y empiezan a dibujar en el aire palabras que anhelo lleguen a mí.

Sin embargo, de repente, otras imágenes, otras voces interfieren y se solapan evitando que escuche sus palabras. Vuelvo a escuchar pensamientos, vuelvo a ver tristeza, pena, dolor... Me angustio, me desespero más que nunca. Jamás he deseado con más ansias que se paren y callen. Deseo volver a escuchar su voz, necesito saber qué me dice, pero las voces no cesan. Mi desesperación va en aumento, cierro fuertemente los ojos, me asfixio, casi no puedo respirar, doy vueltas sobre mí mismo alocado y fuera de mí, me araña la cara. Grito. ¡Callaos! No

responden, no me hacen caso, siguen ahí. Grito más fuerte, con todo el aire que la ansiedad y la impotencia pueden extraer de mi interior.  
¡Callaos!

Todo está negro, todo sigue negro.

Silencio. Se han callado, sí, parece que se han callado. Abro los ojos.

Todos me miran quietos en aquella calle, sorprendidos, asustados por mi comportamiento. Desesperado la busco entre la multitud; mas ella ya no está entre ellos.

Silencio. Por fin silencio.

## Capítulo 27

*Elige un libro...*

De nuevo la voz que está dentro de mí me habla, esta vez rompiendo con su susurro el más absoluto silencio que puedo recordar.

Permanezco con los ojos cerrados y aguantando todo lo que puedo la respiración intentando que la imagen de la mujer que he leído en el relato no desaparezca de mi memoria. La recuerdo. Vuelven a resurgir en mí los sentimientos de pena y tristeza que ya había experimentado cuando la vi en uno de los relatos anteriores, pues ahora sé que mi recuerdo es de la misma mujer que intentó salvarme de la bestia atávica en el laberinto. Sin embargo, esta vez la he tenido muy cerca mirándome intensamente. Recuerdo haber acariciado en algún momento su silueta, haber besado ese rostro. Recuerdo haberle tomado de la mano y ahora, con perfecta nitidez, puedo recordar haberla abrazado.

Entonces, debido al cansancio que acumula mi alma o por el terrible influjo que esta habitación ejerce sobre mi mente, la silueta de la mujer empieza a diluirse como se dispersa el humo de un cigarro y el resto de recuerdos que he conseguido recuperar se entremezclan en una especie de collage fantasmagórico. Veo a la mujer quieta, sólo ella y yo, mirándome fijamente, con todo su cuerpo distorsionado por el intenso humo blanco que se ha formado a nuestro alrededor, levanta los brazos y los agita desesperadamente mientras sus ojos atraviesan la espesura y se clavan profundos y negros sobre mí, son los mismos ojos que ya había visto antes, me intentan decir algo, me imploran, empero no logro recordar qué. De pronto, sus negros ojos empiezan a clarear y paulatinamente se van coloreando de un amarillo cada vez más intenso, tanto que me deslumbran haciendo que tenga que desviar mi mirada de ellos. Cuando vuelvo a mirarlos permanecen completamente en blanco, vacíos y vuelven a desaparecer tras el denso y blanco humo junto al resto de su silueta.

Silencio.

Abro lo ojos. Ya no la veo. Pero su recuerdo permanece en mí y abandona mi mente para instalarse férreo en mi corazón. Recuerdo a la mujer, mas no sé de cuándo ni por qué, recuerdo que la he amado, que aún sigo amándola. Recuerdo sus profundos ojos negros, y aunque sigo sin poder verla, su etérea silueta deja en mi corazón una desazón y una pena que me producen unas intensas ganas de llorar.

Permanezco en aquella ignominiosa habitación, rodeado de libros carmesíes, pero ahora empiezo a sentirme más vacío que temeroso, más triste que colérico, más taciturno que desesperado. Las lágrimas empapan

mi rostro y anegan mi alma y, por primera vez desde que puedo recordar, desde que desperté aquí, me siento realmente solo. Una soledad como jamás recuerdo haber experimentado, una soledad más espiritual que física. Siento como si mi corazón supiese que en algún momento que no consigo recordar, le extrajeron una parte para dejarlo por siempre incompleto y solo.

*Elige un libro...*

La voz que me habla desde mi cabeza y que no soy yo me tranquiliza, aunque no es capaz de borrar de mí el pesar que me corroe por dentro ni secar la lágrimas que resbalan por mis mejillas.

*Elige un libro...*

Con la mirada perdida en el infinito más allá de los libros carmesíes, doy un par de pasos, extendiendo mi brazo y tomo un libro entre mis manos. 304. Sin mirarlo lo abro y sin leerlo lo leo.

*Un tintineo de finas gotas me nubla la vista...*

## Capítulo 28

304 - SENDERO

Un tintineo de finas gotas me nubla la vista, se detienen frente a mí sin tocarme y cuando su número es tan infinito que apenas puedo distinguir nada, desaparecen dibujando curvas perfectas para, al instante, volver a nublar mi visión. En ese sucinto instante de virginal nitidez, puedo contemplar los plateados rayos de una luna llena que flota majestuosa sobre el horizonte. Su nacarada luz abre frente a mí un sinuoso sendero esculpido sobre una montaña sembrada de sauces, abetos y robles que en algunos tramos se entrelazan formando lóbregos túneles donde la luna, al intentar atravesarlos, dibuja sobre el asfalto siluetas diabólicas.

Dos potentes focos de azulada luz acompañan mi deambular y danzan irreductibles trazando a la perfección la silueta del camino. De fondo, tenues acordes de melódicas canciones me envuelven y, a veces, silencian con su melancolía el incesante repicar de lluvia que me rodea.

Y entonces el sendero, los árboles, la montaña y la noche se difuminan sobre el cristal que me separa de ellos para, de nuevo, aparecer ondulantes con un vaivén simétrico...

Conduzco por la noche infinita sobre el camino más zigzagueante en la montaña más perdida que puedo imaginar.

Sobre la linde, entre la majestuosa arboleda de tétricas formas, creo ver por momentos siluetas de seres antropomorfos que parecen esconderse al resguardo de los árboles y la complicidad de una oscura noche. Creo que me miran, sus ojos brillan intensos cual rubíes ocultos en la negrura, vigilan mi camino y alguno incluso diría que me señala con garras peludas. A veces, entre serpenteantes curvas, la arboleda se entrecorta por la presencia de inmensas piedras que algún día cayeron de la cima de aquella inhóspita montaña, piedras de afiladas puntas que intentan frenar mi ascenso.

Desde el interior de mi coche trazo las curvas a una velocidad vertiginosa, espoleo el motor que brama furioso y los neumáticos emiten agudas protestas... creo que escapo de algo, empero no recuerdo de qué... ni siquiera recuerdo hacia dónde me dirijo... el intenso viento que agita feroz la fina e incesante lluvia me golpea de costado haciendo que tenga que sujetar fuertemente el volante.

De repente, un cúmulo de densas y endrinas nubes se forma en el cielo más allá del horizonte y en apenas un instante sitian y engullen a la luna.

La noche se torna entonces profunda e intensamente negra como nunca recuerdo haber visto. Las siluetas desaparecen entre la arboleda atemorizadas. La triste canción que emana de la radio se ve interrumpida por interferencias, acoples y ruido hasta que, de pronto, se apaga.

Silencio.

Tras la siguiente curva, sin previo aviso, el coche se detiene bruscamente en mitad del sendero. Todos los dispositivos de seguridad se han activado automáticamente y han parado el coche. Me percaté de que el viento ha dejado de soplar. Acelero, mas el coche no se mueve. Confundido, compruebo todos los botones y pantallas del salpicadero y el cuadro de mandos intentando adivinar qué ha sucedido y, súbitamente, mi corazón se hiela, mi piel se eriza hasta doler y mi alma se ahoga exhalando un quejido amargo. La visión infrarroja del asistente a la conducción está activada y en la pantalla del cuadro de mandos, en mitad del camino, aparece la silueta de una mujer!

Alzo despacio la vista con un miedo que no recuerdo haber sentido nunca y frente al coche, iluminado el sendero por los potentes faros, no veo a nadie, sólo lluvia que no para de caer e intensa negrura. Sin embargo, la silueta de una mujer se sigue dibujando sobre la pantalla y el coche, tras detectar su presencia, se ha detenido y no me permite continuar.

La silueta que se dibuja en la pantalla tiene el pelo largo que es mecido por el viento que parece que sólo baila a su alrededor, su vestido danza suave a su son. Mas lo que más pánico me produce es que la silueta parece estar flotando sobre el asfalto y su rostro, pálido, cadavérico, de extremadamente marcados ángulos, no tiene ojos, sólo vacías cuencas que evocan en mí la misma muerte.

Permanece allí, quieta, observándome. Empero no hay nadie frente al coche sobre el asfalto.

Intento acelerar de nuevo, pero el coche sigue sin responder; las señales de aviso permanecen encendidas en un rojo parpadeante marcando el ritmo trepidante al que ahora mi corazón no para de bombear sangre.

Bajo mi mirada hacia la pantalla y allí permanece, desafiante, flotando quieta.

Entonces, de repente, la silueta empieza a moverse. Se desplaza levitando muy lentamente en mi dirección. Alzo la vista... ¡no hay nadie!

Rodea el coche y puedo oír cómo su vestido acaricia la fría y mojada chapa.

La silueta prosigue su parsimonioso y terrorífico deambular hasta que desaparece por el lateral de la pantalla saliendo del campo de visión de la cámara.

Silencio.

Me aferro con virulencia al volante dejando por un instante mis manos blancas sin circulación y centro mi mirada al frente. El pavor me impide girarme hacia la ventanilla lateral. Sé que no hay nadie fuera, y aún así, no me atrevo a mirar. Hago acopio de las pocas fuerzas que aun no han huido despavoridas presas del pánico y me giro lentamente.

Silencio.

Terror.

Mi respiración se vuelve intranquila, noto mis pulmones aprisionados de angustia y siento mis pupilas abiertas hasta el punto de ser hirientes. Allí fuera, bajo la lluvia y la negrura de la densa noche, no hay nadie, sin embargo, en el cristal, la silueta de unos labios carnosos de mujer se dibuja en cada bocanada de vaho. De repente, cortando el silencio que reina dentro de la oscura noche, empiezo a escuchar un leve repiqueteo sobre el cristal, sigue un compás fijo al mismo ritmo que el vaho dibuja unos labios sobre el cristal, como si alguien estuviera llamando con las uñas desde fuera. Suenan como si tambores lejanos convocaran en la noche al mismísimo Hades. Se hacen cada vez más intensos y su tempo se acelera haciendo agonizar mi corazón con cada repique hasta que, inesperadamente, cesan tras un último espantoso golpeteo sobre el cristal. Por un instante, y junto a la silueta de unos labios, el vaho dibuja una mano de mujer de largas uñas y puedo distinguir un curioso anillo que adorna su dedo anular.

Entonces, el vaho desaparece. Silencio.

Torno mi vista al frente y dejo caer mi cabeza apoyándola sobre el volante. Respiro, sólo puedo respirar petrificado. Lágrimas de pánico brotan del fondo de mi alma. Repentinamente, rompiendo virulentamente el silencio absoluto que me rodea, un intenso pitido estalla profuso en el interior del coche punzando mi corazón. Creo que por un instante se me detiene. El sensor de aparcamiento trasero grita delirante indicándome que hay algo justo atrás. Alzo levemente, casi de reojo, la mirada al retrovisor y, de nuevo, no hay nadie. Tras unos segundos, eternas vidas para mí, el sensor se apaga y de nuevo reina el silencio en el habitáculo.

En el cielo, las nubes se disipan sobre el horizonte con la misma siniestra espontaneidad con la que aparecieron.

La luna vuelve a refulgir regando de plata los árboles y alisando con nácar las afiladas moles de piedra.

El viento vuelve a arrojar las finas gotas contra mi parabrisas y de nuevo canciones tristes y evocadoras resuenan en la radio.

Respiro profundo, acelero esperanzado y, por fin, el coche se mueve continuando mi camino, escapando de algo que no recuerdo, para poder llegar a un lugar que no recuerdo.

## Capítulo 29

Una extraña sensación me confunde, pareciera como si acabara de despertar confundido en aquella habitación y es como si viese por primera vez los libros carmesíes.

El corazón sigue doliéndome dentro de un pecho que no sé si aguantará mucho más tiempo sin resquebrajarse. Miro de nuevo mi mano y, como siempre, ningún libro hay entre sus dedos, sin embargo, una visión me hiela la sangre despertando súbitamente mi adormilado cerebro. En el dedo anular de mi mano derecha dos finas ramas de pura plata se entrecruzan dibujando un infinito anillo. Antes no estaba, juraría que nunca antes, desde que desperté en esta miserable habitación, lo había visto.

Súbitos flashes de rápidas imágenes me golpean el cerebro y ahogan mi alma. Recuerdo una mano de mujer con largas y rojas uñas pintadas con esmero; recuerdo unos labios carnosos, su sabor, cada uno de sus pliegues, recuerdo haberlos besado. Recuerdo un anillo, exactamente igual que el anillo que ahora adorna mi mano, igual que el del relato, recuerdo, incluso, arrodillarme y colocar ese anillo sobre el dedo anular de la más hermosa mujer que jamás haya conocido; recuerdo su boca sonriente dibujando en el aire un "Sí, quiero".

Todas esas imágenes me agujonean el alma, me sacuden virulentamente el cerebro y sacuden mi maltrecho corazón provocando que se detenga. Caigo al suelo frío e inerte.

Silencio.

Oscuridad.

*Elige un libro...*

De nuevo la voz que me habla desde mí pero que no soy yo, me despierta. Mi corazón ha vuelto a latir, aunque aún lo hace despacio y ciertamente renqueante. Siento mi cabeza pesada, muy pesada, como si hubiera llevado eones intentando recuperar de lo más recóndito de su universo un recuerdo, su recuerdo. Y ahora, por fin, lo había logrado.

Te recuerdo, al fin.

Y, aunque sigo sin poder recordar tu cuerpo, sólo tus profundos ojos negros y tus labios carnosos, te recuerdo. Y, lo más importante, al fin sé de qué te recuerdo. ¡Mi mujer!

Permanezco mirando ensimismado el anillo de mi mano. Mi mujer. Te recuerdo perfecta y cariñosa, recuerdo con deleite el tacto de tu piel, recuerdo tu gesto de sonrisa cada vez que me ves, pero cada vez que mi recuerdo intenta ascender hasta tu rostro, una densa nube de humo blanco lo oculta y en su espesor una profunda pena se apodera de mí. ¿Cómo he podido olvidar el rostro de mi mujer? La recuerdo, pero no sé dónde está ni qué ha sido de ella.

*Elige un libro...*

La voz de mi cabeza no logra esta vez apaciguar mi angustia y lágrimas brotan de mi ojos profusas. La más profunda tristeza paraliza todo mi cuerpo sobre un rincón, no puedo moverme, no quiero moverme hasta que la vea. Tengo tantas cosas que contarte, tantas cosas que quiero preguntarte.

*Elige un libro...*

Taciturno e infinitamente afligido, te obedezco. 88. Lo abro y la tinta de su primera página empieza a diluirse entre mis lágrimas de amargura.

*Sepulcral silencio el que me rodea...*

## Capítulo 30

88 - ETERNA

Sepulcral silencio el que me rodea en esta tarde de otoño, impregnado mi cuarto de una espesa quietud que acaricia con sus tenues dedos la soledad. Una luz vaga y débil sólo deja visible la mesa de roble, repleta de libros y polvo, que gobierna la habitación. Del resto del cuarto sólo es apreciable la profunda oscuridad y el sentimiento de melancolía que emana de sus paredes y como banda sonora de aquella lúgubre estancia, notas de tristes contrabajos riegan con su pausado y mohíno tempo toda la penumbra. En una de sus esquinas, débilmente besada por un haz de luz, puedo distinguir una vieja y rota silla que proyecta una sombra abstracta, como un reloj quieto en la pared que pasa sin marcar las horas. Sobre la silla, la silueta apenas visible de una mujer, de la más dulce y hermosa mujer que jamás recuerdo haber visto.

Pelo largo, castaño, casi dorado, que posa sutilmente sobre sus hombros y resbala lenta y dulcemente por su espalda acariciándola. Piel suave, acaramelada, delicadamente pulida. Labios rojos y carnosos que dibujan en su cara una inmortal sonrisa. Profundos ojos negros que resaltan de entre la oscuridad clavan su mirada en mí.

- ¿Quién eres? -pregunto-.

Pero la sombra no responde.

- ¿Quién eres? -vuelvo a preguntar algo confuso y asustado por esa muda silueta que postrada frente a mí me clava su mirada penetrante e impertérrita-.

Silencio.

Puedo escuchar el latir apresurado de su corazón, su respiración rasgando levemente el silencio... o tal vez son el sonido de mi corazón y mi acelerada respiración los que retumban en mi cabeza.

A lo lejos, un reloj marca majestuoso la hora en punto. La débil luz que gobierna la habitación parpadea repetidas veces y el contrabajo gime una lúgubre nota que mantiene pulsada en el tiempo y el espacio. Un aire frío recorre la habitación erizándome la nuca y helando mi cuerpo, un profundo deseo cubre mi alma de ansiedad nublando los sentidos.

- ¿Eres... tú? -me atrevo a preguntar de nuevo entre balbuceos-.

Silencio.

Penumbra.

La débil luz se apaga por completo y el contrabajo se detiene muriendo sus notas entre estas melancólicas paredes.

Oscuridad.

Extiendo mi mano hacia ella, pero allí no hay nadie; sólo una vieja y rota silla.

## Capítulo 31

Libros otra vez. Me rodean, me aprisionan. Y de nuevo el hueco antes vacío del libro que acabo de leer permanece ocupado.

Me despierto en esta pútrida habitación, rodeado de libros carmesíes y, tal y como me recuerdo antes de coger el último libro, permanezco acurrucado en una esquina llorando. Mi alma no puede parar de llorar, empero un profundo sentimiento de alegría me invade momentáneamente, no recuerdo haber sentido algo semejante desde que me desperté aquí, y en su aparición, relaja mi alma y es capaz de curar mi maltratado corazón.

Por un momento, siento que las lágrimas que brotan de mis ojos ya no las motiva el pesar o la pena, obedecen ahora a la alegría que me embarga, son lágrimas de felicidad porque te recuerdo plena.

Tu rostro, ¡al fin logro recordar tu rostro! Tus labios carnosos y tus profundos ojos negros, ahora se dibujan nítidos sobre un lienzo suave y delicado, de una tonalidad acaramelada y sobre él también se esbozan una nariz pequeña, aunque de proporciones exactas y algo afilada, unos pómulos prominentes y un pequeño e irregular lunar en tu mejilla izquierda, como si el pintor hubiera tropezado manchándote con el pincel negro mientras te creaba. Una cabellera larga, castaña, casi dorada emerge sobre tus hombros dispersando en su grácil vaivén los restos del blanco humo que antes te ocultaban de mí. En tu frente se dibujan ya algunas arrugas pintadas con fino pincel y soy capaz de recordarme tumbado junto a ti leyendo con la yema de mis dedos sobre ellas.

Recuerdo con perfecta nitidez cuánto te quiero y cuánto te echo de menos.

Ya sé quién eres, mi mujer, y sé cómo eres, dulcemente perfecta. Sin embargo, pronto empiezo a notar cómo la alegría me va abandonando poco a poco, se va disipando entre la tristeza que vuelve a envolverlo todo. Un sentimiento destierra de mí la felicidad de haberte recordado, es un sentimiento fuerte que se aferra virulento cada vez más a mi corazón alejándolo de la paz que tanto anhelo, volviéndolo, de nuevo, débil y ahora deshecho.

Siento que la he perdido y, ahora que al fin puedo recordarla plena, por alguna extraña razón, siento que la he vuelto a perder, siento que ya no está conmigo. Mi cerebro da vueltas alocado porque no entiende cómo es posible recordarla perfectamente, no recordar mi rostro ni mi voz y sentir que la he perdido para siempre. Desesperado y con la vana ilusión de que, esté donde esté, pueda oír mi voz, le grito enérgico. ¿Dónde estás? ¿Por

qué no estás aquí conmigo?

El eco de mis gritos sobre los libros carmesíes devuelve a mi cabeza una respuesta, parece corta y concisa, aunque no consigo entender lo que me dice, así que vuelvo a gritar, está vez a todo lo que mis secos pulmones me permiten.

*Elige un libro...*

Los libros carmesíes me hablan de nuevo como una voz dentro de mi cabeza que no es la mía, me instan, aunque no quiero coger más libros, no quiero ser más personajes, no quiero vivir más espantosas historias, ni morir, ni temer, ni padecer más. Ahora que te recuerdo lo demás no importa, ni siquiera quiero saber la verdad de esta habitación, ni el por qué no te siento ya conmigo, sólo quiero quedarme aquí, acurrucado, regocijándome en tu cuerpo y en tu rostro, llorando profuso porque siento que ya no estás conmigo y sé que, cuando algún día logre salir de esta aprisionante habitación, no estarás esperándome más allá de sus libros carmesíes.

*Elige un libro...*

Cojo un libro. 1408. Me quedo mirando su dorado relieve y lo acaricio como si fuera el rostro que acabo de recordar. Lo abrazo fuerte sobre mi tiritante pecho. Lo abro.

*Es una tarde de otoño...*

## Capítulo 32

1408 - TARDE DE OTOÑO

Es una tarde de otoño; una de esas tardes grises, casi negras, y frías; de lluvia golpeando el cristal y hojas meciéndose con el viento. Una de esas tardes en las que prefieres quedarte en casa, junto al fuego, escuchando algo de música, leyendo un buen libro... nada más.

Pues así me encuentro yo, en mi majestuoso sofá, acurrucado junto al fuego, envueltas las piernas en una gruesa manta, pues el frío es terrible, con un libro en la mano cuyo título ni siquiera recuerdo, aunque cada par de líneas leídas conllevaba cinco minutos de mirar a través del cristal de la ventana el gris que tanto me gusta, cuando, de pronto, escucho un ruido.

Se asemeja al susurrante violín que inunda de fondo la habitación con sus notas lentas y evocadoras, mas no hay armonía en este ruido, empero su tempo, casi calcado al de la pieza de violín, embriaga mi alma y oprime con tristeza mi corazón.

De repente, como acompañando al extraño ruido, las llamas de la chimenea comienzan a dibujar sobre las paredes siluetas tenebrosas de seres siniestros, siluetas que danzan con espeluznantes movimientos al son de aquel extraño ruido, aparecen y desaparecen a su son, me rodean, me acosan.

¡Aquel ruido!

Un quejido amargo, ciertamente agudo y lento, como un sollozo en mitad de la gris tormenta, llega a mis oídos.

Mi primera reacción es aferrarme fuertemente a la manta que cubre mis piernas y subirla hasta taparme por completo. Comienzo a notar cómo el temblor de frío se extiende por todo mi cuerpo llevando con él la esencia del más profundo miedo. Cierro fuertemente los ojos y por un momento, bajo la gruesa manta, me siento a salvo, como si un impenetrable escudo me protegiera. Bajo aquella manta el miedo se camufla tras el más intenso silencio. Ningún extraño ruido, ninguna pérfida imagen logra traspasarla.

El violín deja de sonar y en el silencio comienzo a pensar que todo ha sido producto de mi fácilmente impresionable imaginación, que, llevado por el ambiente tétrico de la tarde, por las intensas llamas de fulgente naranja de la chimenea, y por el triste y melancólico violín, mi cerebro ha

imaginado inexistentes ruidos y los ha aderezado, inconsciente, con sombrías y danzarinas siluetas.

Mas de pronto, cortando el silencio que me protege tras la manta, el sonido de un suave llanto, apenas perceptible, pero lo suficiente para helarme la sangre, posee mis oídos.

Ahora es claro y perfectamente distinguible; un leve sollozo, impregnado de la más infinita tristeza, copa tenue toda la habitación; sin embargo, estoy seguro de que nadie más está en la casa conmigo.

Con un temor indescriptible bajo poco a poco la manta, con movimientos tan parsimoniosos que podría jurarse que pasa casi una hora hasta dejar a la vista los ojos.

El fuego casi se ha extinguido y sus ascuas no iluminan de sombras las paredes. Sólo lúgubre llanto.

Entonces, un rayo truena a lo lejos y su luz ilumina fugazmente la habitación. En su breve resplandor puedo distinguir una figura al fondo, en el rincón más alejado de la habitación. Casi grito de pavor al verla. ¡Hay alguien en el rincón más alejado de la habitación sollozando amargamente!

Esa instantánea visión me deja completamente petrificado, cierro los ojos dolorosamente, el miedo tensa mis músculos y agarro tan fuertemente la manta que por un momento creo que yo mismo voy a estrangularme con ella.

Intento decir algo, hacer algo, pero el intenso pavor me impide reaccionar.

Por fin, un leve aliento surge de mi garganta.

-¿Quién eres?- pregunto envuelto en la manta desde el sofá.

Ninguna respuesta, sólo sollozo.

Haciendo acopio de fuerzas me levanto. Puedo atisbarla allá en el rincón y su imagen ciertamente evocadora acompañada de aquel llanto amargo, disipa por un instante el miedo dejando paso a una extraña sensación de tristeza y pena, me empieza a embargar una misteriosa inquietud y la cada vez más intensa necesidad de consolar a aquella figura.

¡Su sollozo es tan triste!

Finalmente me atrevo, me acerco muy despacio, a pasos cortos, creo que nunca he percibido mi salón tan inmenso como en aquellos instantes,

hasta que estoy junto a ella.

Una mujer desnuda y tiritando se acurruca sobre aquel apartado rincón. ¡Qué hermosa mujer! De pelo castaño, casi dorado y largo hasta su cintura que le cubre su perfecto torso, de piel muy ligeramente tostada. Tiene la cabeza entre los brazos completamente hundida entre el pecho y las rodillas. Un llanto triste y embriagador surge de aquella hermosa mujer. Permanezco un tiempo, no sé precisar cuánto, allí de pie, observándola, deleitándome con aquel ángel.

¿Quién es?, no lo sé; ¿de dónde ha surgido?, me es totalmente desconocido; mas ninguna de esas dudas me atormenta, pues su sola presencia me sirve de bálsamo. Allí está, toda hermosa, dulce e inocente, lo demás no me importa.

Entonces, alza levemente la cabeza, lo suficiente para que sus ojos se claven intensos y profundos sobre los míos. Unos preciosos ojos de negro ébano, empapados de cristalinas lágrimas, se cuelan por cada poro de mi piel penetrando hasta lo más recóndito de mi corazón; al instante sé que mi alma le pertenecerá para siempre, incluso, algo confuso, siento que mi alma le ha pertenecido desde siempre.

Por unos instantes nuestras miradas permanecen unidas, casi puedo adivinarle una leve mueca de agradable sorpresa en su rostro, como si me hubiera reconocido, por un instante casi deja de sollozar. Entonces, de nuevo, esconde su cabeza entre sus brazos y llora.

¡Es tan hermosa, tan dulce y delicada!

No puedo más que arrodillarme y acurrucarme junto a ella, la tapo con mi manta, la acaricio con exquisita dulzura y la tengo entre mis brazos.

Su amargo sollozar golpea mi alma, alma que ahora es suya, martilleando triste mis sentidos. Mi corazón late al son de su amargura y mi respiración se entrecorta al ritmo que sus tenues quejidos marcan.

Mis dedos recorren tímidos su espalda memorizando cada resquicio de su suave piel intentando consolarla. Su aroma embriaga todo mi ser.

Permanezco así, acurrucado junto a ella, abrazándola, acariciándola, no sé cuánto tiempo, en todo caso demasiado poco para mí, hasta que, de pronto, deja de sollozar.

Silencio.

- ¿Por qué lloras? -pregunto al fin rompiendo la calma.

Mas ella no responde. Por un instante creo que volverá a sollozar.

Silencio.

- Porque ya no tengo alma -contesta de pronto sin levantar la cabeza.

Su voz, suave, dulce, susurrante, con matices de delicada melancolía; conozco esa voz...

- Se ha ido para siempre -añade-.

Mi mente arde frenética intentando averiguar en qué recóndito lugar almaceno el recuerdo de esa voz.

Entonces, ella levanta la cabeza y por segunda vez me mira.

Con un movimiento algo torpe retiro el sedoso pelo castaño de su rostro y puedo contemplar sus infinitamente tristes ojos y su tez angelical. ¡Es tan hermosa!

- ¿Acaso existe razón mayor para llorar amargamente que el haber perdido el alma? - me pregunta.

- Pero sí que poseerás un alma -le respondo algo confuso.

Por un momento, creo que esta vez seré yo quien va a empezar a llorar de tristeza.

- Mi alma me ha abandonado por siempre dejándome aquí sola -responde con una voz tan dulcemente sosegada y triste.

De repente, sus manos, casi a ciegas, comienzan a escrutar el aire hasta que, por fin, encuentran mi rostro. Cierro los ojos mientras me acaricia dulcemente dejando su esencia en cada rescoldo de mi ser y es en este preciso instante, al sentir su roce, al olerla, al tener mi rostro entre sus delicadas manos, cuando al fin la recuerdo. Imágenes que creía olvidadas vienen a mi mente, en ellas me veo a mí abstraído; la veo a ella junto a mí gritándome asustada; veo cómo dos potentes focos amarillos nos embisten; veo oscuridad; veo sangre, dolor; veo cómo la llamo y no responde y, en mi última imagen, puedo ver cómo su alma le abandona...

- ¡Eres tú!... Te creía ya tan lejos, empero ¡eres tú!... -alcanzo a decirle con voz entrecortada.

- No llores, porque ya no estás sola, pues yo te cedo mi alma que siempre ha sido tuya -le suplico-.

Silencio.

Entonces, de nuevo un estruendoso rayo ruge a lo lejos y su intensa luz llena por completo la habitación y puedo verla en todo su esplendor. Su rostro perfectamente iluminado me mira complaciente y sonriente, ¡cuán hermosa eres! Entonces, la oscuridad.

De nuevo un armonioso, bello y melancólico violín comienza a sonar embriagador de fondo, de nuevo el fuego comienza a crepitar y de nuevo siluetas danzarinas comienzan a dibujarse sobre las paredes de la habitación.

- No has de temer, pues yo te protegeré por siempre- le digo mientras miro el movimiento caótico de las llamas reflejadas sobre la pared.

- Lo sé, siempre lo he sabido- me susurra dulcemente al oído.

Me giro para mirarla, para admirarla, pero allí ya no está; ¡no hay nadie!... siento que ahora sí se ha ido para siempre...

Me acurruco sobre el rincón y lloro, sólo puedo llorar...

- ¿Quién eres?- me pregunta alguien en una manta envuelto desde el sofá al otro extremo de la habitación....

## Capítulo 33

Tenues gotas de cristalinas lágrimas acarician mi rostro sanando en su lento y dulce recorrido mi alma angustiada. Se llevan consigo mi dolor y purifican mi espíritu. Acercó mis manos para secar mi rostro. Permanezco un instante con la cara tapada bajo el manto de mis manos, respirando profundas bocanadas de fresco aire. Abro los ojos y a ellos sólo llega la rojiza oscuridad, casi anaranjada negrura, que atraviesa mis manos, nada más. Empero en los finos resquicios que quedan entre mis dedos puedo atisbar que un fulgente blanco me rodea. Vuelvo a cerrarlos y arrastro mis manos una y otra vez por todo mi rostro. Finalmente, y aún húmedas, las retiro. Un aire fresco y puro enfría mi lacrimoso rostro. Abro los ojos de nuevo.

Una tonalidad clara, suave, blanquecina y ciertamente agradable y acogedora me rodea.

Permanezco sentado, acurrucado en un extremo de esta misma habitación, rodeado de estos mismos libros que me han acompañado desde que podía recordar. Desde que podía recordar, pienso. Y entonces me percato de algo, mis recuerdos ya no se remontan a un frío suelo sobre el que permanezco tumbado sin remedio, retroceden aún más en el tiempo. Recuerdo una vida, imi vida! Me recuerdo feliz, con un buen trabajo, un buen coche, en una acogedora casa, junto a mi querida esposa, mas de pronto, una tristeza infinita se apodera de mí, hace que mi corazón lata más lento, pausa en demasía mi respiración y hace caer mi mirada al marmóreo suelo.

Recuerdo a mi mujer. Recuerdo su muerte. Recuerdo el accidente.

Los trozos de imágenes que he ido acumulando desde que desperté sobre este frío suelo, los dos focos de fulgente luz, unos profundos ojos negros, una mujer, el blanco humo que todo lo envolvía, todas esas imágenes ahora, tras este último libro, se han engranado cada una en su adecuado lugar en el tiempo y se han reubicado en su exacto espacio en mi memoria creando una película de recuerdos.

Una profunda pena me paraliza. El más profundo desconsuelo que sólo quien ha perdido a un ser querido puede comprender, me ahoga el alma. Ella que intentó salvarme del monstruo en el laberinto, ella que intentó liberarme de la tortura de las voces, ella a quien tanto amé sobre una vieja y rota silla, ella por quien cambié mi alma... ahora sé que está muerta. Recuerdo perfectamente cómo un coche embiste el nuestro y la veo morir. Después de ese recuerdo nada, sólo el despertar sobre un frío suelo, en esta prisión, rodeado de libros carmesíes.

Un llanto y un grito amargo resurgen de mis adentros...

Después de un tiempo, llevo mucho rato llorando, mas soy incapaz de calcular cuánto, puesto que en esta maldita habitación parece como si el tiempo y el espacio se hubieran fundido deteniéndose ambos a la vez, vuelvo a escrutar mi alrededor.

Tras el acuoso prisma de mis profusas lágrimas todo sigue igual. La luz, el aire, la blancura y los libros siguen ahí, observándome, esperando algo, pero ¿qué? Ya sé quién soy y, aunque sigo sin poder recordar mi rostro, ya recuerdo mi vida y ya sé qué es lo que me turbaba. Entonces, ¿por qué no puedo salir? Intento pensar con claridad antes de que la angustia y el miedo nublen mi mente, pero todo siempre vuelve al principio, a la primera pregunta que me hice al despertar: ¿dónde estoy?

Se me ocurre una idea, extraña, pero nada disparatada comparada con todo lo que he experimentado últimamente. Quizás la clave esté en mi mujer, en su recuerdo. Tomo una bocanada profunda de aire y grito con todas mis fuerzas su nombre. Cada una de sus letras, de sus sílabas, embelesa mis oídos cual dulce canto de sirena, empero nada sucede, sólo silencio.

*Elige un libro...*

De nuevo esa voz hablándome desde mi cabeza. Esa voz que creía ya extinta.

*Elige un libro...*

Decido finalmente avanzar hacia los libros, hacia ese manto carmesí que me rodea cubriendo mi alma. Doy varios pasos, me detengo, extendiendo mi brazo y tomo uno de ellos, hace tiempo que ya ni siquiera me detengo a pensar un número, ahora ya ni siquiera me preocupa qué me pueda suceder en este nuevo relato, es más, por un instante, incluso deseo morir al fin en este libro. Lo abro.

Nada.

La primera página está en blanco, nada escrito sobre ella. Me resulta demasiado extraño. Sigo pasando páginas, cada vez más rápido, cada vez más angustiada, y nada encuentro en ellas, están todas vacías, en blanco. Un miedo inenarrable se adueña de mí. Cientos de pensamientos sin formas ni sentido se pelean ferozmente dentro de mi cabeza, jamás podré salir, gritan en su infatigable batalla. El espanto más absoluto, el terror más irrefrenable paralizan mi cuerpo. Intento parpadear, mas lo tenso de mis músculos me lo impide y mis ojos comienzan a secarse entre

hilos de sangre. Intento tragar saliva, pero mi garganta se ha transformado en un angosto pozo seco y vacío.

En un último arrebató de cordura arrojo el libro ferozmente contra el suelo y cierro los ojos.

Espero.

Vuelvo a abrirlos despacio, con un profundo temor ante aquello que puedo encontrarme.

Todo sigue igual.

*Elige un libro...*

El libro continúa muerto en el suelo y el hueco de éste permanece vacío en la pared. Estoy aturdido. Rápídamente tomo el libro siguiente al hueco. Permanezco un instante con él entre mis manos mirándolo sin hacer nada, examinándolo. Nada en él ha cambiado. Lo abro. De nuevo sus páginas se aparecen frente a mis ojos vacuas.

Nervioso arrojo el libro hacia atrás por encima de mi hombro y vuelvo a coger otro, el de al lado, también en blanco. La locura se apodera de todo mi ser; mi alma, mi espíritu, mi cuerpo, todos ellos se funden en un solo ente loco, enfermizo, de mirada perversa y furiosa.

*Elige un libro...*

¡Cállate, sal de mi cabeza, no quiero volver a oírte!, grito colérico a la voz que me habla desde mí mientras me doy golpes en la cabeza y me tiro rabiosamente de los pelos.

Comienzo a coger todos los libros de alrededor, ¡todos están en blanco!, los tiro, les arranco sus páginas, los maldigo, los pisoteo, les escupo... hasta que finalmente tropiezo y caigo al suelo. Entonces, la locura cede paso a la aflicción y vuelven a brotar lágrimas de mis ojos, pues sé que jamás saldré de esta maldita habitación. Sentado en el suelo, rodeado de libros y trozos de páginas en blanco.

Permanezco así un tiempo sin pensar en nada, sin hacer nada, en cierto modo esperando a que la voz me hable, pero parece que por fin se ha callado. Sigo esperando a que desde mi cabeza una voz me inste a coger un libro, pero sólo escucho el silencio apenas roto por el retumbe interior de los latidos descompasados de mi corazón.

Sí, parece que al fin se ha ido.

Entonces, levanto de nuevo mi mirada, pero esta vez algo atrae poderosamente mi atención. Las pupilas se abren engullendo por completo el iris. Allí, en la pared, justo en el hueco que ocupaban todos los libros que he tirado, puedo ver una extraña imagen. En un principio me parecen los mismos libros que he arrojado al suelo, sin embargo, palpando con mis manos puedo tocar todos ellos, continúan esparcidos por todo el mármol. Pero parecen libros, aunque extraños, y aunque una incipiente y blanca luz surge de ellos.

Me arrastro por el suelo a gatas, esquivando como puedo los libros, hasta que llego a la pared. Me incorporo lentamente con temblorosas piernas hasta que, justo de pie, a la exacta altura de mis ojos, sobre la estantería puedo ver el hueco dejado por los libros. No están. En su lugar puedo ver algo, un objeto que se ocultaba tras ellos y que antes no estaba. Sé que no estaba.

Introduzco mi cabeza en el hueco de la estantería para poder verlo. ¡Hay algo dentro del objeto! Se me acerca a la misma velocidad que yo me acerco a él. Es un rostro, una cara. ¡Alguien se me acerca!

Lo tengo justo en frente.

¡Es un espejo!

¡Me veo!

¡Por primera vez puedo ver mi rostro!

*¡SOY YO!...*

## Capítulo 34

*Hola...*

De nuevo esa voz. Ha vuelto. Me habla, pero ahora... ahora no emana de dentro de mi cabeza.

Siento una enorme pesadez sobre todo mi cuerpo, mas noto mi mente preclara como hace mucho que no estaba. Por un instante declino abrir los ojos, puesto que lo que he empezado a sentir me invade de alegría.

¡Recuerdos!

Un torrente fresco, vigorizante, de joviales y danzantes recuerdos golpea frenético cada rincón de mi cerebro. Cada uno se coloca en su sitio, en su tiempo, se entrelazan para contar historias, mi historia. De pronto, tras unos segundos, un último recuerdo se sitúa, y una intensa luz, un potente fognazo, me trae de nuevo al mundo en un instantáneo y agitado despertar.

*Hola...*

De nuevo esa voz, pero ahora la reconozco, reconozco su tono, su pausada melodía.

Abro los ojos y lo primero que a ellos llega es una estantería de libros. Por un instante mis miedos acechan, amenazan con surgir de nuevo a atemorizarme desde lo más profundo de mi mente donde los he enterrado para siempre. Intentan volverme loco. Sin embargo, reconozco esta estantería, y siento cómo una leve sonrisa se comienza a dibujar triunfante en mis labios.

Libros carmesíes.

Libros carmesíes, libros negros, libros blancos, todos de distinto grosor y tamaño. Una estantería repleta de libros, que no cubre toda la pared, se posa frente a mí. A su lado, una enorme planta llega más allá de la estantería hasta rozar levemente con sus hojas el techo. Estoy tumbado sobre un acogedor diván de cuero marrón. Entonces, instintivamente, me giro hacia mi derecha.

*Hola, me dice la voz.*

Hola, le respondo complaciente.

Allí, sentada junto a mí, tal y como la recuerdo, con las piernas firmemente cruzadas casi hasta formar un nudo, con su libreta de notas

de hojas amarillas sobre sus tersos muslos y con el pelo negro recogido en una extensa cola, la voz me mira. Me sonrío.

- Hola, me alegra tenerte de vuelta –dice mientras posa su mano sobre mi hombro-.

- Hola doctora –respondo-. Y a mí estar de vuelta.

Siento un profundo alivio en lo más hondo de mi ser, la sensación de haber estado perdido, acorralado, sin esperanza y lleno de miedos, preso y haber recobrado la libertad. La sensación de volver a la vida tras haber muerto.

Me incorporo permaneciendo sentado en el diván. Lo contemplo todo con detalle y parsimonia. La doctora me deja un tiempo para ello. Recuerdo su consulta, sus charlas, sus ojos. Recuerdo la institución psiquiátrica, mi ingreso, mi total reclusión. Recuerdo a mi mujer, mi pobre mujer.

Me quedo en silencio mirando mis manos.

- ¿Qué era aquella habitación, doctora? –pregunto al fin sin levantar la mirada de mis manos-.

- Era tu interior, tu psique.

- Entonces ¿estaba soñando?

- No. No era un sueño. Aquella habitación con aquellos libros era tu mente, tu subconsciente. Te sumergí en él para que encontraras las respuestas que estabas buscando.

Intento pensar en lo que me dice mientras mantengo la vista gacha, casi con timidez. Alzo la vista hacia sus ojos.

- Pero entonces, todos esos libros, todas esas historias, ¿están dentro de mí?, ¿son parte de mí?, porque no recuerdo haber vivido algo semejante –respondo algo confundido-.

-No. Es algo complicado de explicar, pero sencillo de entender.

>>Llegaste a nosotros con un profundo trastorno post-traumático tras la muerte de tu esposa. No pudiste hacer nada por salvarla. Te hacías responsable de dicha muerte y sentías que eras tú quien debía haber muerto en ese accidente. No hablabas, no reaccionabas ante ningún estímulo. Tu mente estaba totalmente bloqueada. Te comportabas como un vegetal, sin sentimientos, sin alma. Llevas aquí casi un año, y ninguna terapia funcionaba contigo, así que probamos algo nuevo, algo arriesgado,

un último desesperado experimento. Y ha funcionado.

>>Esas historias no son parte de ti, pero sí que las has creado tú. La habitación y los libros fueron creados por tu mente, era la recreación ficticia del rincón más recóndito de tu subconsciente, el último resquicio y la última oportunidad de volver a encontrarte contigo mismo. El lugar donde lo habías ocultado todo, a donde habías relegado tu ser y donde residía la llave para abrir tu bloqueo.

>>Todos los libros que cogiste estaban en realidad en blanco, fuiste tú quien iba escribiendo cada relato. Estabas perdido, no sabías quién eras y tu mente estaba nublada por las tinieblas. Por eso los relatos eran oscuros, hablaban de muerte, de fantasmas, de angustias, de miedos... hasta que empezó a aparecer la figura de tu difunta esposa, aunque no la reconocieras como tal, pero sabías que la recordabas. Y, entonces, su sola evocación hizo que algunos de esos relatos empezaran a mostrar ciertos detalles dulces, idílicos, hermosos y esperanzadores. Tu mente intentaba recordar a través de esos relatos. Y fue en aquel momento, en el último de ellos, cuando, ya recordada tu mujer, la volviste a tener entre tus brazos, cuando supiste realmente quién eres, pero te faltaba una última cosa, te faltaba verte, te faltaba físicamente reconocerte a ti mismo, de ahí que en cuanto te viste en el espejo y fuiste capaz de reconocer aquel rostro como el tuyo, te despertaste al fin y la niebla que nublaba tu mente se evaporó.

Entonces sobre la consulta se hace el silencio.

No digo palabra alguna pues estoy intentando asimilar todo lo que la doctora me ha contado.

- No quiero volver nunca más a esa habitación doctora –acierto finalmente a decir con voz tenue, casi suplicante.

- Y no lo harás, tranquilo, ya estás curado.

Curado... pienso.

Entonces, por fin, alzo la vista hacia sus ojos, y me sorprende descubrir que, al igual que los míos, los ojos de la doctora también relucen una acuosa brillantez. Respiro profundo y trago algo de saliva.

- ¿Y ahora qué, doctora? –pregunto algo complaciente-.

- Ahora eres libre. –se me acerca, se agacha y me coge tiernamente de las manos-. Ya puedes salir de aquí.

- ¿Salir?

- Sí, salir de la institución. Te has curado, pero también has recibido un don.

- ¿Un don? –respondo confuso-.

- Sí, has recibido el don de poder empezar de nuevo. Sé una persona nueva, crea una vida nueva. Nunca olvides tu pasado, lo que has vivido, tu estancia aquí. Pero que esos recuerdos te sirvan de estímulo para crear otros totalmente nuevos y mejores. No olvides a tu mujer, ese recuerdo te acompañará siempre, pero tienes una segunda oportunidad. Aprovechala. Tienes el deber de pasar página.

Empezar de nuevo, pienso.

La idea me atrae, incluso diría que me emociona, pero también me asusta casi tanto como los relatos que he dejado atrás, sin embargo, su mirada me da fuerzas, su sonrisa y sus palabras me dan confianza en que podré hacerlo, empezar de nuevo...

- Tiene razón doctora. Ha llegado mi hora, la hora de vivir otra vez –casi grito de instantánea euforia-.

Me sonrío de nuevo, esta vez noto en sus labios muecas de sincera satisfacción.

- Ve a tu habitación, porque ya es tarde para irte hoy. Túmbate tranquilo en tu cama y relájate y en la soledad de tu cuarto, habla con tu mujer, es hora de despedirte de ella. Después, intenta no pensar en mañana, intenta no pensar en nada, sólo duerme, descansa por fin. Y mañana por la mañana marcharás de aquí hacia un mundo nuevo por explorar. Marcharás para volver a ser feliz.

Me levanto y me dirijo a la puerta de la consulta, echo un último vistazo a la estancia y nos fundimos en un emotivo abrazo. Le estaré eternamente agradecido.

Acerco mis labios a su mejilla y, susurrándole un sincero gracias, le doy un beso.

## Capítulo 35

A mis oídos llegan sonidos extraños, armoniosos, melódicos y agradables, pero extraños; al menos mi mente así los reconoce, como algo inusual, antiguo, algo que hacía tiempo que no escuchaba. Presto atención sin abrir los ojos, tumbado sobre la cama de mi habitación sobre la que, por fin, y tras casi un año, he logrado descansar, he conseguido dormir tranquila y profundamente.

¡Son pájaros!, grito de pronto mientras abro de golpe los ojos y me incorporo. Inspecciono rápidamente mi alrededor y reconozco en estas cuatro paredes mi habitación del sanatorio. Sin embargo, sus paredes ya no parecen mustias y oscuras, carentes de todo color, como antaño; rezuman vida, alegría y blancura. Toda la habitación reluce ahora jovial ante las primeras luces del alba. Me levanto y voy directo hacia la ventana abierta en una de las paredes. Respiro profundo y vigorizantes aromas de jazmín y lilas inundan mis pulmones que se abren impacientes ante tan fabuloso manjar. Sobre un naranjo, bajo el manto tenue del incipiente amanecer, un ruiseñor azul canta una melódica sinfonía de dulces notas que parecen compuestas sólo para mí. Junto a él, sobre un enorme limonero, un clarín le replica en un embelesador concierto de exquisitas voces.

Finalmente me giro y sobre un rincón veo un pequeño armario. Recojo impaciente todas mis pertenencias hasta que, al fin, me siento al pie de la cama a esperar a la doctora.

Mis pies se agitan solos por la impaciencia. Multitud de pensamientos me embargan, multitud de recuerdos emergen de todos los rincones de mi mente, pero sobre todos ellos, uno se alza con más fiereza. Mi mujer, mi pobre mujer. Recuerdos del día en que nos conocimos, de sus sonrojadas mejillas cuando le hable por primera vez, de su sonrisa el día de nuestra boda, de sus ojos mirándome fijamente y con ternura mientras me decía que me quería, y entonces, extrañamente, noto que sus ojos me miran de distinta forma esos recuerdos, complacientes, y siento que allá donde esté, me da su bendición y me insta a que siga con mi vida.

De pronto, unos golpes en la puerta me despiertan y acto seguido la doctora, con la felicidad en los labios, entra en mi habitación y se sienta junto a mí.

- ¿Qué tal has dormido? –me pregunta casi susurrando-.

- Bien, por fin –confieso mirándola con una sonrisa-.

Ella responde a mi mirada con una igual de feliz y entonces me acerca un

formulario.

- Pues ya sólo te queda firmar aquí –dice señalando el final del formulario- y podrás irte.

Cojo la pluma y con la mano un tanto temblorosa intento firmar. La doctora me coge la mano e inmediatamente ésta torna firme y presta.

- Tengo que irme -me dice- pues he de ver a otros pacientes, así que sólo me queda decirte adiós, desearte toda la suerte del mundo y espero que cuando te asientes en algún lugar y comiences una nueva vida, me escribas, porque te prometo que iré a verte.

Me acaricia dulcemente la mano durante unos instantes, se la acerca a los labios y me da un tierno beso sobre ella a la vez que, con incipientes lágrimas en sus ojos, se levanta y sale presta de la habitación.

La sigo durante un tiempo con la mirada alejarse por el pasillo. Luego, respiro intensas y profusas bocanadas de aromático aire fresco y por fin me levanto y tomo mi maleta.

Me voy con sólo la misma pequeña maleta con la que ingresé en la mano.

En la puerta me vuelvo a contemplar por última vez la que ha sido mi habitación durante casi un año, doy la vuelta y salgo. Me cruzo con el bedel al salir de la habitación y lo saludo, aunque mi saludo, como siempre, no recibe ninguna contestación. Recorro el pasillo con pasos lentos y cortos mirando todos los rincones que dejo atrás. Quiero recordar cada uno de los detalles del sanatorio para no olvidarlos nunca, para que sus imágenes me recuerden lo que he vivido, para no vivirlo más.

Me despido del enfermero que está al final del pasillo en la recepción, no sin antes entregarle los papeles firmados que la doctora me ha proporcionado, y me dirijo a la salida.

Entonces, me percató de que el bedel parece que me sigue; aunque está empleado en fregar el suelo con su mugrienta fregona gris, siento como si me estuviera siguiendo. Un hombre extraño este bedel, siempre vestido de negro, con su rostro normalmente oculto tras una prominente melena morena, con sus auriculares continuamente escuchando música y sin hablar nunca con nadie.

Me acerco a la puerta de salida, asgo el frío pomo y echo un último vistazo atrás. Todo ha terminado al fin, todo comienza para mí. Exhalo profundo, giro el pomo y abro la puerta.

Un fogonazo de pura e intensa luz amarilla me deslumbra cegándome por completo, llevo tanto tiempo sin ver el sol, sin ver la fulgente luz del día,

que mis ojos han perdido sensibilidad y mi cerebro reacciona jaquecoso ante un estímulo que ya había olvidado. Así que cierro la puerta y cierro fuertemente los ojos tapándolos a su vez con las palmas de mis manos, buscando el resguardo de la oscuridad que tanto he abrazado durante el último año, mas el fognazo de luz no deja de incidir punzante y doliente en mi cabeza.

Entonces, el bedel se me acerca.

- ¿Te ocurre algo? –me pregunta con voz serena y ensoñadora.

Me sobresalto un poco, porque en todo el tiempo que llevo internado no recuerdo haber oído antes su voz, y ésta es completamente distinta a como me la imaginaba.

- No –respondo mientras permanezco con los ojos cerrados, las palmas de las manos sobre ellos y una infinita brillantez en mi cerebro-. No te preocupes –justo en ese instante soy consciente de mi realidad- simplemente es que hace casi un año que mis ojos no ven la luz del sol, y la intensa luz del día me ha deslumbrado cegándome momentáneamente, es sólo falta de costumbre.

- Eso es normal, no te preocupes, lo he visto muchas veces. -dice complaciente mientras me da varias palmadas en el hombro. Hace una pausa que se me antoja eterna-. ¿Puedo darte un consejo para cuando abras los ojos? –me pregunta de pronto-.

- Sí, por supuesto –respondo algo extrañado, pero todo lo amablemente que puedo-.

El bedel se me acerca aún más y me susurra al oído.

- Cuando abras los ojos de nuevo –hace una pausa para respirar profundo y, entonces, su voz se torna susurro lejano y tétrico- *elige un libro...*